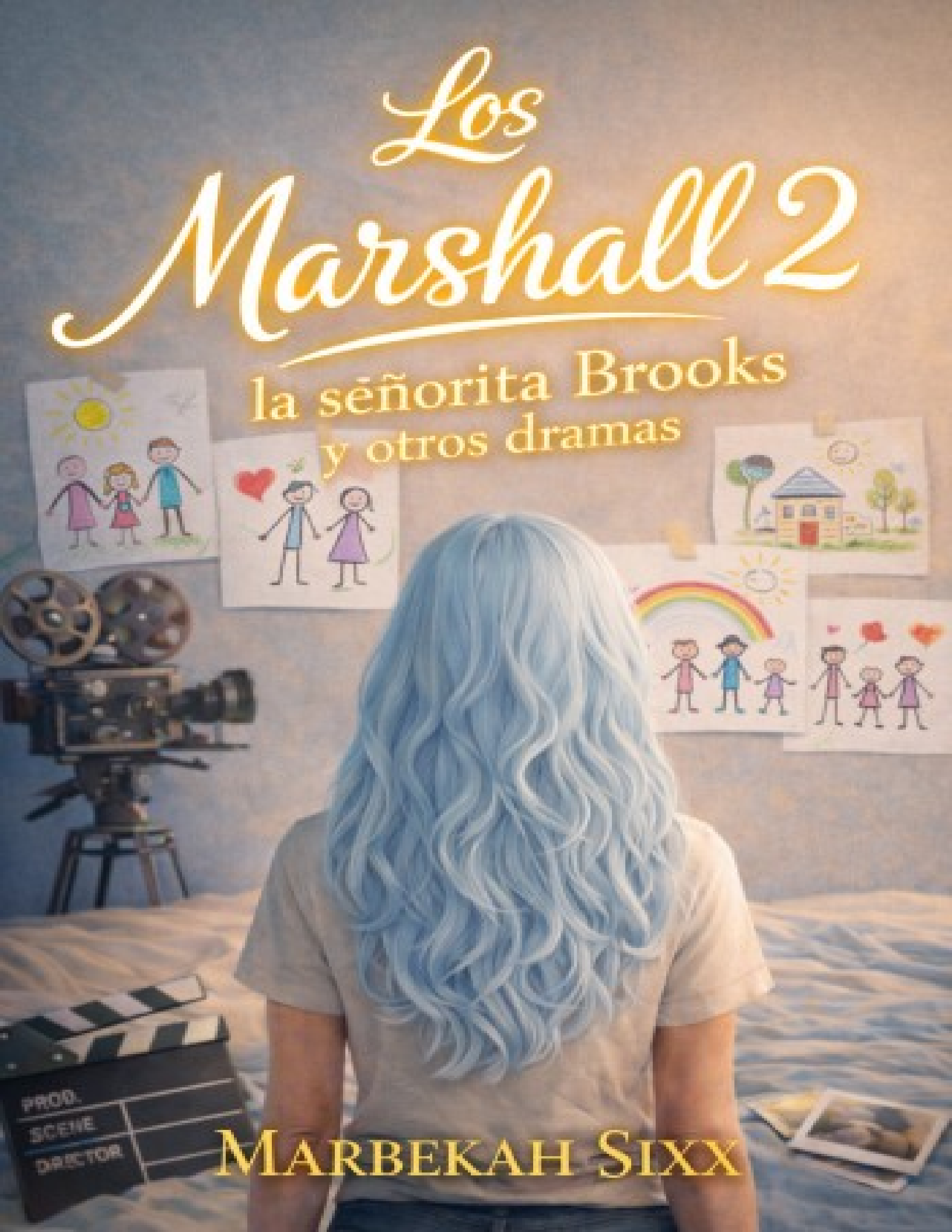

Los
Marshall 2
la señorita Brooks
y otros dramas
PROD.
SCENE
DIRECTOR
Marbekah Sixx

LOS MARSHALL 2

LA SEÑORITA BROOKS Y OTROS DRAMAS

MARBEKAH SIXX

CONTENIDO

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
Epílogo
Libros en esta serie

Derechos de autor © 2026 Marbekah Sixx Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A veces creemos que no necesitamos algo, hasta que aparece y no podemos dejarlo pasar.

Marbekah Sixx

CAPÍTULO 1

Era el último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad para las pequeñas Lexie y Mila, de cuatro años. Esa tarde hacían una función frente a sus padres y los Marshall al completo no dudaron en acudir.

La primera era la hija de los enamorados Nick y Sabrina. Desde que se dieron una nueva oportunidad en la boda de Tessa y Aiden, ambos eran muy felices y se casaron después del nacimiento de su hija. Al principio, Sabrina temió que su pequeña saliera con la misma condición que ella, pero afortunadamente no pasó. Lexie era clavada a su padre. Tenía el pelo y los ojos oscuros, aunque la vivacidad y la sonrisa de su madre.

Por otro lado, Mila era la hija que James y Katia habían tenido meses antes que Lexie, por lo que todos se alegraron de verlas crecer juntas. Aquella era rubia y tenía los ojos verdes de su madre, algo que a James le encantó. La pareja también se casó y el mayor de los Marshall adoptó a Alexei como su hijo. Eso a él le hizo mucha ilusión, ya que lo consideraba su padre.

Para James, el formar una familia junto a su «princesa» le hizo sentar cabeza finalmente. Por ello, decidió dejar por completo *Marshallsxxx*. Ahora debía de ser un buen ejemplo para sus hijos y no iba a implicarse en nada más que no fueran las acciones como fundador de la empresa.

De ese modo, decidió abrir un salón de belleza para su mujer, ya que Katia se formó en ese ámbito. Ya era libre y eso siempre le había gustado.

Igualmente, James había empezado a invertir también en alguno que otro negocio para generar aún más ingresos. Si algo tenía aquel, era su productividad. Quería que a su familia no le faltara de nada.

Eso desgraciadamente no le ocurría a su hermano pequeño. Markus era ahora el que dirigía todo en *Marshallsxxx* y el poder parecía habérsele subido a la cabeza. Aquel disfrutaba de las actrices a su antojo como si por ser el jefe todas tuvieran que pasar por el aro. Aunque, con su buen talante y sus tatuajes, no era complicado que ellas fueran las interesadas en hacer de todo en su despacho. Ahora era él el soltero de oro de los Marshall. Los otros ya habían caído en las garras del amor con sus mujeres y se sentía poderoso.

En la función navideña, las pequeñas hacían de elfas. Llevaban un gorrito rojo, un vestido del mismo color y mallas de rayas rojas y blancas. Se colocaron en fila siguiendo las indicaciones de su profesora y, en cuanto vieron a su familia, no pudieron evitar saludarlos con la mano.

Los Marshall acaparaban la primera fila embobados. Durante esos años en los que todos —excepto el bala perdida de Markus— habían formado sus propias familias, la unión entre todos se había afianzado aún más. Eran una gran familia y siempre procuraban reservar tiempo para pasarlo juntos.

—Me encanta cómo les queda el trajecito —comentó Tessa fotografiando a sus sobrinas.

Aunque no pudieran tener hijos, Aiden y ella se morían por las pequeñas. Sin embargo, cuando nacieron la joven no pudo evitar pensar en cuánto le hubiera gustado vivir un momento como ese. Sufrir en el parto mientras su marido le agarraba de la mano y escuchar esos primeros lloros del bebé se le antojaba muy bonito.

—Pues a Lexie no le gusta nada —añadió Sabrina recordando la rabieta que había tenido en casa—. Según ella, es horrendo.

—Ya sabes que a nuestra niña le gusta vestir con estilo —le recordó su marido.

Sabrina puso los ojos en blanco al oírlo. Lexie era muy tiquismiquis con la ropa y siempre quería ir perfecta. Sin duda, les había salido pija.

—En cambio, mi princesita —dijo James— se pone lo que sea. Como la camiseta de los Cleveland Browns ¿verdad, Alexei?

El niño miró cómplicemente a su padre y afirmó:

—Eso es mucho mejor que las falditas que se pone Lexie.

Todos rieron por aquello y Markus salió en defensa de su sobrina:

—Oye, no os metáis con mi chica, que me encanta regalarle falditas.

—Hombre, así siempre sabes que le va a gustar —repuso su hermana indicándoles a sus sobrinas con la mano que miraran a la cámara.

Las pequeñas realizaron un baile con sus compañeros y, aunque la mayoría de niños iban descoordinados, eso no les importó a los presentes. Apenas tenían cuatro años y eran muy monos.

Cuando terminaron, toda la gente, sobre todo los Marshall, aplaudieron efusivamente encantados por la función.

Luego, los niños se sentaron en el escenario y su profesora, la señorita Brooks, una joven con el pelo teñido de azul cielo, se puso con ellos y les fue preguntando a cada uno su deseo para Navidad.

A Markus le llamó la atención el pelo de aquella y se fijó mejor en ella. Era más bien bajita, delgada y su larga melena le llegaba hasta su espalda baja.

—Menudos pelos lleva esa ¿no? —se mofó.

—No digas tonterías, Markus —lo riñó Katia—. Se lo teñí yo.

—Disculpa, cuñada —soltó gracioso aquel—. Por cierto, ¿no crees que me toca ya cortarme el pelo?

El joven se tocó su incipiente cabello llamando la atención de alguna que otra mujer de las filas posteriores. Como le gustaba rapado al tres, no soportaba verlo más crecido.

—Ven mañana al salón —le indicó la búlgara dándole una colleja por estar ligando en ese momento.

A continuación, la profesora le preguntó su deseo a Lexie y esta dijo:

—Que el bebé que tiene mi mamá en la barriga sea una niña.

Aquello les sacó la sonrisa a todos y Nick le tocó el vientre con cariño a su mujer. Estaba de cuatro meses y lo esperaban con ganas. La familia crecía.

—Pues yo quiero que sea un niño —murmuró Alexei—. Todo son niñas.

—Créeme que va a serlo —le aseguró Nick—. Con los dramas de una ya tengo bastante.

Aquel adoraba a su hija y era lo mejor que le había pasado. Sin embargo, a veces tenía unos aires de diva que lo sacaban de sus casillas.

Cuando le tocó a Mila decir su deseo, miró a su padre y declaró:

—Deseo que los Cleveland Browns ganen la liga. Así mi papi y mi hermano estarán felices.

—¡Vamos! —gritaron aquellos dos vitoreándola.

Katia sonrió incrédula. Sin duda, esos dos eran todo un caso. Su afición por ese deporte no había desaparecido y Mila empezaba

también a ser fan de ello. Cada vez que había un partido, la pequeña se unía a su padre y a su hermano para vivirlo. Incluso, le pintaban unas rayas en las mejillas.

Cuando todos hubieron dicho sus deseos, los niños fueron a por sus cosas y luego se unieron a sus familias.

James, al ver a su pequeña correr hacia él, la alzó en brazos y dijo:

—Has estado espectacular, princesita.

Ella le sonrió y eso enterneció al hombre, que le besó la frente.

Por otro lado, Lexie fue hasta sus padres y los abrazó.

—Papi, quiero mi faldita —le pidió a Nick.

Aquel resopló y le indicó:

—En el coche te la pongo, cielo.

A Lexie le chiflaban las faldas. Si por ella fuera, iría todos los días con esa prenda. Incluso, les había montado algún que otro pollo a sus padres por no poder llevarla en las clases de gimnasia.

Tras eso, decidieron ir a cenar al *Green Sin*. Como Sabrina había formado su familia, Rick tomó la decisión de establecerse para siempre en esa ciudad. No quería separarse de ella ni de su nieta.

En esas fechas, el local estaba ornamentado con motivos navideños y un árbol de Navidad decorado por los niños.

Cuando la puerta se abrió, Lexie fue corriendo a la cocina pasando olímpicamente de Linda, que murmuró:

—Yo también me alegro de verla.

Su sobrina sonrió y la abrazó.

—Ya sabes cuánto adora a su abuelo.

Instantes después, el hombre salió con la pequeña en brazos y los saludó a todos.

—¿No ibas a ir de elfa? —le preguntó a su nieta.

Nick, que le había cambiado la ropa al salir de la escuela, le explicó:

—Ya sabes que Lexie sin sus falditas no puede vivir.

—Pues yo te quería ver de elfa —se quejó Rick—. Mira a Mila. Ella está muy guapa.

La niña observó a su prima, que hacía carantoñas con su hermano y añadió:

—Mila es boba. No quiere llevar falditas.

—¡Eso es de pijas! —protestó aquella.

Las pequeñas empezaron a decirse de todo. Ambas se adoraban, pero tenían personalidades muy distintas. No obstante, a los cinco minutos siempre acababan de la mano como si no hubiera pasado nada.

— ¿Quién tiene hambre? — preguntó Linda para que se olvidaran de esa riña.

Los niños alzaron la mano y fueron a una gran mesa al fondo del local.

A Lexie le flipaba la comida de su abuelo y su alimentación era también vegana. Nick le había dado alguna vez carne, pero a la pequeña no le entusiasmaba mucho y le decía que no sabía cocinar como su madre o su abuelo. Además, en casa tenían perros, un corderito que se llamaba Steven y una cerdita de pocos meses que Lexie había bautizado como Paris.

Nick y Sabrina se habían comprado una casa a las afueras con un amplio jardín y podían tener a los animales más libres.

—¿Qué va a querer mi diva favorita? —le preguntó Rick a la pequeña.

—Lasaaaaña —respondió ella entusiasmada.

Linda les fue sacando la comida, mientras los niños reían y bromeaban junto a Markus.

—Tío Markus, ¿por qué no tienes novia? —le preguntó Mila.

Aquel tenía veintinueve años ya, pero seguía igual. Era el único de los hermanos que seguía grabando y siempre estaba rodeado de mujeres.

—¿Para qué, Mila? Me gustan mucho las mujeres.

— Tú eres muy guapo — le dijo Lexie— y eres un príncipe azul. Por eso, tienes que encontrar a tu princesa.

Markus se enterneció por la inocencia de aquellas. Sin duda, habían visto mucho Disney.

—Ya lo sé, pero es que hay tantas que me es imposible elegir.

Tessa escuchó a su hermano y preguntó:

—¿Qué les estás diciendo ya?

—Queremos que tenga novia —le contó Mila.

—Todos queremos eso, pequeña —repuso la morena—, pero tu tío es un caso perdido.

Markus le dio un toque en el hombro a su hermana y sonrió. Aquella tenía razón. Él no estaba hecho para tener lo que tenían sus hermanos.

La familia disfrutó de la comida. Todos se llevaban perfectamente y eso se tradujo en el buen ambiente que se creó en la mesa.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente, Markus se fue a trabajar al estudio de *Marshallsxxx*. Allí dirigía todo y todos respondían ante él.

Entró por la puerta y se encontró con el recibimiento de la encantadora Loreen, una morena de ojos castaños con la que muchas veces se encerraba en su despacho. Sin embargo, ella no era la única, ya que todas las actrices deseaban tener al jefe contento.

Con sus tatuajes, su físico y su carismática sonrisa llamaba la atención de todas.

— Buenos días, encanto — saludó a su secretaria mirándole con lascivia el escote de su blusa.

— Buenos días, Markus — le devolvió el saludo aquella —. Tienes un café con un sándwich en tu mesa y si necesitas algo más, no dudes en hacérmelo saber.

Aquel sonrió y se dirigió al despacho que antes perteneció a James. Ahora era suyo y se sentía poderoso. No obstante, varios gemidos se escucharon de las diferentes salas y él, como siempre curioso, se asomó a ver.

En una vio a sus amigas Sandra y Felicity haciendo un trío con uno de los actores y ellas al verlo le sonrieron. Solía pasarlo bien con aquellas.

Luego, salió de allí y fue a otra de las salas donde vio a su amigo Peter, un actor que llevaba años en la industria. Estaba

sentado con una joven encima de él, mientras aquella se empalaba en él y gemía de una forma curiosa, pero atractiva.

La chica estaba de espaldas y se movía con sensualidad encima del otro, pero entonces Markus se fijó en su larga melena azul cielo y aquello le recordó algo y pensó en la función del colegio de sus sobrinas.

Justo aquellos cambiaron de posición y pudo ver mejor su cara. De modo que verificó que la chica era la maestra de Lexie y Mila. ¿Qué diablos hacía allí?

Rápidamente, se acercó a Ron, uno de los que supervisaba la grabación, y le preguntó:

—¿Quién es esa?

—Una nueva —señaló aquel—. Creo que se llama Melina.

Markus la miró con curiosidad y vio lo bien que se movía aquella.

— Cuando terminen, dile a la chica que se pase por mi despacho.

Ron, que lo conocía, lo miró con mofa y añadió:

—¿Quieres darle el visto bueno?

Ambos se entendieron y el joven se acabó yendo de allí. Lo que acababa de ver lo había sorprendido.

A continuación, se fue a su despacho y se puso a mirar el papeleo. Cuando antes solo grababa, no creía que hubiera tanto trabajo detrás, pero ahora se estaba dando cuenta de todo lo contrario. Aun así, igualmente se implicaba para llegar a manejarlo todo con las instrucciones de James. Él era su mejor maestro.

Miraba unas facturas con atención cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —indicó él.

Entonces, la joven de pelo azul abrió la puerta y Markus le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara y le guiñó un ojo.

—Siéntate, encanto.

Aquella obedeció y soltó:

—¿Quería verme, señor?

—Oh, llámame Markus.

Que lo llamara de ese modo le hizo sentirse viejo.

—¿Puedo saber tu nombre? —se interesó él.

—Me llamo Melina para los vídeos, pero en realidad me llamo Tate, de Tatiana, Brooks.

Aquel contempló con atención a la joven de ojos azules y bajó la vista a sus pechos. No eran grandes, pero estaban bien.

La chica se incomodó por eso y se cruzó de brazos tapándose los pechos.

—Vaya, señorita Brooks. ¿Crees que es moral lo que haces? —comentó Markus mirándola esta vez a los ojos.

Tate se estremeció al oír que la llamara así, ya que solo lo hacían en el colegio.

—¿Cómo dices? —inquirió ella descolocada.

La joven era profesora en un colegio, pero había decidido grabar contenido para adultos por una urgente causa. Si no, no estaría allí.

—Como debes saber, soy uno de los hermanos que lleva el negocio y nuestro apellido le debe sonar familiar. Mis sobrinas van a su clase.

Al escuchar eso, ella se asustó. Nadie sabía que estaba haciendo aquello. Ni tan solo su familia. Entonces, ató cabos

pensando en el apellido Marshall y se acordó de Mila y Lexie, unas de sus mejores alumnas.

—¡Oh Dios! —exclamó avergonzada—. No me digas que Mila y Lexie son tus sobrinas.

Markus asintió y ella se horrorizó. Si él les contaba a los padres de aquellas lo que estaba haciendo, tendría problemas.

—¡Madremia! —soltó empezando a angustiarse dándose aire con la mano.

El joven no sabía qué ocurría, pero le pareció gracioso y se interesó:

—¿Ocurre algo?

—Por favor —le suplicó ella—, no le digas a tu familia nada de esto.

—¿Por qué?

—Porque cuanta menos gente lo sepa mejor —sentenció ella seria.

Entonces, le sonó el teléfono a Tate y al ver quién era se marchó rápidamente diciendo:

—Debo irme, feliz Navidad.

Aquel fue a responder algo, pero no pudo, ya que ella se había esfumado dejándolo sin palabras. ¿Qué acababa de ocurrir y por qué esa profesora estaba grabando en su empresa?

CAPÍTULO 3

El día de Navidad los Marshall se reunieron en la casa de Nick y Sabrina para pasar el día en familia. Cuando todos llegaron, Mila, Alexei y Lexie fueron a abrir los regalos que había en el salón. Como eran una familia grande, había muchos regalos.

— Alaaaaaaaaa — soltó la hija de Nick viendo un kit de maquillaje para niñas.

Luego, dio saltitos de felicidad al abrir otro y encontrar una falda y una espléndida casa de muñecas. Aquellas dos cosas eran la perdición de la pequeña. Además, también abrió unos regalos para sus mascotas que estaban revoloteando a su lado. Para Paris, había un collar rosa muy brillante con su nombre, que a la pequeña le encantó. Y para Steven y los perros, unos jerseys de lana para el invierno.

— ¡Siiiiiiiiiiiii! — exclamó por su parte Alexei viendo un balón de fútbol americano firmado por el capitán de su equipo favorito.

El niño tenía doce años y sus padres ya lo habían apuntado al deporte que le apasionaba y le estaba yendo perfectamente. El entrenador decía que era el mejor de su edad con diferencia.

También, le regalaron unas entradas para un partido y un videojuego para su consola.

La pequeña Mila saltó contenta al ver un gran peluche de uno de sus dibujos animados favoritos, el señor Cornelius. Nunca se perdía un capítulo de esa serie.

Luego, desenvolvió una moto y una cocinita.

—¿Te gusta, princesita? —le preguntó su padre agachándose junto a ella.

—Sí, papi —contestó ella abrazándolo tiernamente.

Katia los miró y se derritió. Su marido era un gran padre y daba gracias al universo por haberlo conocido. A su lado, su vida había cambiado mucho.

Los demás se alegraron de la felicidad de los niños y Tessa, como siempre, les hizo un montón de fotos.

—¿Me disparas un beso, mi amor? —oyó que le pedía Aiden tras su espalda.

Sin pensárselo dos veces, la joven se volvió hacia él y le devoró la boca a su marido.

—¡Por Dios! —se quejó Markus—. Que hay niños delante.

Tessa paró el beso entonces y le soltó:

—No seas envidioso, hermanito.

— ¿Envidioso yo? — inquirió aquel con gesto chulesco y pasándose la mano por su pelo — . A mi me besan así cada día, guapa.

Al oírlo, sus cuñadas pusieron los ojos en blanco y Sabrina le dijo:

—Ay, mi querido Markus. ¿Algún día sentarás la cabeza?

—Lo dudo —comentó James gracioso alzando a Mila y a Lexie en el aire.

—¿Qué hay de malo en querer ser soltero? — les preguntó Markus— . Si yo soy feliz así, ¿qué problema hay? Me encantan las mujeres y…

— No sigas, hermanito — le indicó Tessa —. No soporto tu baboseo.

Todos se rieron por su ocurrencia y los adultos abrieron sus regalos.

Sabrina tuvo que esconder el suyo rápidamente con ganas de matar a su marido, porque le había regalado un disfraz de enfermera sexy.

Desde que años atrás lo sorprendió una noche con el de policía, los disfraces se habían vuelto un complemento en su intimidad.

— Aún recuerdo lo borracha que ibas, cuñada — se mofó Markus—. No parabas de comerte a Nick.

Aquella sonrió y le dio un toque con cariño. No recordaba nada de aquella vez, pero ya le habían contado todo y no se lo creía.

Lexie se acercó a su madre y le preguntó viendo lo que escondía tras ella:

—¿Qué es eso, mami?

La joven se quiso morir, pero su marido salió en su ayuda y, alzando a la pequeña en sus brazos, le respondió guiñandole el ojo a su mujer:

—Es un disfraz para una fiesta que tenemos.

—Papi, yo quiero uno de la princesa Bella —le pidió su hija.

— Pues pídeselo a Papá Noel el año que viene — le dijo él dejándola en el suelo.

La niña se fue con su abuelo y sus primos y Sabrina lo pegó con cariño. Entonces, él la atrajo y la besó.

A continuación, Katia abrió el suyo y vio que era un conjunto de lencería con encaje. Enseguida, miró a James sin dar crédito y

soltó:

—¿Acaso habéis olvidado que hay niños entre nosotros?

—Venga, princesa —le dijo él abrazándola por la espalda—, esque lo vi en un escaparate y supe que te quedaría perfecto.

Aquella cabeceó y él la besó.

Por su parte, Tessa se maravilló al ver un bonito collar de plata con un infinito.

— Es precioso, mi amor — murmuró encantada, mientras Aiden se lo ponía.

—A ver si aprendéis —les restregó aquel a los hombres.

Ellos lo miraron ceñudos, por lo que ellas les dieron sus regalos.

Para Nick había un libro que llevaba tiempo deseando. Últimamente se había vuelto muy lector y a su chica le encantaba verlo con gafas cuando lo hacía. Le parecía muy mono.

—Gracias, preciosa —añadió él besándola, mientras se sentía tonto por haberle regalado el disfraz.

Luego, para James había un nuevo portátil, ya que siempre se quejaba del que tenía y nunca iba a cambiarlo. Aquello lo dejó sin palabras y se arrepintió de no haberle regalado algo mejor a Katia.

—Sin duda —comentó Aiden gracioso—, tenéis que aprender.

Al abrir él su regalo, miró rápidamente a su chica. Se trataba de unos bóxers con su cara y soltó alucinado:

—Esto os viene de familia.

Eso hizo que todos se rieran y los niños se acercaron a ellos.

—Me encanta tu collar, tía Tessa —le dijo Lexie.

Aquella se la comió a besos y después Rick abrió su regalo. Era una nueva chaquetilla con las manos de su nieta marcadas en el lugar del corazón. Sabrina se las había ingeniado para conseguir la huella de las manos de la pequeña a pesar de lo mucho que se resistió. No le gustó mancharse las manos. No obstante, le acabó diciendo que era para su abuelo y corrió a empapárselas. Adoraba a Rick.

Markus, viendo a todos con sus regalos, se sintió apartado y protestó:

—¿Y yo no tengo regalo?

Enseguida, la pequeña Mila cogió un regalo con el nombre de su tío y se lo entregó.

— Gracias, princesita — le indicó sentándose con ella en el sofá.

Sin embargo, maldijo al ver que era un libro y que en su portada ponía «¿Cómo dejar de ser un mujeriego?».

— ¿Me estáis tomando el pelo? — inquirió mirando a los demás, que se tronchaban.

— Hermanito — le dijo Tessa —, ya es hora de que seas un hombre.

Eso molestó al joven, que replicó:

—¿Que me gusten las mujeres hace que no sea un hombre? Porque la naturaleza nos ha hecho para eso.

Aquella bufó.

—Tienes casi treinta años y no vas a seguir pudiendo llevar el estilo de vida que llevas. Mira a Nick —señaló a su hermano —, él era como tú y ahora ya tiene una maravillosa mujer, una hija monísima y ya está en camino otro.

Markus a veces no soportaba que su hermana se metiera tanto en su vida privada. ¿Por qué no lo dejaba en paz?

—Hermanita, soy un hombre libre y hago lo que quiero —sentenció tajante queriendo cambiar de tema.

Ella resopló y se calló.

Más tarde, Rick se puso a hacer dulces navideños con los niños, Markus y las chicas, mientras los otros se iban al jardín con los animales y se tomaban unas cervezas.

Mila estaba amasando la masa de galleta de jengibre con la ayuda de su madre, cuando les contó:

—En la escuela hicimos estas galletas con la señorita Brooks.

—Síiiiiiiiii —añadió con entusiasmo su prima—, estaban muy ricas.

Al oír ese nombre, Markus recordó a Tate y les preguntó disimuladamente:

—¿Esa profesora es la del pelo azul?

Las dos pequeñas asintieron y Lexie le contestó:

—La señorita Brooks es muy buena con nosotras.

—Sí, Markus —le comentó Katia—, es una joven muy buena y cuando viene al salón hablamos mucho.

Sin duda, aquellas no tenían ni idea de la otra cara de esa chica. ¿Pero por qué lo haría?

No tenía ni idea del por qué, pero la señorita Brooks se le estaba antojando curiosa y tenía claro que buscaría respuestas.

A la hora de comer, los Marshall se sentaron a la mesa para disfrutar del menú navideño que Rick se había molestado en preparar para esa fecha tan señalada. Sin duda, a pesar de ser un Matthews, se sentía parte de los Marshall también.

CAPÍTULO 4

—¡Le estoy diciendo, Señor Herman, que no puedo hacer el horario que me acaba de decir! —soltó desesperada Susan hablando por teléfono con uno de sus jefes.

La mujer trabajaba de mañanas en una empresa de seguros en el centro de Cleveland y su jefe le había dicho que debía cambiar su horario por la baja de una compañera. Eso a Susan le fue fatal, ya que aparte de ese trabajo tenía dos más. Uno de limpieza que podía ser más flexible y lo realizaba siempre que tenía un hueco o por las noches. Y otro que le cubría las tardes en una tienda de animales de un centro comercial. Con eso ella debía sacar adelante a su familia junto a su hija, Tate. Aunque parecía que podían vivir tranquilas, eso nunca pasaba.

Oliver, su hijo pequeño de trece años, llevaba un par de años batallando contra la leucemia y el tratamiento era demasiado caro. Además de que el chico siempre recaía y no tenían a nadie que los ayudara.

El padre de Oliver fue un hombre que se portó mal con Susan e, incluso, cuando le habló del embarazo, se enteró de que estaba casado. Aquel renegó de él, por lo que la mujer y su hija. que en ese entonces tenía doce años, se quedaron solas ante el mundo como siempre desde la muerte de Ron, el amor de su vida.

Ron Brooks fue un bombero que la enamoró cuando apenas tenía veinte años. Ella estudiaba en la Universidad de Cleveland y un día hubo un incendio en el edificio de su facultad. El fuego llegó a su

clase y los bomberos los tuvieron que evacuar a todos. Susan respiró mucho humo y se empezó a marear, de modo que casi cayó al suelo entre sus compañeros, que deseaban salir por donde fuera. Sin embargo, aquel alto y fornido bombero lo evitó y ahí fue cuando ambos se sonrieron y se enamoraron. Meses después se casaron rápidamente y dieron la bienvenida al mundo a Tatiana, aunque la llamaban Tate.

Ron era el mejor padre que Susan hubiera podido desear para su hija y se sintió en las nubes esos años de su vida. No obstante, cuando la pequeña tenía siete años, la llamaron un día comunicándole que había habido un incendio muy grave en la ciudad y que su marido estaba herido de gravedad. La mujer agarró a su hija y fueron como balas al hospital, donde solo pudieron ver al hombre de sus vidas yacer en una cama intubado sin esperanzas de sobrevivir. Ambas se despidieron de él entre lágrimas y ese día las marcó. La muerte de Ron fue el evento más traumático de su vida y lo que desencadenó la depresión de la mujer. Eso conllevó que Tate madurara más rápido que los niños de su edad.

Susan solo dormía, la echaron del trabajo y vivían de la paga por viudedad y orfandad que recibían y las ayudas de algunos de los compañeros de su difunto marido. Además, estuvo varios años tonteando con la bebida, lo que la llevó a relacionarse con hombres malos. Sin embargo, a pesar de su corta edad, Tate siempre se empeñó en apartar a esos hombres de su lado y cuidó de ella cuando estaba en un pozo sin salida. Fueron años muy duros, pero, afortunadamente, el día en que el padre de Oliver no quiso saber nada de ellas, Tate le hizo cambiar el chip a su madre y aquella se dio cuenta de que debía cambiar su estilo de vida por el hijo que esperaba. De ese modo, fue al psicólogo, a charlas de alcohólicos anónimos y se rehabilitó por sus hijos. Con el tiempo, todo fue mejorando. Consiguió un nuevo trabajo, cambiaron de piso para renovarse y la mujer salió con mucha más fuerza de ese pozo.

Aunque saber ahora de la enfermedad de su hijo había vuelto a ser un duro golpe, eran una familia de tres muy unida y eso la

llenaba y la motivaba a seguir.

Tate se estaba preparando el desayuno, mientras escuchaba a su madre al teléfono. Sabía que estaba estresada por sus tres trabajos y por eso fue que decidió meterse en *Marshallsxxx*. Necesitaba quitarle la faena a su madre. La pobre no vivía y eso le dolía. Por no hablar de que Oliver necesitaba el tratamiento o si no sería cuestión de meses que se marchara de este mundo y no lo iba a permitir. Su hermano era lo que más quería y no iban a rendirse.

Cuando aquella colgó alterada, su hija la miró y dijo:

—Mamá, tenemos que hablar.

Susan se extrañó y se preocupó olvidándose de sus problemas, que no eran pocos.

—¿Qué ocurre, cielo?

— He conseguido un trabajo para combinar la escuela y así puedes dejar uno de tus trabajos. No puedo seguir viéndote así y tu ausencia se hace notable para Oliver.

La mujer estaba tan agobiada, que al oír eso se puso a llorar y su hija la abrazó.

—Lo siento, Tatiana, pero es que esto está siendo muy duro.

Aunque todos la llamaran Tate, su madre siempre decía su nombre completo en la intimidad. Así lo había hecho su padre también.

—Lo sé, mamá —la consoló la joven—, pero ahora necesito que dejes de matarte tanto. Oliver te necesita.

Una vez se calmó la mujer, miró a su hija y se interesó:

—¿Y dónde es ese trabajo?

Tate no iba a decirle por nada del mundo la verdad a su madre, ya que aquella se lo prohibiría y discutirían. Por ello, mintió:

—Tengo una antigua amiga que me ha ofrecido un puesto en su empresa online. Mis funciones son asesorar, vender y atender en remoto desde su oficina. Es un buen salario y he aceptado sin pensármelo, ya que es de tardes y lo puedo compaginar perfectamente con la escuela.

Aquello le gustó a Susan y, apartándole su bonito pelo azul a un lado, afirmó:

—Estoy segura de que se te dará bien con el buen gusto que tienes, cielo. Ahora llamaré a la empresa de limpieza y les diré que me doy de baja.

Oír aquello le gustó a Tate y abrazó a su madre.

Una vez desayunaron juntas, ambas se fueron a sus trabajos. Las vacaciones de Navidad habían llegado a su fin y debían volver a la rutina.

En la escuela, cuando Tate salió a recibir a sus alumnos y a los padres, todos la saludaron agradablemente. Le encantaban los niños y estaba feliz por poder trabajar con ellos. Sin embargo, al ver a Mila y a Lexie que se chocaban las manos, vio también a sus madres y a Markus Marshall.

Al verlo allí con ellas, la joven se inquietó. ¿Les habría dicho lo que hacía en su empresa?

Las niñas la vieron y fueron corriendo hasta ella gritando:

—¡Señorita Brooooooks!

Entonces, Markus la miró y ella se asustó. ¿Qué demonios hacía allí? Que ella recordara, nunca lo había visto venir a dejar o recoger a sus sobrinas. ¿Qué tramaba? Si la exponía delante de todos los padres, la echarían del trabajo y quizás no pudiera volver a trabajar con niños el resto de su vida.

No queriendo estresarse, Tate se agachó para saludar a las niñas.

—Hola, Lexie. Hola, Mila. ¿Qué tal vuestras vacaciones?

—Uff, entre comida y regalos no han parado —le contó Katia.

Entre ellas había muy buen rollo, porque era una habitual de su salón de belleza.

Luego, miró a Sabrina y le preguntó:

—¿Qué tal el embarazo?

La rubia sonrió y le indicó tocándose la tripita:

—Pues ansiosos por saber si es niño o niña.

— Yo quiero una hermanita — declaró Lexie abrazando a su madre.

— Pues yo un primo y el tío Nick también — dijo Mila para fastidiarla.

Aquellas dos o se llevaban genial o se llevaban a matar, aunque no cabía duda de que se adoraban.

— Y el tío Markus también — añadió aquel acercándose a ellas.

El pequeño de los Marshall observó con detenimiento a Tate. Desde la huída de su despacho, le despertaba curiosidad esa profesora.

— Oh, te presento a nuestro cuñado, Markus —señaló Katia tomándolo del brazo—. ¿Lo conoces?

Tate miró a Markus y este le sonrió, pero ella no quiso liar las cosas, por lo que negó con la cabeza y mintió:

—No tengo el placer.

Esa respuesta descolocó al joven, que frunció el ceño y ella se asustó más. ¿Y si se enfadaba por la mentira y la exponía?

Por su parte, Markus recordó lo que le había pedido ese día en el despacho y respetó su privacidad. Aún no entendía por qué una profesora había entrado en esa industria.

—Yo tampoco —mintió también él cogiéndole una mano y besándosela.

Aquello desconcertó a Tate, que lo miró extrañada, y entonces las pequeñas empezaron a canturrear repetidamente llamando la atención de los demás:

—Markus y la señorita Brooks son noooooovioooooos.

Enseguida, las madres de aquellas pequeñas Marshall les taparon la boca y Sabrina se disculpó:

—Perdona, ya sabes cómo son los niños y eso también va por mi cuñado.

—¡Oye! —se quejó aquel gracioso.

—Qué quieres —comentó Katia—, lo que acabas de hacer es de inmaduro total.

Eso a Tate le hizo gracia, pero se contuvo de soltar una carcajada y se limitó a sonreír.

— Markus es un mujeriego, Tate. No hagas caso de insinuaciones como estas —le advirtió Sabrina.

— ¡Oh Dios! —soltó él humillado—. Os espero en el coche, cuñadas.

Cuando aquel se marchó, las niñas se rieron y luego se despidieron de sus madres agarrando sus mochilitas.

Tate esperó a que todos pasaran a la clase y a continuación entró y cerró la puerta. Les esperaba un día interesante a aquellos pequeños.

◆ ◆ ◆

Por la tarde, Tate fue a ver a su hermano Oliver al hospital. Le tocaba quimioterapia y siempre lo acompañaba y charlaban para que se distrajera.

—Hola, calvorotas —lo saludó al verlo en la habitación que compartía con otro niño que estaba peor.

Oliver se reía más que sufría por su situación y que su hermana lo llamara así le sacaba una sonrisa.

—Mejor calvo que con el pelo de ese color, friki.

Los hermanos se abrazaron y justo entró Paula, una enfermera joven de pelo negro y rasgos asiáticos que siempre se ocupaba de Oliver.

—Vaya, veo que ya han venido los refuerzos —murmuró aquella aliviada.

—Aunque esté mi hermana —objetó el chico poniéndose en una silla de ruedas que Paula traía—, voy a seguir diciéndote cosas bonitas, bella dama.

Aquella puso los ojos en blanco y Tate se rio. Su hermano estaba enamorado de ella, pero era muy pequeño aún para esas cosas.

—Pues cuidado de que no venga el doctor Ronson o tendrás problemas —le advirtió la enfermera—. Es muy celoso.

Paula y aquel doctor, que era el oncólogo que llevaba el caso de Oliver, salían desde hacía un par de años en secreto, ya que en el hospital estaban prohibidas las relaciones entre trabajadores. Sin embargo, tanto Tate como su hermano lo sabían.

—Tú tranquila, Paula —le aseguró mientras se dirigían a la sala de quimio—. Que te disfrute mientras me curo, porque cuando el bicho se haya ido de mi cuerpo…

—Jovencito —lo interrumpió de pronto el doctor saliendo de una sala—, parece que intentas quitarme a mi enfermera.

Aquello hizo que los cuatro se troncharan y ambos chocaron los puños. Había buen rollo entre ellos.

A continuación, entaron en la sala de quimio donde había más pacientes. Algunos vomitaban, otros leían o simplemente hablaban con sus acompañantes. Cada persona lo llevaba como podía.

Paula se dirigió con Oliver a uno de los sillones, mientras el doctor apartaba a la joven un momento.

—Debo comentarte algo, Tate —le anunció.

Eso la inquietó y preguntó:

—¿De qué se trata?

— Tu hermano lleva bien el tratamiento, pero es necesario subirle la dosis de medicamentos, ya que parece que el cáncer se quiere expandir.

Saber aquello alarmó a Tate y miró por el cristal a su hermano, que reía. Seguramente, le estuviera diciendo piropos a la enfermera.

—Por ello, al subir la cantidad el gasto también se eleva en la factura —le informó él.

—Tranquilo —le indicó ella—, ahora tengo un trabajo más e iremos menos ahogados que hasta ahora.

— Me alegra oír eso — murmuró el doctor, que conocía su situación.

Tras eso, ella se fue con su hermano y se sentó a su lado.

— Mamá me ha dicho que ha dejado la limpieza, porque tienes un nuevo trabajo.

—Correcto —afirmó ella cruzando las piernas y cogiendo una revista.

—Pues qué suerte hemos tenido —comentó él—. No quería seguir viéndola tan estresada por mi culpa.

Rápidamente, su hermana negó con la cabeza. Muchas eran las veces en que Oliver se sentía una carga y el motivo de que su familia no pudiera vivir aparte de trabajar.

—No digas eso, calvorotas —repuso ella tocándole la cabeza con cariño—, tú no tienes la culpa. A veces ocurren estas cosas, pero lo importante es saber afrontarlo juntos y es lo que estamos haciendo. ¿Entendido?

Aquel sonrió y asintió. Su hermana siempre estaba allí para lo que necesitara.

En un momento dado, en el que Tate le hablaba de lo que había hecho ese día con sus alumnos, le sonó el móvil y vio que era de *Marshallsxxx*. La citaban por la noche en el estudio de grabaciones.

Saber eso no le hizo especial gracia a la joven, pero pensando en lo que le había dicho el doctor, debía hacerlo. No tenía otra opción.

A continuación, les confirmó su asistencia y apagó el móvil. Quería estar al completo para Oliver.

CAPÍTULO 5

Esa noche, Tate fue a *Marshallsxxx*. Le extrañó que la citaran de noche, ya que las grabaciones solían ser por la mañana y la tarde. Sin embargo, no le dio más vueltas y entró.

Dentro había pocas luces encendidas y el silencio reinaba en el espacio.

La joven miró de nuevo el mensaje para ver si se había equivocado, pero de pronto Markus apareció con tan solo un pantalón de chándal dejando a la luz su fibrado torso. Se notaba que se cuidaba. Además, los tatuajes le daban un toque masculino. Tenía un águila tatuada en su bíceps derecho y unas alas en su cuello.

Ella maldijo al verlo. Tras lo de esa mañana, le diría algo al respecto.

— Vaya, no esperaba verte — le comentó ella — . Me han mandado un mensaje y…

—Tenemos que hablar —la cortó él—. Te he escrito para eso.

Eso a ella la descolocó. ¿Qué quería ese ahora?

—Vamos a mi despacho —la apremió

Ella lo siguió y, mientras pasaban por delante de las salas de grabación, Tate dedujo que estaban solos.

Una vez en el despacho, él cerró la puerta y se sentaron.

Se creó un silencio entre ellos, mientras él la miraba curioso. Aún no entendía por qué la profesora de sus sobrinas estaba allí.

—Señorita Brooks ¿le gustan los niños, verdad?

Que pasara a hablarle de usted le sonó raro y achinó los ojos. Algo que no pasó desapercibido para él, al que le gustó aquella expresión.

—Sí y prefiero que nos tuteemos.

—¿Y no te parece inmoral lo que haces aparte de la escuela? —la interrogó él.

Tate sabía que aquel tenía razón. Desde fuera era totalmente incongruente lo que hacía. No obstante, el motivo por el que estaba allí era más importante. Hacer escenas le permitía ganar dinero rápido y mucho más que en uno de los trabajos de su madre.

—Eso a ti no te incumbe —repuso ella cruzándose de brazos molesta por su curiosidad.

Su antipatía en esas palabras y el gesto de aquella hicieron que reprimiera una sonrisa. No solía toparse con chicas difíciles, pero esta parecía serlo y eso lo tentaba. Si era así hablando, no se imaginaba ese carácter bajo las sábanas.

—Pues la verdad es que sí me incumbe —replicó Markus—. Eres la maestra de mis sobrinas. ¿Qué clase de ejemplo es ese?

Que la cuestionara de ese modo, la dejó con cara de circunstancias. Lo que acababa de decir estaba lleno de hipocresía dada su profesión.

—Que yo sepa tú eres su tío y sus padres —señaló viendo unas fotos de los tres posando desnudos— veo que también han hecho esto. ¿Acaso eso no es inmoral también?

La lógica de sus palabras lo dejó desarmado y finalmente confesó:

— Vale, tienes razón. Pero aún no entiendo por qué una maestra de escuela viene a mi empresa.

Tate no iba a revelar la causa de su entrada en ese mundo, ya que no quería dar pena a nadie y era su vida privada.

—La verdad es que no tengo por qué decírtelo y si no tienes nada más que decirme —añadió ella levantándose de la silla—, me voy a casa, que mañana tengo que trabajar.

Se miraron unos instantes en silencio, mientras Markus no había resuelto ninguna de sus preguntas.

—Pues si no hay sinceridad por tu parte, señorita Brooks, me veo obligado a echarte —sentenció él para hacerla hablar.

—No serás capaz de hacer eso —repuso ella desafiante con la mirada.

Sus ojos transmitían enfado y Markus lo disfrutó en su interior. La hacía muy atractiva. A sus ojos, la joven no era tan despampanante como las amigas que tenía. Sus pechos no eran muy llamativos, aunque su trasero no estaba mal.

— Creéme que sí, bonita — le aseguró él sacándola de sus casillas con su chulería.

Tate no entendía cómo podía llegar a ser tan capullo ese chico, pero debía ceder. No tenía otra opción, aunque se inventara algo.

—Vale, tú ganas, capullo —murmuró ella sin pensar.

Al sentir que lo había llamado así, la joven maldijo. A veces sus pensamientos la influían cuando hablaba.

— ¿Cómo has llamado a tu jefe? — inquirió él descolocado levantándose de su silla.

La joven sabía que la había cagado, pero quería quitarle importancia.

—Discúlpame, no he controlado mi boca —se excusó ella.

Markus rodeó entonces la mesa y se acercó a Tate quedando a escasos centímetros de ella.

— Bueno, dicen por ahí que la sabes usar muy bien — comentó él tomándola de la barbilla.

Ella alzó la mirada y el azul de sus ojos lo hipnotizó de una forma desconocida para Markus. Eran los ojos más bonitos que había visto nunca.

Que se tomara esa licencia con ella incomodó a la joven, pero entendía que era lo que tocaba después de haberlo insultado.

Entonces, Markus se lanzó a sus labios y le devoró la boca decolocando a Tate. No obstante, se dejó hacer para asegurar su estancia en la empresa. Ya había oído que algunas actrices también lo hacían.

Aquel la apretó contra él y ella sintió su dura erección bajo esos pantalones.

—¿Me lo vas a enseñar? —susurró él apretándole el trasero.

—¿Y si me niego? —añadió ella.

Él estaba tan excitado, que no le cabía en la cabeza no seguir con lo que estaban haciendo, por lo que la chantajeó:

— Más te vale tener al jefe contento o me veré obligado a echarte.

Oír eso le pareció asqueroso a la joven, pero debía hacerlo. Necesitaba curar a su hermano. Por ello, se agachó, le bajó los pantalones y le agarró el grande y duro miembro. Luego, se lo llevó a su boca y empezó a jugar con él de una forma que dejó al otro encantado. Pocas veces se lo habían hecho tan bien. La lengua de

aquella recorría cada rincón de su pene y no pudo hacer otra cosa que estremecerse.

—Sin duda, eres un buen fichaje —comentó él apoyándose en la mesa.

Cuando sintió la necesidad de poseerla, la levantó, le ordenó que se quitara la ropa y la tumbó sobre la mesa. Llevó las piernas de ella a sus hombros y se introdujo en la mojada cavidad de la joven profesora.

Tate gimió desde el primer empellón de aquel. Su miembro era grande y el placer era intenso. Además, él empezó a jugar con su clítoris y eso la puso aún peor.

A Markus le fascinaba ver a las mujeres gozar de placer con él y oír cómo aquella gemía lo estaba poniendo a cien. Por ello, salió de ella y la agarró para empotrarla contra la pared, que estaba a escasos metros, donde la inmovilizó y se introdujo de nuevo en ella mientras la joven moría de placer. Sin duda, su jefe era un experimentado.

Durante minutos, disfrutaron de un excepcional sexo hasta que él se dejó ir dando unos últimos empellones y ella no tardó mucho más.

En ese instante, solo se escucharon sus respiraciones entrecortadas y él se hundió en aquella melena azul.

—Aprobada, señorita Brooks —le susurró al oído.

Luego, se separaron, se vistieron y ella le contó una mentira:

—Verás, el motivo por el que hago esto es una deuda familiar que tenemos con un banco.

—Entiendo.

A él pareció convencerle aquello y no preguntó más.

Tras eso, ella se marchó y él se quedó pensativo sobre lo que acababa de pasar. En su despacho había una cámara y no dudó en

encender su ordenador y ver lo que habían hecho. Esa joven era tan fogosa, que era un buen vídeo. De modo que hablaría con el editor para subirlo a la página censurando las partes en que le decía «señorita Brooks».

CAPÍTULO 6

Markus estaba en su casa, un lujoso loft en el centro de la ciudad perfecto para un soltero de oro como él. Solamente tenía una habitación, que se encontaba en una entreplanta a la que se llegaba por unas escaleras. El joven no quería complicaciones y disfrutaba de unas espectaculares vistas a través de los ventanales que tenía.

Se levantó al mediodía, ya que para él siempre era su hora. Odiaba madrugar y, como era el jefe, se podía permitir ese lujo.

Después de desayunar, vio en su teléfono unas fotos de sus sobrinos en el santuario de Hans. James, Katia, Sabrina y Tessa los habían llevado ese fin de semana para ver a los animales. Lexie adoraba a Ringo como hacía su padre, aunque aquel no había podido ir por hacer turno en el parque con Aiden. Era lo que tenía ser bombero.

Markus reaccionó a las fotos y les deseó que se lo pasaran muy bien.

En ese justo momento, un número que no tenía agregado lo llamó y en cuanto descolgó escuchó:

—¡¿Cómo has podido subir lo de la otra noche?!

Al reconocer la voz de Tate, recordó ese encuentro y sonrió de satisfacción.

—Fue brutal, señorita Brooks.

—¡Oh Dios! No me llames así —le pidió.

La joven estaba en su casa y acababa de enterarse de que aquel video estaba subido y que estaba teniendo muchas visitas. El título era: «La nueva llama capullo a su jefe y acaba mal».

—Vamos, si está teniendo mucho éxito —declaró él en tono gracioso—. ¿No quieres saldar esa deuda?

Tate sabía que ese vídeo le haría ganar dinero, pero le había parecido rastrero grabarla sin ella saberlo.

— Claro que sí, capullo, pero estas cosas debería saberlas. ¿No crees?

Que lo llamara así le hizo gracia y respondió:

— Podrías tener razón, bonita. Pero te cité esa noche y se puede interpretar como que venías a grabar.

Que aquel rebuscara tanto las cosas, hizo que la joven achinara los ojos. ¿Cómo era tan cabrón?

—Serás capullo.

—Debo admitir que empieza a gustarme que me llames así — se mofó él.

Ella no dijo nada de lo enfadada que estaba y en la línea se creó un silencio.

—¿Qué haces esta noche, señorita Brooks?

—Pues cosas —repuso ella seca.

— ¿Mejores que tomarte algo conmigo? — inquirió él a la espera de que aceptara.

Una nueva sesión de sexo con ella se le antojaba del todo excitante.

—Claramente que sí, señor Marshall. Además ¿no crees que eso es poco profesional?

Eso le hizo gracia a él. En ese mundo la profesionalidad solo existía frente a la cámaras, pero luego fuera de ellas todos hacían lo que querían. Markus se había visto con muchas actrices en su tiempo libre y que le dijera aquello era por lo menos gracioso.

— ¿Y qué harás? ¿Corregir actividades que hacen los mocosos? —soltó divertido.

— ¿Te recuerdo que hablas de tus sobrinas? — inquirió ella alucinada.

— ¡Oh Dios! Las adoro, pero son unos trastos a veces — declaró pensando en aquellas niñas—. ¿Te puedes creer que Lexie nos usa a su padre y a mí para maquillarnos?

Saber aquello hizo que Tate soltara una carcajada, que a él le molestó.

—Mataría por verte de princesa —comentó ella.

Él no dijo nada para que no siguiera humillándolo, por lo que cambió de tema:

—Y bueno ¿entonces nos vemos?

—¿Para qué? —le preguntó ella.

—Pues para repetir lo del otro día, señorita Brooks.

Realmente, a Tate le había gustado el sexo con él y ver el vídeo la transportaba a ese momento tan placentero. No obstante, quiso saber algo con las imágenes de fondo:

—¿Grabaremos?

—No —negó él.

— Entonces no, señor Marshall — le dijo ella declinando su oferta—. Solo lo hago por trabajo.

Ese rechazo no se lo esperaba y se mosqueó. Ninguna le decía nunca que no.

—Pues si no quieres perderlo, deberías aceptar —la amenazó él.

— ¡No juegues con eso, capullo! —protestó ella rabiando—. No voy a verme contigo y deberías respetarlo. No me cabe la menor duda de que otra aceptará.

Tras eso, ella colgó furiosa y él se dio cuenta de que lo había hecho mal. Por ello, necesitando disculparse, le envió un mensaje:

SIENTO LO QUE HE DICHO.

SIN DUDA, SOY UN CAPULLO.

Tate agradeció esas disculpas y se alegró al saber que Markus tenía sentido común.

ESTÁS PERDONADO, CAPULLO

Que aceptara sus disculpas lo reconfortó y decidió relajarse viendo una película.

CAPÍTULO 7

Tessa se encontraba con Faith, su ayudante, acabando de editar unas fotos de un proyecto para las fiestas de la ciudad de Cleveland. El ayuntamiento se había puesto en contacto con ella para que llevaran a cabo la edición de los carteles para promocionar la festividad de ese año y se lo estaban tomando muy en serio.

En esos años, su estudio había ganado mucha relevancia en la ciudad y estaba teniendo mucho éxito.

De pronto, se abrió la puerta y entraron Sabrina y su sobrina Lexie.

— Tía Tessaaaaa — soltó la niña llegando hasta ella para abrazarla.

Al verlas, la joven miró el reloj y maldijo.

Esa noche iban a cenar al parque de bomberos con sus maridos, sus compañeros y las mujeres e hijos de aquellos. Todos se llevaban genial allí y esas reuniones eran frecuentes.

—¿Ya son las siete? —preguntó incrédula viendo que el reloj marcaba esa hora.

—Sí, amiga —afirmó Sabrina, a la que ya se le empezaba a notar la barriga.

—Te juro que esto de las fiestas me tiene absorbida y pierdo la noción del tiempo —le dijo la morena recogiendo todo rápido.

Luego, se despidió de Faith, que acabaría unas cosas, y se fueron en dirección al parque de bomberos. Sabrina llevaba una bolsa con comida del *Green Sin* y a Tessa le rugieron las tripas.

—¿Tienes hambre? —le preguntó su sobrina.

—Mucha —afirmó ella.

—El abuelo nos ha dado pizza, pasta, moussaka y la tarta que te gusta.

Escuchar todo aquello hizo que le rugieran las tripas de nuevo y declaró:

—Adoro a Rick.

En el parque, vieron que había una niña sola sentada cerca de la entrada. Era morena y debía ser de la edad de Lexie, por lo que dedujeron que sería familiar de alguno de los compañeros de sus maridos.

Tessa notó que aquella la miraba, pero no le dio importancia y entraron.

Rápidamente, Lexie se separó de ellas y se fue corriendo hacia el patio donde solía estar Nick jugando a baloncesto. Y, efectivamente, aquel se encontraba echando unas canastas con Aiden y dos compañeros más.

—¡Paaaapiii!

Al reconocer la voz de su hija, Nick se giró y la alzó en volandas dándole cariñosos besos en las mejillas. Lexie era de las cosas más bonitas que tenía en su vida y la adoraba.

—Hola, cielo —la saludó después de mimarla.

— ¡Tío Aiden! —saludó la pequeña a aquel que estaba a su lado.

Nick se la pasó y aquel le hizo cosquillas a la pequeña.

Por su parte, Tessa y Sabrina estaban en la cocina junto a Dona y Eve, las mujeres de otros bomberos con las que se llevaban muy bien.

— ¡Por Dios! Esto huele de maravilla — dijo la primera cogiéndole la bolsa a la embarazada.

Dona ya tenía cuarenta años y era madre de tres hijos que revoloteaban por allí. Aun así parecía más joven, ya que se cuidaba.

—Ay sí —añadió Eve—, hace unos días fuimos al *Green Sin* y a Trevor, que ya sabes que le encanta la carne, lo sorprendió gratamente.

Aquella era de la edad de las jóvenes y llevaba casada un año con Trevor, uno de los bomberos más nuevos del parque.

—Me alegra oír eso —comentó Sabrina—. Me habría gustado atenderos, pero ya sabéis lo pesado que se pone Nick con que vuelva a estar embarazada.

Aquel no le había prohibido trabajar, pero sí que fuera menos días. Con el embarazo de Lexie ya discutieron lo suficiente sobre ese tema y Sabrina había aceptado esa condición. No le quedaba otra.

Poco después, aparecieron Aiden y Nick con Lexie y se acercaron a sus mujeres.

—Hola, Sargento Davenport —saludó Tessa a su marido con un beso en los labios.

Hacía un par de años que habían ascendido a su chico y estaba muy orgullosa de él.

Nick se acercó a Sabrina y también la besó.

—¿Todo bien por aquí? —se interesó tocando su vientre.

Ella asintió y lo abrazó. Al principio de su carrera como bombero, Sabrina no acabó de acostumbrarse a pasar noches sin él,

pero con el tiempo y con la ayuda de su amiga lo acabó aceptando. Mejor bombero que actor porno.

A continuación, entraron el marido de Dona, Jack; Trevor, el de Eve; el macizo de Austin, el soltero de oro del parque; y un par de compañeros más. Aquellos saludaron con cariño a las mujeres, ya que se llevaban de maravilla.

—Vaya, Austin, hoy no has traído a la chica de la última vez —comentó Sabrina.

—Es cierto —añadió Tessa—. ¿Cómo se llamaba?

Aquel bufó. Austin era un joven de veintisiete años que era atractivo y eso atraía a las mujeres. Su pelo rubio, sus ojos color miel y sus músculos no dejaban indiferente a ninguna.

— ¿Janelle? ¿Janilla? — empezó a decir Eve para hacerle la puñeta.

—Janine —declaró él seco—. Y para vuestra información ya no estamos juntos.

—Vaya, no me lo esperaba —declaró Tessa con falsa tristeza.

Aquel cambiaba más de novia que de calzoncillos.

Aiden la miró para pedirle que se contuviera y ella obedeció. No quería discutir luego.

Lexie, que estaba junto a ellos, cogió a Austin de la mano y canturreó:

—Austin es mi nooooovioo.

Eso los hizo reír a todos y aquel la cogió en brazos y dijo:

—Tú no me creas problemas.

Entre risas, pusieron la mesa y se sentaron para degustar la comida que, como siempre, les encantó. Sin embargo, Tessa recordó algo al terminar de cenar y se excusó un momento. Fue a la puerta

y se desconcertó al ver que la niña de antes seguía allí. Hacía frío y no era bueno que estuviera fuera.

Rápidamente, avisó a todos y estos se asomaron para ver a la niña, que estaba cabizbaja.

—Cuando he venido pensaba que estaba aquí por alguno de vosotros —declaró la joven.

Aquellos negaron y Aiden y su mujer se acercaron a la niña.

Al notarlos cerca, ella los miró y se agacharon para hablar con ella.

—Hola, pequeña —dijo él—. ¿Qué haces aquí?

La niña no dijo nada, pero ellos se percataron de que temblaba por el frío. Solamente llevaba una fina chaqueta y no le servía.

—¿Quieres entrar? —le sugirió Tessa—. Dentro no hace frío y estoy segura de que tienes hambre.

La pequeña tampoco dijo nada y eso les preocupó. ¿Sería extranjera?

Sabrina salió con algo de comida que había sobrado y se la dio a su amiga. Aquella le tendió un trozo de pizza a la niña y eso pareció hacerla reaccionar, ya que lo cogió, pero al ser pequeña se le hizo difícil comer ese trozo tan grande. Por ello, la joven se sentó a su lado y la ayudó a comérselo.

Cuando se lo acabó, Tessa le propuso:

—¿Quieres que entremos dentro? Allí hay más niños y hay una televisión.

Sin embargo, la niña tampoco habló, por lo que la intentó coger del brazo. Pero aquella se asustó y la joven la soltó. No se fiaba de ella.

—Deberíamos llamar a la policía —declaró Aiden.

Su chica asintió y él desapareció dentro con sus compañeros, mientras Sabrina se quedaba con ellas, aunque Nick no quería que pasara frío en su estado.

Ambas se miraron, ya que no sabían cómo proceder. Entonces, Lexie salió y vio a la niña.

—Holaaaaa —la saludó con la mano.

La niña la miró sin decir nada y la hija de Sabrina les preguntó:

—¿Por qué no habla?

Ellas tampoco la sabían, pero permanecieron a su lado.

Poco después, llegó una patrulla de policía y Aiden salió para explicarles la situación. Aquellos escucharon lo que había pasado y miraron a la niña, que tenía la vista directa al suelo.

— Seguramente la hayan abandonado — declaró uno de los agentes—, pasa más veces de las que uno se puede llegar a creer.

Eso apenó a Tessa, que miró a su marido, y luego preguntó:

—¿Quién haría algo así?

— Hermanita — le dijo Nick—, si recuerdas los nuestros nos dejaron sin miramientos con la abuela.

—Ya, pero… ¿dejar a un hijo en la calle sin nada? Eso es aún más cruel —repuso su mujer.

Finalmente, los agentes llamaron a los servicios sociales.

Cuando una señora seria y de unos cincuenta años llegó y les indicó que era asistenta social, sin tacto ni empatía alguna, tomó a la niña del brazo para llevársela.

La niña miró a Tessa, que se percató de unas lágrimas en sus ojos.

—¡Pare! —le ordenó la joven a la mujer.

Aquella soltó a la pequeña un momento y la niña corrió a abrazarse a la morena. Cosa que le llegó al corazón.

—Está asustada. ¿No lo ve? —le dijo clamando su compasión.

— Yo solo hago mi trabajo — se limitó a decir la mujer mirándola seriamente.

— Pues si hiciera usted bien su trabajo — añadió Sabrina impotente—, no estaría llorando.

Nick miró con prudencia a su mujer, cuando la señora le respondió:

—Tranquila, que sé hacer mi trabajo perfectamente. Además, trato con personas como usted a diario.

— ¡Oiga! — salió su marido en su defensa—. No le falte el respeto a mi mujer.

—Acaba de demostrar la poca vocación que tiene —declaró Dona acercándose a ellos.

La pequeña estaba agarrada con fuerza a Tessa y no quería irse con esa mujer.

—Les guste o no me la tengo que llevar —sentenció tajante la mujer con cara agria.

—¿A dónde? —quiso saber la joven.

La señora, que llevaba una carpeta, la abrió y le dijo:

—Primero al hospital para chequearla y luego a un centro de acogida mientras la policía la identifica. Si encuentran a los padres se les devolverá y si no, se quedará en el centro a la espera de una familia de acogida.

Tessa acarició a la niña al saber eso. Que siendo tan pequeña tuviera que vivir eso era muy triste. Por ello, tomó una decisión:

—Las acompañaré.

—Lo siento, pero eso no puede ser —le informó la mujer.

—¿Por qué? —insistió la morena.

La mujer no supo qué decir y Tessa siguió insistiendo hasta que aquella acabó cediendo con ningún entusiasmo.

—De acuerdo, vayámonos ya.

Aiden se acercó a su mujer y ella lo besó para despedirse.

—¿Estás segura, mi amor? —le preguntó él.

—Sí, Sargento —afirmó ella sonriéndole.

Eso a él le bastó y la dejó irse con la pequeña, que logró separarse de Tessa y se fueron de la mano.

Una vez en el hospital, el pediatra de guardia se encargó de la pequeña, que obligó a entrar a la joven a la sala y ella aceptó. No la dejaría sola.

El pediatra, el doctor Watson, a diferencia de la asistenta era muy simpático, lo que hizo que la niña ya no mirara tanto al suelo.

—No sé qué le ocurre, doctor. Nos la hemos encontrado en la puerta del parque de bomberos, pero está asustada y no dice nada.

Entonces, el doctor le chequeó los ojos y los vio bien. Sin embargo, al meterle el otoscopio en el oído pareció extrañarse.

—Haga que la mire a usted —le pidió Watson a la joven.

Tessa llamó la atención de la niña y cuando esta la miró, el doctor dio un par de palmadas fuertes detrás de la pequeña que asustaron a la joven, pero no a la otra, que ni se inmutó.

La morena miró extrañada al doctor, cuando este declaró:

—Es sorda.

Saber eso le aclaró muchas dudas a la joven. Ya entendía por qué estaba tan retraída.

—Pero tampoco habla —añadió Tessa.

El doctor le abrió la boca a la niña y, examinándola, le informó:

—Parece que tiene una deficiencia en sus cuerdas vocales y probablemente sea sordomuda.

Que la niña tuviera ese problema y que sus padres la hubieran abandonado le partió el corazón a Tessa. Aquella era una preciosidad y sus ojos le decían que no tenía maldad alguna. Por ello, la abrazó sin poder evitarlo. ¿Cómo unas personas eran capaces de hacer eso? Sin duda, muchas mujeres no merecían ser madres y eso le minaba la moral. Pues ella no había tenido la suerte de serlo.

Cuando salieron de la sala, uno de los agentes se les acercó y le confirmaron que habían identificado a la niña. Se trataba de Vera Jensen, de cinco años de edad, que vivía con sus padres y sus dos hermanos a las afueras de la ciudad. La niña no había sido escolarizada y era sordomuda como le acababa de decir el doctor Watson.

Con suerte, la policía ya había detenido a los padres, que se llevaban a sus otros dos hijos a vivir a otro estado.

Una señora, que se resistía, apareció esposada junto a otro agente y Tessa sintió cómo Vera le apretaba la mano con fuerza.

—¡No queremos a esa mocosa! —exclamó la mujer mirando a la niña y al policía que hablaba con la morena—. Solo nos complica la vida.

Que aquella mujer dijera eso de su hija le partió el alma a la joven. ¿Cómo podía pensar eso de una vida que ella misma había traído al mundo?

— Pues haber hablado con servicios sociales en vez de abandonarla —comentó el agente—. Lo que habéis hecho es delito.

En ese mismo instante, Tate pasaba por allí. Había bajado a por algo de comer, ya que esa noche la pasaría en el hospital con Oliver. No obstante, se inquietó al ver a la cuñada de Katia y Sabrina con una niña. Muchas veces la había visto ir a recoger a sus sobrinas y habían hablado.

Se acercó a ella y vio a unos agentes también con una mujer esposada.

—¿Ocurre algo? —se preocupó dirigiéndose a la joven.

Tessa, al ver a la profesora, se sorprendió y le preguntó:

—Vaya, ¿qué haces aquí?

—Nada, visitando a un familiar —se limitó a decir.

Luego, se agachó para saludar a la pequeña, pero como Vera no se enteraba de nada, la joven se extrañó.

—Se llama Vera y no oye ni escucha.

Tate lo entendió y le habló con lenguaje de signos a la niña, pero tampoco se inmutó.

—¿Hablas lengua de signos? —se interesó la morena al verla hacerle señas a la niña.

—Sí —afirmó ella—, cuando estudié me dieron la oportunidad de aprenderla y no la desaproveché. Sin embargo, veo que Vera no lo entiende aún.

—Nunca la han escolarizado. Su madre —le contó señalando a esa mujer que seguía alterada—, la ha abandonado por ser una carga. ¿Te puedes creer que una madre sea capaz de hacer eso?

Saber aquello disgustó a Tate. No entendía cómo podía haber gente tan cruel en el mundo.

De pronto, la mujer se acercó a ellas y a la pequeña y las interrogó:

—¿Quiénes sois vosotras?

— Encantada — se presentó Tessa — , mi marido, sus compañeros y yo hemos encontrado a Vera en la puerta del parque de bomberos donde trabajan. ¿Acaso no le da vergüenza abandonar a una niña tan pequeña y con esa condición?

La mujer se enfurismó y quiso atacarla, pero como iba esposada y los agentes actuaron rápido no le hizo nada.

—Para tu información, maldita zorra —soltó la mujer—, esa mocosa nos amarga la vida. Nos obligan a llevarla a un colegio especializado para que nos saquen el dinero y encima no habla ni hace nada. Para eso, mejor tengo una planta.

—¡Por Dios! —intervino Tate—. Menos mal que no te puede escuchar la pequeña, porque si no te taparía esa maldita boca sucia que tienes.

La mujer la miró con asco y soltó:

—¿Acaso me vas a amenazar con esos pelos, estúpida?

Finalmente, los agentes se la llevaron y luego la señora de asuntos sociales se les acercó y las felicitó para sorpresa de Tessa:

—Han estado muy bien. Sobre todo, usted —indicó mirando a la morena—. Aun así, ahora debo llevarme a la niña a un centro de acogida.

—Disculpe —le pidió la joven—, ¿no puedo llevármela a mi casa aunque sea solo esta noche? Vera confía en mí y no se sentirá segura en otro lugar.

Esa vez, la señora tuvo compasión por la niña y se lo permitió, aunque las visitaría al día siguiente en la dirección que Tessa le indicó.

Como habían venido en el coche de la mujer, la joven decidió llamar a su hermano Markus. Seguro que las podría acercar a casa. Por ello, se alejó unos metros de Vera y Tate, que la sentó en sus piernas e intentó jugar a un juego de manos con la pequeña. Le encantaban los niños.

Minutos después, el mellizo de Tessa apareció y se descolocó al ver a la del pelo azul con su hermana y la niña de la que le había hablado.

Se acercó a ellas y soltó para llamar su atención:

—Vaya, señorita Brooks, no esperaba encontrarla aquí.

Al oír su voz, ella alzó la cabeza y vio a Markus Marshall con su atractivo de siempre, pero en ropa casi de pijama.

—¿Os conocéis? —inquirió alucinada la morena.

—Sí —afirmó Tate—, el otro día tus cuñadas vinieron con él a la escuela.

Tessa se levantó y, agarrando a la pequeña de la mano, se la presentó a su hermano:

—Esta es Vera y tiene cinco años.

Markus se agachó y mirando a la niña la saludó:

—Hola, Vera.

Aquella lo miró y eso le bastó, pues ya sabía que era sordomuda.

Por su parte, Tate pensó en su hermano y que la estaría echando de menos. De modo que decidió desmarcarse.

—Bueno, yo debo volver. Así que buenas noches —les deseó a todos pellizcándole los mofletes a la niña.

A Vera le gustó aquel gesto y le sonrió antes de que la joven se diera la vuelta y se alejara.

—¿Qué hace aquí la profesora? —quiso saber Markus.

—Me ha dicho que está visitando a un familiar —le contó su hermana—. ¿Vamos?

Aquel asintió deseoso de seguir a Tate, pero se acabó marchando con ellas.

Una vez en casa, Tessa le enseñó todo a la pequeña. Sin embargo, era consciente de que no la entendía. De ese modo, al ver unos marcos con fotos de Aiden y ella, de la familia al completo y más, se las señaló y Vera las miró con atención.

En ese momento, su marido la llamó y ella contestó:

—Hola, Sargento.

—Hola, mi amor —la saludó él con cariño—. ¿Cómo ha ido todo?

La joven le contó todo lo ocurrido y él flipó, aunque le gustó saber que su chica se había preocupado por la niña y que se la había llevado a casa.

—Ojalá estar en casa en estos momentos —declaró él.

—La verdad es que eso estaría genial —afirmó acariciando la cabeza de Vera que miraba uno de los muchos álbumes de la casa.

Hablaron un rato más y colgaron.

Entonces, Tessa se sentó con la niña en el sofá y miraron ese álbum, que era el de su boda.

Cuando la niña la vio en una de las fotos la señaló con el dedo y la joven asintió con una sonrisa:

—Sí, soy yo.

Después, señaló a Aiden y la morena le explicó:

—Es el bombero que has visto hoy.

Aun así, Vera no entendió nada y Tessa pensó en cómo comunicarse con ella. Por lo que se levantó un momento, se acercó a una estantería y cogió un papel.

Luego, regresó con la niña y empezó a dibujar.

— Estos somos Aiden y yo de niños — le contó dibujando a dos críos felices con palitos.

A continuación, trazó un corazón entre ellos y prosiguió llevándose la mano al pecho nostálgica:

— Nos enamoramos mucho, aunque él no me lo puso nada fácil.

Vera parecía entender algo y eso le gustó, ya que sonreía.

Seguidamente, dibujó a unas personas más grandes con una cámara y un fuego con una manguera expulsando agua.

— Yo soy fotógrafa — le dijo levantándose para coger su artilugio favorito.

Entonces, como veía a la pequeña sonreír tiernamente, le hizo rápidamente una foto y luego se la enseñó y supo por su expresión que le había gustado mucho.

—Y Aiden es el Sargento de los bomberos de Cleveland.

Enseguida, fue a por una cerilla a la cocina y la encendió.

—Si alguna vez hay fuego, él y los demás van a apagarlo —le explicó soplando la cerilla.

Miraron más fotos, pero la niña ya bostezaba y se durmió rápido en el regazo de Tessa. Eso a la joven le llegó al corazón. Ojalá

ella hubiera podido tener hijos y ver eso cada día. Sus cuñadas siempre hablaban de lo bonito que era y a veces ella sentía un vacío, pero ya lo había aceptado.

Finalmente, cogió a Vera con cuidado y la llevó hasta la habitación de invitados que tenían en el piso. La estiró, la tapó e inevitablemente le dio un beso en la frente.

—Dulces sueños, pequeña.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, Tessa avisó a Faith de que no iría al estudio y le contó la situación. Aquella lo entendió y le aseguró que ella seguiría con el proyecto.

Cuando apareció la señora de servicios sociales, aquella se interesó por la niña para redactar un informe y, para su sorpresa, le permitió quedarse con Vera una semana, porque el centro de acogida estaba lleno y en esos días un niño lo dejaba y la pequeña podría tener una plaza.

Eso a la joven le encantó y hasta abrazó a la sosa de la señora para agradecérselo.

Por la tarde, Aiden fue a casa y se encontró a las mascotas de Nick revoloteando por el salón, mientras su mujer, Sabrina, Lexie y Vera hacían algo en la cocina.

—Vaya, vaya, parece que os lo pasáis bien —las interrumpió.

Las chicas estaban haciendo unas galletas y al ver a Aiden, Tessa fue a besarlo. No se lo esperaba.

—¿Qué haces aquí, cielo? —se interesó ella.

—Como me has contado que Vera estará una semana, me he pillado unos días libres —le contó.

—¿Y mi papi? —preguntó Lexie.

— En el parque, cielo — le respondió su tío besándole la cabeza.

El joven miró las galletas gigantes en forma de corazón que estaban haciendo y preguntó:

—Vaya ¿ya os preparáis para San Valentín?

— Síiiiiiii — le contestó Lexie —. Una para papi y mami, otra para vosotros y otra para el tío James y la tía Katia.

Entonces, Vera cogió una galleta que ya estaba hecha y se la dio a él regalándole una sonrisa. Nada que ver con lo asustada que estaba el día anterior. En ella ponía su inicial y a él le pareció un bonito detalle.

—Gracias, Vera —se lo agradeció contento.

Una vez metieron en el horno las grandes galletas, las niñas se fueron con los animales. Lexie era un terremoto y Vera se estaba contagiando de ella, aunque prefería quedarse acariciando al corderito Steven.

Aiden se fue a la ducha para asearse y luego volvió para jugar con ellas.

—Parece que le gusta estar aquí —comentó Sabrina viendo a las pequeñas.

—Es una niña muy buena —afirmó su amiga—. No entiendo cómo se puede ser tan malo para abandonar a un niño.

Al mirar a Vera, Sabrina recordó lo que le había explicado su padre sobre la marcha de su madre. Se había ido por haber nacido diferente y eso era algo que tampoco entendía.

—Bueno, mi madre también me abandonó y la verdad es que nunca he podido comprenderla. Si Lexie o su futuro hermanito tuvieran algún problema, no sería capaz de dejarlos. Mi corazón no me lo permitiría.

— Esa mujer se está perdiendo ver en lo que te has convertido y la familia que estás formando —añadió la morena con cariño—. Sin duda, cometió el mayor error de su vida.

Dicho eso, se abrazaron y ambas agradecieron estar en la vida de la otra.

—Nos vamos a pasear a los animales —les anunció Aiden—. ¿Os venís?

Aquellas asintieron y, en cuanto las galletas estuvieron listas, las sacaron y se marcharon al parque que solían frecuentar siempre.

Allí, los animales hicieron sus necesidades y las chicas se sentaron en un banco, mientras Aiden se llevaba a las niñas de la mano a unos columpios.

Primero subió a Lexie a uno y luego a Vera. A la primera le encantaban los columpios y, rápidamente, su tío la alzó mucho para dejarla caer como a ella le gustaba.

La otra la miró y parecía asustada.

Aiden lo notó y se agachó.

—No tengas miedo, pequeña.

Entonces, cogió su columpio y lo impulsó solo un poco para que la niña se acostumbrara.

—¿Bien? —le preguntó él mostrándole el pulgar.

Ella asintió dibujando finalmente una sonrisa y él la fue impulsando progresivamente hasta que ambas estuvieron a la misma altura.

Cuando se bajaron, Lexie se fue corriendo hacia las chicas, mientras que Vera iba junto a Aiden y le cogía la mano.

Aquel gesto enterneció al joven y juntos regresaron con ellas.

Más tarde, en casa, Aiden preparó la cena, mientras su chica le explicaba con dibujos a la niña la vez en que quemó un pavo en Navidad y cómo sus hermanos la seguían molestando con eso.

Ese ya se había convertido en su medio de comunicación, por lo que la niña empezó a dibujar en otra hoja. Primero hizo a una persona pequeña de palos con unos garabatos en los ojos, que indicó con el dedo que era ella. Luego, dibujó a cuatro personas con las bocas abiertas y caras enfadadas que parecían gritarle o reírse.

Tessa intuyó que quizá se trataba de su familia y supo que no la habían tratado bien.

Vera se refugió en sus brazos, por lo que el matrimonio se miró a los ojos y sonrieron. Siempre solían estar rodeados de sus sobrinas y muchas veces se quedaban a dormir, pero esa niña les estaba generando una sensación diferente.

CAPÍTULO 8

Markus se encontraba en *Marshallsxxx*. Como siempre, todo el mundo trabajaba y se escuchaba todo. Sin embargo, unos particulares gemidos se le hicieron familiares y fue hasta la sala desde donde provenían.

Se asomó y no le costó ver la melena azul de Tate. Aquella estaba grabando con dos chicos y no pudo evitar centrarse en ella y recordar la otra noche. Necesitaba repetir.

Tate, que estaba entre los dos actores, lo vio y sus miradas se cruzaron, mientras ella llegaba a su clímax. Eso a Markus lo excitó y se mordió el labio inferior.

—¡Corten! —ordenó el supervisor.

Tras eso, la sala se vació y los últimos en salir fueron los actores.

Los chicos conocían a Markus desde hacía años y le dieron un toque en el hombro antes de salir.

Entonces, Tate, que se estaba vistiendo, supo que se había quedado a solas con él y maldijo. Seguro que se ponía pesado.

— ¿Deseas algo? — le preguntó ella mirándolo mientras se ponía una camiseta.

Él cerró la puerta, se apoyó en ella y sonrió.

—Ya sabes lo que quiero, bonita.

— Pues no, no lo sé — repuso ella seca notando sus intenciones, mientras se ponía sus zapatos.

Markus se acercó a ella y la empezó a tocar y a besar.

—No quiero —se negó ella intentando separarse de él.

No obstante, con lo que acababa de ver antes, deseaba poseerla.

Tate intentó resistirse para marcharse, pero él parecía disfrutar con aquello y murmuró:

—Vamos, bonita, no lo hagas más complic…

Pero no pudo acabar, ya que ella le soltó una patada directa a la entrepierna que lo hizo caer en la cama dolorido.

— ¡¿Qué demonios?! — exclamó él tocándose la zona afectada.

— ¿Acaso no sabes parar si te dicen que no? — le reprochó ella disfrutando con aquello.

— Esque ninguna se me niega — respondió él con chulería, aunque sufriendo.

Tate alucinó con la poca vergüenza de aquel y sentenció:

— Pues yo no soy ninguna de las estúpidas que caen a tus pies, señor Marshall.

Cuando se incorporó, él le dijo:

—Señorita Brooks, ¿ves moral pegar a tu jefe?

— Si es un cerdo, claro que sí — declaró ella cruzándose de brazos.

Él la miró y tuvo que disimular lo fascinado que lo había dejado. Su carácter y lo que acababa de hacer dejaba claro que no era como las demás y eso le gustaba.

—¿Deseas que te pegue de nuevo o puedo marcharme? —le preguntó ella—. Tengo cosas que hacer.

—¿Ah sí? ¿Qué cosas? —quiso saber él.

Que preguntara aquello molestó a la joven. ¿Por qué era tan cotilla?

—Eso a ti no te interesa.

—¿Tienes que ir al hospital? —le preguntó él—. Por cierto, ¿qué hacías allí el otro día?

Su curiosidad la estaba sacando de sus casillas y deseaba irse de allí, por lo que le dijo alterada:

—¡Mira, capullo! No tengo por qué explicarte mi vida, así que limítate a hacer tus funciones, que yo haré las mías y déjame en paz. ¡Por Dios! ¿Acaso no tienes cerebro?

Markus flipó con todo eso que le había dicho y soltó para meter más leña al fuego:

—Esta ha sido tu última grabación. Estás despedida.

Aquello desesperó a la joven, que se sintió impotente y notó un nudo de emociones en la garganta. No podía perder esa fuente de ingresos, pero él la había sacado tanto de quicio que no había podido quedarse de brazos cruzados.

—¡Pues perfecto! —bramó ella con los ojos llorosos—. Tú tienes el poder de echar a quien quieras sin pensar en nada más, porque no me cabe duda de que en tu vida acomodada no te falta de nada.

Dicho eso, Tate abrió la puerta y se marchó sintiéndose fatal por su hermano. Su madre había dejado ya su otro trabajo por ella y de nada había servido.

Markus vio cómo aquella se iba y se sintió mal. La joven había tenido razón en todo y él solo había empeorado las cosas diciéndole lo del despido.

◆ ◆ ◆

Al día siguiente, Sabrina, Katia, Tessa y la pequeña Vera, que estaba encantada con los Davenport, fueron a recoger a las niñas al colegio para luego ir al parque.

Estaban esperando en la puerta, cuando se les acercó Markus.

—Vaya, cuñado —le dijo Sabrina—, ¿qué haces tú por aquí?

Aquel, que iba con la intención de hablar con Tate, le contó una trola:

—Nada, tenía la tarde libre y quería ver a mis sobrinas.

—Perfecto —soltó Katia—, vamos a ir al parque.

Unos minutos después, los niños salieron de la clase y las últimas fueron Lexie y Mila, que hablaban de algo con Tate.

Sin embargo, cuando vieron a su tío Markus, fueron corriendo hasta él.

—¡Tío Markus! —exclamaron al unísono.

Al ver a ese allí, Tate quiso irse a la clase y cerrar la puerta, pero como las madres de aquellas eran las últimas que habían allí, no tenía opción.

Por ello, al ver a Vera con Tessa, se acercó y se agachó.

—Hola, Vera.

La niña se acordaba de ella y le sonrió.

—Vera se queda una semana con nosotros al final —le contó la morena.

—Vaya, eso es genial —afirmó la joven.

Markus, que tenía en sus brazos a Mila, no paraba de mirar a Tate. Se sentía mal por lo del día anterior y debía hacerle saber que no era mala persona y que no estaba despedida.

—Tate, hoy te noto algo apagada —le comentó Katia.

—Oh, no te preocupes —le aseguró ella ignorando al que la miraba—, creo que ayer me sentó algo mal y he pasado una mala noche.

—Qué putada —añadió Sabrina—. Yo creo que también me ha sentado algo mal desde hace cinco meses.

Esa ocurrencia hizo reír a todos y la del pelo azul se olvidó de sus problemas.

Entonces, las chicas se dispusieron a irse con Markus, pero este fingió que lo llamaban y luego les dijo que no podía acompañarlas. Por ello, se despidieron y las chicas se fueron dejándolos solos.

Eso no le gustó nada a Tate, que se dio la vuelta para entrar a su clase. Sin embargo, no se dio cuenta de que Markus la seguía.

Al coger sus cosas, se volvió y lo vio.

—Lárgate de aquí —le ordenó.

—Tate, quiero pedirte disculpas por mi actitud ayer. Sé que piensas que soy malo, pero solo fue una broma que se fue de las manos.

—Pues menuda broma, señor Marshall —murmuró ella.

A continuación, él se acercó unos pasos a ella, que se ponía su abrigo, y comentó:

—Sé que me pasé de curioso, pero es lo que me creas.

— Pues no deberías preguntar tanto — declaró ella enrollándose su bufanda al cuello—. ¿Querías algo más?

Markus asintió y le aseguró:

—No estás despedida, señorita Brooks.

Oír eso alivió el estrés de la joven, que llevaba sintiendo desde el día anterior. Apenas había dormido por la ansiedad y eso le había alegrado el día.

—Muchas gracias.

Tate se dispuso a salir de la clase, pero él la agarró del brazo y le dijo:

—¿Y no sería de más agradecimiento que fueras conmigo a tomar algo?

Rápidamente ella negó con la cabeza y le soltó:

—¡Dios mío! ¿Siempre vas a ser así?

—¿Así cómo?

—Tan pesado.

Tras aquello nadie dijo nada y salieron de la clase. Tate cerró la puerta con la llave y empezó a caminar en silencio y alejada de él.

—¿No quieres, entonces? —preguntó él.

—Imposible. Tengo cosas que hacer —respondió ella.

Él quiso preguntarle qué era lo que debía hacer, pero había aprendido del día anterior y no lo haría.

—De acuerdo, señorita Brooks —añadió Markus.

Sin más, aquel se marchó y ella lo agradeció. Aunque era unos años mayor que ella, parecía un niño. No entendía las negativas y se creía gracioso jugando con el trabajo de las personas.

Por su parte, el pequeño de los Marshall seguía curioso y, cuando la vio salir de la escuela, la siguió sin que se percatara de ello.

La joven cogió un bus y él se subió también, aunque alejado de ella.

En ese momento, Tate chateaba con su hermano y le decía que ya estaba en camino. Ese día le tocaba quimioterapia a Oliver e iba a hacerle compañía.

Cuando el bus paró frente al hospital y ella bajó, Markus se inquietó. ¿Qué iba a hacer allí?

Enseguida, se bajó también y la siguió a una distancia prudente.

Fueron al ascensor y Markus dio gracias de que fuera grande y hubiera mucha gente.

Desde una esquina del cubículo, él la observó. Sin saber por qué, esa joven de pelo azul cielo le interesaba. No era una chica despampanante con las que solía verse, pero desprendía curiosidad.

En una de las plantas, ella se bajó y luego él se apresuró a hacerlo también luchando contra la otra gente.

Tate se dirigió a la habitación de su hermano, que ya estaba con la enfermera para irse a la sala de quimioterapia.

—Hoy estás muy guapa —piropeó Oliver a la enfermera como era habitual.

—Eso es porque me he enterado de que estoy embarazada —les confesó a ambos.

La noticia les hizo alzar las cejas a los hermanos y Tate fue a abrazarla.

—Felicidades, Paula. ¡Qué ilusión!

—Sí —declaró ella tocándose el vientre—. Ha sido una grata sorpresa.

— ¡Maldita sea! — soltó Oliver con pena — . Ya no nos podremos casar. El doctor Ronson ya te ha cazado completamente.

Los tres se acabaron riendo y el joven se sentó en la silla de ruedas.

Enseguida salieron y Markus tuvo que esconderse tras una máquina expendedora, ya que casi lo veían.

Cuando se hubieron alejado un poco, él caminó en su dirección y vio que el que iba en la silla no tenía pelo.

Después, se asomó a una de las ventanas de la sala en la que entraron y observó a varias personas sentadas y vomitando.

En una esquina, Tate ayudaba a sentar a su hermano en el sillón, mientras Paula le ponía la sonda y reían.

Markus miraba con curiosidad todo, hasta que oyó a su espalda:

—¿Puedo ayudarte?

Tras él estaba el doctor Ronson con una carpeta y el joven le preguntó:

—¿Qué se hace aquí?

—Quimioterapia.

Markus se quedó sin saber qué decir. ¿Qué pintaba ella allí?

—¿Puedo saber qué haces aquí? —lo interrogó el médico.

La pregunta incomodó a Markus y miró a Tate, que jugaba con el chico:

—Mi madre tiene cáncer de pulmón y pronto debe empezar esto —mintió.

—Vaya, qué lástima —murmuró el otro.

Entonces, Paula salió y le dijo a su chico:

—Oliver y su hermana ya están aquí.

—De acuerdo, ahora paso a verlos.

Aquello le hizo deducir a Markus que ese era el hermano de Tate y le conmovió saber que tenía esa enfermedad. Era un niño aún.

Tras eso, el doctor entró a la sala y Markus decidió irse.

CAPÍTULO 9

Los Marshall decidieron organizar una cena, ya que faltaban pocos días para que Vera se fuera al centro. Algo que tenía a Tessa angustiada, por el cariño que le habían cogido a la niña.

En casa de Nick, los niños jugaban en el jardín con los animales, mientras sus padres, Rick y Aiden los miraban desde una esquina y hablaban de sus cosas.

En la cocina, estaban Katia, Sabrina y Tessa preparando la mesa. Aunque esta última estaba desanimada.

Vera era una niña muy buena y que confiaba tanto en ella como en Aiden. Les encantaba pasar tiempo juntos y comunicarse a través de los dibujos.

Ambos habían estado pensando en la posibilidad de acogerla y luego adoptarla. En esos días se habían dado cuenta de que necesitaban tener hijos para culminar su amor, aunque no pudieran ser biológicos. Eso a Tessa ya le daba igual. Por ello, se pusieron en contacto con la señora de asuntos sociales, pero aquella les explicó que primero debían pasar unos trámites y eso tardaría meses, por lo que Vera debía ir al centro de acogida igualmente.

Eso apenó a la pareja y no lo entendieron. Vera era muy pequeña y en un centro lo pasaría mal. Además, que con su condición no la entenderían y temían que se retrajera de nuevo como la vez que la encontraron.

—Chicas, siento que no va a ser bueno el cambio para Vera —declaró aquella viendo por la ventana cómo Aiden la alzaba y ella

sonreía.

—De verdad, que no entiendo lo pesados que se ponen con el papeleo y todo —dijo Sabrina—. Ella quiere estar con vosotros. Solo hay que ver lo bien que la tratáis.

—Además, no sois mala gente —añadió Katia—. Aiden es el Sargento de los Bomberos de Cleveland y tú eres una gran fotógrafa.

Tessa pensaba igual que sus cuñadas, pero de nada valía.

—Entiendo que hay que hacer unos trámites —murmuró—, pero ¿qué problema hay en que la niña se quede aquí? En ese centro no la tratarán como nosotros y eso es lo que más me aterra.

En ese instante, las niñas entraron y Lexie le pidió a su madre:

—¿Podemos sacar mi maquillaje?

Las mujeres se miraron cómplicemente y reprimieron la risa. La última vez que Lexie había maquillado a todos, parecían payasos.

—Claro que sí —le respondió su tía Katia queriendo echarse unas risas.

Luego, mirando a sus amigas, añadió:

—Será divertido.

Dicho eso, sacaron el maquillaje y Lexie se puso a pintar a Vera y a Mila.

Markus llegó y, al verla haciendo eso, escapó hasta el jardín. La última vez lo había dejado fatal y siempre quería pintarlo. Sin embargo, la puñetera de su cuñada Sabrina anunció canturreando cómicamente:

—Lexieeee, ha venido tu tíoooo.

La pequeña dejó entonces el maquillaje y se fue corriendo hacia a él, que deseó llegar hasta sus hermanos y los otros.

—¡Tío Markus! —exclamó ella cogiéndolo de la mano.

—Hola, pequeña —lo saludó él maldiciendo al ver que se lo llevaba dentro.

—Quiero pintarte —dijo ella al llegar junto a las otras niñas.

Al ver los rostros de Vera y Mila, el joven supo que acabaría como un payaso. Las pobres tenían toda la cara con manchas negras.

—Siiiiiiii —soltó Tessa acercándose a ellos—. Markus quedará bellísimo.

Aquel la miró y no hizo falta que hablara para entender lo mucho que le fastidiaba eso. Sin embargo, adoraba a su sobrina y se dejaba usar.

Mientrastanto, Rick entró y fueron preparando la cena.

Cuando los hermanos Marshall aparecieron con Aiden y vieron a la pequeña maquillando a Markus y las otras dos riendo, Nick soltó gracioso:

—Esto va a ser arte.

Su hermano pequeño lo escuchó y quiso ahogarlo.

—¡Tachán! —anunció Lexie—. Ya estás.

—Vamos, princesa —lo apremió James riendo con su mujer —, muéstrate.

Eso al otro le hirvió más y se contuvo de dejarse llevar por la rabia. No le gustaba que lo humillaran así.

Por ello, se volvió hacia todos y las risas fueron lo único que se escuchó en toda la casa.

—¡No os riais! —protestó Lexie—. Markus está muy guapo.

Aquel la cogió en brazos y declaró:

— No hagas caso de estos envidiosos, pequeña. Ellos no saben.

A continuación, se llevó a las niñas al baño para quitarse la pintura. Por suerte, ese kit que le regalaron tenía maquillaje que se iba rápido con el agua.

Cuando volvieron, sus hermanos iban a decir algo, pero él fue más rápido y les tiró un cojín.

Se sentaron a la mesa y cenaron tranquilamente.

—¿Ya habéis pensado nombres para el bebé? —les preguntó Katia a Nick y Sabrina.

El matrimonio se miró y Lexie soltó:

—Se llamará Anastasia.

—¿Anastasia? —inquirió su padre.

Su hija asintió y él protestó:

—Pues olvídate, porque va a ser un niño.

—¡No! —protestó la niña mirándolo desafiante.

A Nick le encantaba la cara arrugada que se le ponía cuando lo miraba así, pero igualmente dijo:

—Ya puedes ir pensando nombres de niño, cielo.

Lexie se cruzó de brazos y luego murmuró:

—Pues se llamará Aaron.

—Bonito nombre —comentó su madre tocándose el vientre.

La niña se levantó de su sitio y fue a acariciarlo también, mientras Nick la sentaba en su regazo y a regañadientes ella dejó darse mimos. Aquellos se picaban mucho, pero al final todos veían que se adoraban.

Del mismo modo, Vera fue con Aiden y Tessa y él la sentó en su regazo también.

— Princesita — llamó James a su hija, que jugaba con su hermano a las palmadas—, ¿no vas a venir con papi tú también?

La rubita lo oyó y rápidamente fue a su regazo. Era una niña de papá.

— Muchacho — le dijo Rick a Markus viendo la escena—, ya tardas en tener esto.

—Oh no, Rick —le aseguró—. Estoy muy bien así.

— Eso también decía yo, hermanito — declaró Nick mirándolos.

El pequeño de los Marshall se rio. Luego miró a Sabrina y confesó en tono de broma:

—La verdad, desde que tu mujercita dejó de estar disponible he perdido la fe en el amor.

Eso les sacó una carcajada a todos y la rubia añadió mirando a su cuñado:

—Yo también te quiero, Markus, pero Nick tiene mi corazón.

— Ohhhhhhh — soltaron todos mientras aquellos dos se besaban.

Rick se alegró viendo tan feliz a su hija. Nick era el mejor marido que podía tener y su nieta y el que estaba en camino hacían que se sintiera realizado en su vida.

CAPÍTULO 10

Katia se encontraba trabajando en su salón. Desde que su marido y ella lo abrieron, era muy concurrido y eso a ella le encantaba.

Cuando dejó de actuar ante las cámaras, decidió tomar las riendas de su vida y estudiar algo que le gustara. Por ello, como siempre le había atraído el mundo de la peluquería y el estilismo, estuvo dos años formándose hasta que empezó a trabajar de ello y James le propuso formar el negocio.

Al principio, eran ella y una de sus compañeras del curso, pero con el tiempo tuvieron mucha demanda y el equipo llegó a ser de cinco personas, con las que Katia trabajaba muy cómoda.

A pesar de ser de un país donde la gente no destacaba por su afabilidad y simpatía, con los años que llevaba en Estados Unidos ya se había soltado y le encantaba el trato con las clientas. Podían pasarse hablando mucho rato y eso hacía que las horas pasaran volando.

Una tarde, estaba atareada con la señora Peterson, una habitual del salón que necesitaba un peinado para la boda de su hijo. De modo que le hizo un sofisticado recogido y, cuando estaba terminando, una de sus trabajadoras le dijo desde el mostrador:

—Katia, alguien quiere hablar contigo.

—¿Es James? —repuso ella.

En las tardes él siempre estaba en casa con los niños, mientras ella trabajaba. Pues tenía un horario partido, aunque se organizaban muy bien. Siendo la jefa podía ir solo unas horas, pero Katia se implicaba en su negocio.

—No —le comentó la otra—, pero preguntan por él.

La búlgara se excusó un momento con la señora y fue a atender la llamada.

—¿Diga?

—Hola —le respondió una voz femenina—. Busco a James.

Aquello inquietó a Katia. No sabía quién era esa mujer que le hablaba.

—Soy su mujer —murmuró la rubia—. ¿Quién eres?

—Mmmm….Vaya. Desconocía que estuviera casado.

Eso empezó a generarle a la otra una desazón en su interior. No saber quién era aquella, que preguntara por James y le dijera eso, hizo que empezara a sospechar ideas que le eran difíciles de creer.

—¿Quién eres? —insistió.

Tras eso, la línea se cortó y la joven empezó a sentirse insegura. Pero le era imposible pensar en que su marido le hubiera sido infiel. James la amaba y eran felices con los niños. Sin embargo, ahora empezaba a dudarlo y con una angustia en el pecho, regresó con la señora Peterson.

Aquella miraba una revista y Katia no habló nada. Su cabeza le daba vueltas a esa llamada.

—¿Qué te ocurre, Katia? Tienes mala cara —le dijo entonces la señora mirándola por el espejo.

—Ohhh —se apresuró a mentir ella—. Estoy en mis días.

—Uffff. Yo apenas recuerdo cuando me bajó por última vez. ¡Estoy con la menopausia, que no puedo con ella!

Aquella señora que rozaba la sesentena siempre era explosiva y soltaba cosas como esa, por lo que Katia sonrió un poco. No obstante, esa llamada la seguía teniendo inquieta.

Horas después, cuando llegó a casa, Mila fue corriendo a ella.

—¡Maaamiii!

La búlgara se agachó y abrazó a su hija. Siempre la recibía así y ese día lo necesitaba mucho.

—Hola, mi princesita —repuso ella.

Alexei estaba haciendo deberes en la mesa con la ayuda de James. Su hijo era muy listo, aunque las matemáticas le costaban.

—Hola, mamá —lo saludó el niño.

Entonces, James se levantó para acercarse a ella y darle un beso en los labios, pero ella le hizo la cobra y eso lo preocupó.

—¿Todo bien, princesa?

Katia, que sentía aún esa angustia en el pecho, le dijo:

—Voy a darme una ducha.

Tras eso, desapareció del salón y se fue a su habitación. Se desnudó y se metió al baño. Necesitaba serenarse, aunque no pudo remediarlo y empezó a llorar. Pensar en que James, el amor de su vida, le hubiera sido infiel, la hundía. Era cierto que discutían, pero siempre eran por cosas que enseguida solucionaban. No entendía qué había fallado. ¿Quizás su trabajo? ¿Quizás porque ya no tenia el mismo cuerpo que antes? En el parto de su hija, tuvieron que hacerle una cesárea de emergencia y le había quedado la cicatriz. No era muy bonita, pero Katia la había aceptado. Nunca había estado insegura de su cuerpo, pero ahora lo dudaba. ¿Y si ya no le

atraía a su marido? ¿Y si solo estaba con ella por el compromiso de los niños?

James llevaba unos meses atareado con un nuevo negocio en el que estaba participando: una empresa de softwares. ¿Y si había conocido a alguien allí? Katia empezó a agobiarse y decidió no sabotearse más. Esa noche, cuando los niños durmieran, lo confrontaría.

Esa ducha duró más de lo habitual, pero la agradeció. Necesitaba relajarse, para que sus hijos no la vieran mal.

Una vez se secó, se puso un pijama y se dirigió al salón.

James cocinaba y sus hijos ponían la mesa.

Durante la cena, ella no estuvo muy habladora, aunque si sus hijos le decían algo gracioso, fingía que no le pasaba nada y les sonreía. Si su marido le decía algo, ella le respondía secamente y supo por el gesto de él que notaba au malestar.

Por ello, cuando durmieron a los niños y estuvieron solos en el salón, James le preguntó acercándose a ella:

—¿Qué te pasa, princesa?

No obstante, ella se apartó inconscientemente.

Entonces, lo miró a los ojos sintiendo un gran nudo en su garganta y le espetó:

—¿No tienes nada que decirme?

James frunció el ceño y respondió:

—¿A qué te refieres?

— Por favor, James. No me ocultes nada — le pidió ella notando que la garganta empezaba a temblarle.

Aquel no entendía nada y la veía apagada. Desde que había llegado del trabajo estaba así y estaba empezando a preocuparse.

Quiso acercarse de nuevo a ella, pero se alejó de nuevo y él se desesperó.

—¿Pero qué demonios te ocurre?

—James, dímelo —soltó ella—. Aunque me duela, por favor.

Su marido se descolocó al ver que empezaba a llorar.

—¿Pero qué te pasa, princesa? —insistió abrazándola.

Esa vez no dejó que se escapara.

Sin embargo, ella lo acabó haciendo y señaló:

—¿Cuándo fue?

—¿El qué? —inquirió él nervioso por no saber qué le pasaba.

—¿Cuándo me fuiste infiel? ¿Y por qué? —sollozó ella.

Al oír eso, James se quedó sin palabras. ¿Por qué Katia le decía eso? Él nunca sería capaz de hacer eso, porque tenía valores y la quería demasiado.

—¿Qué te hace pensar que te he engañado? —repuso él.

Ella se desmoronó y él declaró sufriendo por verla así.

—¿En serio crees que soy de esos? ¿Acaso no te dejé claro el día de nuestra boda que soy tuyo hasta que la muerte nos separe?

— ¡¿Y quién era esa chica que ha llamado al salón preguntando por ti?! —exclamó histérica sin alzar mucho la voz.

James no tenía ni idea de lo que le hablaba.

— Una mujer ha llamado, ha preguntado por ti y yo le he dicho que yo era tu mujer. Entonces, esa me ha dicho que no sabía que estabas casado y cuando le he insistido en que me dijera quién era, me ha colgado.

—Te lo juro que no lo sé, cariño —le aseguró él—. Pero, por favor, déjame abrazarte.

Katia desconfiaba de él y le dio la espalda. Eso a él le desesperó, por lo que le dio la vuelta y le juró de rodillas cogiéndola de la mano.

—Te lo juro, princesa, yo no he hecho nada ni lo haré nunca. Te quiero. Nunca he querido tanto a nadie y me duele que desconfíes de mi. No sé quién era esa mujer, pero seguramente haya sido un malentendido.

Katia estaba en una encrucijada. Se creía a James, pero esa llamada le seguía inquietando.

—No he hecho nada, Katia. Te lo juro por nuestros hijos, por mis hermanos y por todo en este mundo. Por favor, confía en mí —le suplicó él.

Ella quiso hacerlo y suspiró:

—De acuerdo, pero quiero respuestas.

— Mañana mismo lo averiguaré, tranquila. Pero déjame besarte, princesa.

Oír esa palabra y necesitando a su marido, lo hizo levantarse y se besaron.

—Yo nunca te haría daño ni rompería nuestra familia, cariño —murmuró él cuando separaron sus bocas—. Quiero que te quede claro.

Ella asintió y se fueron a la cama, donde él le hizo el amor para dejarle claras las cosas. Él amaba a esa mujer y no había otra como ella. Katia y sus hijos lo eran todo para él.

◆ ◆ ◆

Al día siguiente, James revisó el registro de llamadas del teléfono de la peluquería y cuando él y su mujer llamaron al número, aquel no daba respuesta y ambos se inquietaron.

CAPÍTULO 11

Tate entró al estudio de *Marshallsxxx*. Le tocaba grabar y, aunque exponerse de ese modo no era lo que más deseaba, estaba contenta de que Oliver pareciera responder bien al tratamiento y su madre tenía un nuevo aire que le gustaba mucho. La veía más sonriente.

Como siempre, la joven se dirigió a la sala en la que la habían citado y se sorprendió al no ver a nadie aún. Quedaban dos minutos para las seis en punto de la tarde, la hora en la que debía estar allí.

La sala estaba equipada para que pareciera una clase de escuela y le pareció irónico. Había pupitres, una gran pizarra con el nombre de la empresa escrito con tiza y la mesa del profesor delante.

Enseguida, vio entrar a Markus y cerrar la puerta y se extrañó.

—¿Por qué no hay nadie? Hoy me habéis dicho de grabar y…

Sin embargo, él sacó una cámara pequeña que iba atada a una cinta y se la puso en la cabeza desconcertándola por completo.

—¿Y eso? —inquirió ella.

Markus se acercó a ella, la rodeó intimidándola y luego le explicó:

—Hoy te toca conmigo, señorita Brooks.

Al saberlo, la joven bufó y se cruzó de brazos. Algo que a él le gustó.

— Hace tiempo que no grabo así y no se me ocurre mejor candidata que tú.

—Oh, qué afortunada soy —soltó ella con ironía.

A él le encantaba esa forma de ser de Tate y por ello le buscó más las cosquillas diciéndole:

— Vamos, Tate, hoy te va a gustar. La señorita Brooks ha de darle unas buenas clases a su alumno.

— Vaya, señor Marshall, parece que te gusto. Siempre pensando en mí —declaró mirando el escritorio y la pizarra.

— Si no me permites pasar una noche contigo, tendré que ingeniármelas. ¿No crees?

Entonces, él fue hasta una de las mesas y cogió algo. Luego, regresó junto a ella y se lo tendió.

—Póntelo —le indicó.

La joven desplegó aquello y vio que era una blusa y una falda cortita.

—Venga, señorita Brooks.

Tate alucinaba con que fueran a grabar eso, pero igualmente fue a cambiarse.

—Puedes hacerlo delante mío, si quieres —comentó él.

— No te daré el gusto — repuso ella graciosa desde el pequeño probador que había en un rincón.

La joven se cambió de ropa y al verse frente al espejo que había allí, contuvo una carcajada. Aquello era surrealista.

Cuando salió y vio a Markus con unos pantalones y la cámara en la cabeza, quiso reírse, pero se contuvo.

—Está muy sexy, señorita Brooks —le dijo él escaneándola con la mirada.

—Tú también con la cámara en la cabeza —se mofó.

Tras eso, él le pidió que se pusiera frente a la pizarra y ella lo hizo.

—Señorita Brooks, tienes que repartirme un exámen y yo me quejaré del suspenso. Luego, iré a tu mesa y comenzará todo.

— ¿Y has preparado algún diálogo? — le preguntó ella cogiendo una regla.

—Quiero que improvises, encanto —añadió él.

Que le pidiera aquello le dio reparo, ya que no era muy buena en eso.

—¿En serio? —inquirió ella.

Él asintió sonriendo y ella quiso pegarle con la regla, pero se contuvo.

—Perfecto —añadió con falso entusiasmo.

Entonces, Tate fue a coger una hoja para simular un exámen y él le sugirió:

— Desabrochate más la blusa y quítate el tanga, señorita Brooks.

— ¿Vas a llamarme así siempre? — se quejó ella — . Así me llaman mis alumnos.

Markus rio y afirmó:

—Bueno, ahora yo soy tu alumno.

La joven puso los ojos en blanco e hizo lo que aquel le había pedido. Se desabrochó la blusa dos botones más, por lo que sus pequeños pechos quedaban insinuantemente descubiertos. Luego, se quitó el tanga negro que llevaba, hizo una bola y se lo tiró a aquel, que babeaba.

Él lo cogió y se lo llevó a la nariz.

— Mmmm…gracias por el regalo — murmuró encantado sintiendo su entrepierna endurecida.

—¿Sabes que eso es de pervertido? —soltó ella alucinando.

Como Markus necesitaba empezar ya, ignoró esto último y le avisó:

— Vamos a grabar ya, señorita Brooks. Recuerda siempre mirar a la cámara y no a mí.

—Oh, eso suena muy bien —comentó ella graciosa.

Dicho eso, Tate se apoyó en la mesa frente a la pizarra con la hoja en sus manos y él activó la cámara.

La joven se acercó hasta donde estaba sentado él y le dio la hoja diciendo:

—Debes estudiar más.

Entonces, Markus paró la cámara y le pidió:

—Inventate algo mejor y más sexy.

Ella resopló por aquello. No preparaba guión y encima no le gustaba lo que hacía.

—¿Cómo qué? —le preguntó.

—Tú sabrás, señorita Brooks.

Tate volvió a su sitio y cuando aquel hubo activado de nuevo la cámara, ella se acercó de nuevo y le dijo humedeciéndose los

labios como una buscona:

—Señor Marshall, debería pasar más tiempo estudiando que haciendo otras cosas. ¿Acaso no se concentra en mis clases?

—Es difícil —repuso él siguiéndole el rollo y escaneándole todo el cuerpo con la cámara.

—Pues venga a mi mesa —le propuso ella tomándolo de la mano—, estoy segura de que podré resolverle todas sus dudas.

Dicho eso, Markus se levantó y la siguió hasta su mesa, aunque ella se paró antes lo que hizo que chocaran y ella notara el bulto de su entrepierna.

—Vaya —comentó ella palpándoselo—, ¿esto lo desconcentra en clase?

Al joven le estaba gustando cómo improvisaba y asintió:

—Sí, señorita.

—Pues veamos lo que podemos hacer para solucionarlo —añadió ella con una mirada provocativa.

Entonces, la joven se agachó y le bajó los pantalones hasta dejar su grande miembro frente a su rostro. Luego, empezó a jugar con él, como a Markus le gustaba y él se estremeció de placer varias veces.

A continuación, Tate se levantó y lo tumbó sobre la mesa.

Ella se subió encima de él y se empaló mirándolo de cara apoyada en sus manos junto a las piernas del joven. Empezó a mover con ritmo y sensualidad sus caderas sin dejar de mirar a la cámara y gimió.

Markus se estaba olvidando de que estaban grabando. Algo de Tate le atraía y ver su iniciativa lo estaba poniendo a mil. La mayoría de veces era él quien llevaba la voz cantante.

Además, el modo en que miraba a la cámara lo ponía peor.

Los gemidos de ella envolvían el espacio y él hacía esfuerzos por no dejarse ir aún. Su voz cargada de deseo cuando gemía era una gran tentación para él.

Por ello, Markus se vio obligado a cambiar y la agarró para sacarla de él y ponerla boca abajo en la mesa con las piernas ligeramente abiertas.

Seguidamente, él se agachó y grabó en primer plano cómo metía sus dedos en su vagina para masturbarla, mientras ella gritaba y se retorcía de placer.

Los dedos de aquel dejaron a Tate tan extasiada, que tuvo un orgasmo.

Al verlo, el joven se introdujo rápidamente en ella y la joven murió aún más de placer, mientras él sentía que era cuestión de segundos que le llegara su clímax.

—¿Me va a aprobar, señorita? —le preguntó él dándole un azote en una de sus nalgas.

Ella apenas podía decir nada y volvió a tener un orgasmo, en el momento en que él llegó a su clímax y ambos jadearon.

Él se dejó caer sobre la espalda de ella, mientras apagaba la cámara y le besaba el cuello a la joven.

—Ha sido perfecto, señorita Brooks.

Ella, que aún estaba ubicándose, sonrió y afirmó:

—Fascinante. La mejor escena hasta la fecha.

Fueron a lavarse a una ducha que conectaba con la sala y Markus no pudo dejar de admirarla. La otra se percató y le tiró la esponja a la cara.

—¿Qué ocurre? —le preguntó graciosa.

—Eres una diosa del sexo, señorita Brooks —le respondió él volviendo a mirarla.

— No me mires más, señor Marshall — comentó ella desenjuagándose el cuerpo—, o pensaré que te gusto.

Aquello lo descolocó y se apresuró a decir:

—Oh, para nada, encanto. Conozco a muchas diosas del sexo.

Ella no dio crédito a lo creído que era y no dijo nada más.

Una vez secados, se vistieron y salieron de la sala.

Markus iba a proponerle ir a cenar, pero Amanda, una actriz rubia y de grandes pechos con la que se veía a veces, se acercó a ellos y lo saludó:

—Hola, guapo.

—Hola —repuso él.

— Hace tiempo que no vamos a cenar y ya he acabado de rodar. ¿Te apetece?

Tate se sintió fuera de lugar en esa conversación, por lo que se despidió y se fue de *Marshallsxxx*, mientras él la seguía con la mirada y maldecía.

—La verdad es que hoy tengo una reunión familiar —mintió él.

No le apetecía irse con ella. Seguramente se le pondría a hablar de tonterías sobre su aspecto y sus caprichos que a Markus lo aburrían. A él solo le interesaba el sexo y con lo que había grabado estaba agotado.

Tras eso, él se fue a su despacho y miró la grabación para rememorar ese gran momento que había vivido con la señorita Brooks. Esos ojos azules y sus sensualidad cuando estaba encima de él, lo volvieron a excitar y tuvo que ponerle remedio.

CAPÍTULO 12

El día de la entrega de Vera llegó y Tessa y Aiden estaban de los nervios. La niña los adoraba y ellos a ella, pero los malditos trámites los iban a separar.

Los tres desayunaban unas tortitas que Aiden había preparado con Vera y quedaba apenas media hora para que la señora de servicios sociales viniera a por ella.

—Cielo, no va a ser bueno para ella —le dijo la joven a su marido.

—Lo sé, mi amor, pero hemos de respetar la ley y haremos todo lo que se necesite para acogerla —le aseguró él cogiéndola de la mano y apretándosela—. Nosotros seremos su hogar.

Cuando acabó de desayunar, la pequeña fue a por una hoja de papel y empezó a dibujar. Eso era lo que más le gustaba hacer desde que lo usaban como método de comunicación.

La pareja se puso a limpiar los platos y cuando acabaron, se acercaron a Vera y Tessa se emocionó por el dibujo.

En esa hoja, la niña había dibujado a dos personas de palos y una más pequeña. Eran ellos y le encantó ver una cámara de fotos al lado de la que se suponía que era ella y una manguera y fuego junto al que era Aiden. Aquello le recordó a la vez en que ella le contó quiénes eran con un dibujo y le llegó al corazón. Y más, al ver que todos tenían una sonrisa en la cara.

—Es muy bonito —declaró la joven abrazando a Vera.

Aiden también estaba conmovido por aquello y, captando la atención de la pequeña, agarró el dibujo y con unos imanes que tenían en la nevera, lo colgaron.

—¿Te parece bien? —le preguntó él mostrándole el pulgar.

La niña sonrió y asintió.

Un rato después, llamaron a la puerta y a Tessa, que estaba haciéndole cosquillas a la niña en el sofá, se le cambió el gesto. No quería que los separaran.

Aiden fue a abrir la puerta y la señora le dijo:

—Vengo a por la niña.

Él la invitó a pasar.

En cuanto Vera vio a la mujer, se tensó y Tessa supo que estaba asustada. Algo que le hizo sentirse peor.

La joven se levantó y le tendió la mano a la niña que con reparos se la dio. Se acercaron a ellos y aquella avanzó para agarrarla del brazo. Sin embargo, Vera se escondió detrás de Tessa y se aferró a ella.

—Me la tengo que llevar —sentenció molesta la señora.

—¿Pero no ve que no quiere? —soltó Tessa.

— Eso le da igual al Estado — declaró aquella — . Debo llevármela si no quieren problemas que luego impidan los trámites que desean llevar a cabo.

Oír eso fue un golpe de realidad para la joven. No quería hacer nada que luego pudiera jugar en su contra. Sin embargo, necesitaba pedirle algo a esa mujer:

—Al menos déjenos acompañarla al centro, si no tardaremos una eternidad para que se la lleve.

La seria señora lo pensó. Luego, miró a ambos y acabó accediendo:

—De acuerdo, pero no me creen problemas allí.

—En absoluto —afirmó Aiden acercándose a su mujer y a la niña.

Luego, él cogió a la pequeña en brazos y salieron del piso.

Mientras bajaban en el ascensor, Vera se apretó a él y le supo mal tener que separarse de ella. Esos días el joven se había percatado de un brillo nuevo en su mujer y en él también. Ambos eran felices estando solos, pero la pequeña había supuesto un paso más para su vida. Ahora solo querían luchar por ella y formar la familia que tanto habían querido.

Cuando llegaron a un edificio algo descuidado en el centro de la ciudad, Tessa tuvo que evitar desmoronarse. Su hogar era mejor que eso para la niña. Había basura por el suelo del jardín y era un horror.

Entraron y se encontraron a muchos niños por el pasillo gritando y corriendo. Había un montón de juguetes por el suelo y comida también. Parecía que allí no limpiara nadie.

En un rincón, habían unos chicos rodeando a otro y estaba claro que eran abusones, porque lo empujaron y le quitaron algo que tenía en las manos. Aquel, que no debería tener más de ocho años, se puso a buscar sus gafas por el suelo, por lo que Aiden fue a ayudarlo y se las tendió, aunque estaban algo dobladas.

— Gracias, señor — le dijo el pequeño algo asustado arreglándose sus castaños pelos.

El niño tenía los ojos azules, aunque Aiden se conmovió al ver alguna herida en su rostro.

—Yo de ti las cambiaría.

—La señorita Federline no lo hará —se lamentó el niño.

Tras eso, el chico se marchó hacia una de las salas y Aiden se acercó a Tessa y a Vera, que miraban todo asustadas. Eso no era un buen sitio para la niña.

La señora se separó de ellos un momento y luego volvió con una mujer mayor, esbelta, de cabello castaño y con gafas. A simple vista no transmitía nada de simpatía y Tessa se dio cuenta del olor a tabaco que desprendía.

—Hola, soy la señora Federline. A partir de este momento la niña se quedará aquí, así que ya pueden dármela y marcharse.

Esa frialdad desconcertó al matrimonio y Tessa se sintió muy mala persona por tener que dejar a Vera con esa mujer y esos niños.

Entonces, la joven se agachó para estar a la altura de la pequeña, que estaba asustada, y le explicó a pesar de que no la entendería:

—Tienes que quedarte aquí, pero no te preocupes, porque haremos todo lo necesario para que vuelvas a casa.

Tras eso la abrazó, mientras un par de lágrimas caían por sus mejillas. No obstante, cuando se separó de ella y vio que la niña lloraba también, se le partió el corazón. Y más, cuando esa señora Federline la tomó del brazo y se la llevó a una sala. Vera lloraba y lloraba mirándolos y los Davenport se sintieron realmente malas personas.

Aiden consoló a su mujer y le dijo a la señora de servicios sociales:

—Díganos cuándo podemos comenzar con los trámites.

—Primero hemos de evaluar el entorno, la casa, sus trabajos, sus ingresos y la familia para poder empezar con los trámites burocráticos —les aclaró la mujer mientras salían de ese centro.

— Pues que evalúen lo que quieran, pero que ella no esté mucho tiempo aquí —soltó Tessa mirando de nuevo el centro—. Es horroroso.

A continuación, el matrimonio se marchó y la joven no pudo dejar de llorar en casa al ver ese dibujo en su nevera y recordar a Vera llorando y mirándolos. ¿Qué pensaría de ellos? Primero la abandonaban sus padres y ahora ellos.

CAPÍTULO 13

Una tarde, James estaba en casa con sus hijos. Alexei estudiaba, mientras él y Mila miraban la serie favorita de aquella.

James se enteraba poco de la trama de los episodios, pero ver a su hija tan entusiasmada con su peluche le llenaba el corazón.

—Papi, yo quiero un conejo como los del santuario —le pidió la pequeña.

— Eso — la apoyó Alexei desde la mesa — . Yo quiero otra mascota.

Años atrás habían tenido a Brady, un perro que adoptaron del santuario. Sin embargo, el animal cayó enfermo y murió un par de años después.

En ese momento, llamaron a la puerta y James se levantó del sofá.

—Ya veremos —les dijo.

Se dirigió a la puerta y cuando abrió y vio quién era, alzó las cejas sorprendido.

Ante él estaba Nadia, una chica que fue importante en su vida, pero de la que llevaba años sin saber nada.

James conoció a aquella rubia de ojos azules una noche en el bar de copas exclusivo en el que trabajaba por las noches con apenas veinte años. Por entonces, el joven se mataba a trabajar para mantener a sus hermanos.

Cuando vio a esa chica entrar en el local del brazo de otro hombre no evitó fijarse en ella. El vestido provocativo que llevaba y su maravilloso cuerpo atraían a cualquiera. Sin embargo, esa vez solo se miraron con deseo y no fue hasta otra noche en la que regresó sola, que ambos se conocieron mejor.

Nadia era eslovaca y tenía cuatro años más que él. La tensión fue inmediata entre ellos y esa misma noche se acostaron. Eso fue el inicio de una relación de amistad que marcó mucho la vida de él.

Ella era actriz de cine para adultos y fue la que lo introdujo en el mundo. Empezaron en una sala de sexo en vivo y la jefa decidió explotar el potencial de él. Por ello, le propusieron grabar escenas y él, consciente de lo que ganaría, dejó sus dos trabajos para lanzarse a aquello. Y, sin duda, fue lo mejor que pudo hacer, dado el éxito que tuvo durante muchos años.

Sin embargo, su relación se vio con problemas. Nadia empezó a enamorarse de él y se volvió celosa y tóxica. Eso a James no le gustaba nada, ya que él no sentía lo mismo y, cuando lo echaron por su culpa de la empresa en la que estaban, la acabó echando de su vida.

— Mmmm…Cuánto tiempo, americano — declaró aquella recorriéndole el cuerpo con aquella mirada que un día a él le llegó a excitar.

A pesar de que habían pasado cerca de dieciséis años, aquella seguía siendo muy atractiva. Aunque iba algo insinuosa con el escote que llevaba.

—Vaya…Nadia —declaró él aún sorprendido por su presencia —. ¿Qué haces aquí?

Ella le sonrió y le preguntó:

—¿No vas a invitarme a entrar antes? Te recuerdo muy buen caballero.

En ese momento, James notó algo en su pierna y vio a su hija, que lo cogía y miraba a la otra.

—Papi, ¿quién es?

—Una vieja amiga —le dijo él.

— Ya me enteré de que estás casado, James — le comentó entonces la eslovaca.

Entonces, aquel ató cabos y añadió:

—Deduzco que fuiste tú la que llamó al salón de mi mujer.

Nadia le sonrió y asintió.

—Tenemos que hablar, americano. ¿Me vas a dejar pasar?

James dudó. Estaba con sus hijos y no le apetecía que preguntaran. Sin embargo, maldijo al ver que la puerta del ascensor que se encontraba a pocos metros se abría y que Katia salía y parecía buscar las llaves en su bolso.

Ese día, la búlgara no había tenido muchas clientas porque era un día lluvioso y decidió salir una hora antes. Así estaría con su familia.

No obstante, al ver a una rubia frente a su puerta se inquietó. A simple vista, aquella tenía un buen cuerpo. El trasero se le marcaba con los vaqueros que llevaba y se incomodó al percatarse de que llevaba un pronunciado escote. Pues veía la pierna de su marido sobresalir de la casa.

Cuando llegó hasta ellos, el perfume intenso de aquella casi la hizo toser. Olía demasiado.

Entonces, Nadia la miró y Katia sintió ciertos aires de superioridad de aquella.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mirando a su marido.

—¡Maaami! —la saludó su hija soltando la pierna de aquel.

Katia la cogió en brazos y sus ojos se clavaron en la eslovaca, por lo que se creó una tensión entre ellas.

—Princesa —pronunció James.

Sin embargo, se arrepintió. Pues esa palabra también se la había dicho a Nadia en el pasado. Lo cierto era que ella fue la primera a la que llamó así.

Como era de esperar, ambas lo miraron y Nadia señaló:

— Mmm…hacía mucho que no escuchaba esa palabra. Recuerdo lo mucho que me gustaba cuando me la decías.

Al escucharla, Katia miró a James. Él nunca le había hablado de ninguna ex novia. Pues él le había dicho que ella había sido la primera relación seria que había tenido. Aunque ahora, empezaba a dudarlo.

No le estaba gustando nada cómo aquella le sonreía a su marido y lo que había dicho, por lo que se contuvo de agarrarla de esas extensiones rubias.

Queriendo apartarse de ella, entró en la casa y se puso junto a James.

—¿Quién es? —le interrogó mirando no muy simpática a la otra.

Estaba claro que se le insinuaba tanto con la mirada como con sus atributos.

— Soy Nadia Szabó, una vieja amiga de tu marido — se presentó aquella haciéndole ojitos a James—. Hablamos el otro día por teléfono.

Al recordar aquello, la misma sensación volvió a generarse en el interior de la joven. No por pensar que le había sido infiel, sino por las intenciones que veía en esa para que lo fuera.

Se creó un silencio y Nadia miró entonces a James.

—Tenemos que hablar, americano. ¿Cuándo te va bien que nos veamos?

A Katia le ardió escuchar eso, por lo que se dejó llevar por sus impulsos y le dijo:

—Tú no te vas a ver con mi marido, maldita buscona.

Enseguida, la joven agarró la puerta con mala leche y se la cerró en los morros.

James alucinó con aquello, pero comprendió lo incómoda que había sido la situación para ella.

Katia se dio la vuelta entonces con su hija en brazos, cuando oyó que la otra decía tras la puerta.

—Regresaré cuando ella no esté, James. Adiós.

Eso a la búlgara la enfureció y deseó abrir la puerta para dejarle claras las cosas. No obstante, Mila la empezó a distraer con su peluche y lo descartó.

A continuación, dejaron a la niña con la tele y Katia agarró a su marido y se lo llevó a la terraza. Estaba enfadada y no tardó en espetarle:

—¡¿Quién es esa zorra?! ¿Y por qué nunca me has hablado de ella?

Él, que aún no entendía por qué la otra había aparecido, le explicó:

—Solo fue una amiga, princesa. No…

—No me vuelvas a llamar así —lo cortó ella—. Ahora no me gusta.

A James le repateó aquello.

—Pues lo haré, porque tú eres mi princesa.

—Pues a Nadia —la nombró con asco—, le encantaba que la llamaras así y estoy segura de que desea que lo vuelvas a hacer.

Su marido había sentido las intenciones de aquella, pero no quería que Katia se encelara. No tenía nada que temer.

—Escucha, cielo. Ella pertenece a mi pasado. Fue quien me hizo descubrir el cine para adultos y me ayudó en mis primeros pasos con mi empresa.

—Pues menudo pasado, americano —reiteró ella imitando a la otra—. Te creía más listo.

—Mejor no hablemos del tuyo…

Al oírlo, ella lo miró y James fue consciente de lo idiota que había sido. Por ello, se acercó a ella para disculparse, pero Katia lo evitó y regresó al interior sin mirarlo. Aquello que le había dicho le había dolido mucho.

Ella no eligió su pasado. No eligió ser prostituta. No eligió dedicarse a la industria del cine para adultos. Y no decidió casarse con un salvaje que casi la mata de los maltratos a los que la sometí Aunque ya era feliz, esa herida siempre estaría con ella y que James hubiera dicho eso, le afectó.

A partir de ahí, ella no le dirigió la palabra a su marido y aquel se desesperó.

A la hora de dormir, él se encargó de llevar a la cama a Mila. Esta se acostó en su cama con su peluche y él la tapó.

—Papi, ¿mami se ha enfadado por esa mujer?

— No, princesita — le aseguró él besándole la frente — . ¿Quieres que te lea un cuento?

Mila asintió y él se acercó a la estantería donde la pequeña tenía varios libros. Cogió uno y regresó con ella para leerlo. Le encantaba dormir a su hija.

Aquella cayó rendida a la mitad de la historia y él apagó las luces, cerró la puerta y regresó al salón. Allí, su mujer estaba acabando de poner el lavavajillas con mala cara.

James odiaba estar así con ella, de modo que se acercó y la abrazó por la espalda.

— Perdóname, princesa. Y no te quejes de esta palabra, porque solo quiero decírtela a ti.

Ella no dijo nada y él añadió:

—He sido un capullo con lo que he dicho y no sabes lo mucho que me arrepiento. Por favor, no me ignores más.

Aquel sintió entonces que ella le acariciaba la mano y eso lo alivió y le besó el cuello.

—Si esa zorra vuelve por aquí, échala.

— Por supuesto —declaró él dándole la vuelta—. No olvides que te quiero.

Al escucharlo, ella lo besó y luego confesó:

—Y yo a ti.

CAPÍTULO 14

Tessa estaba un día en el salón de Katia junto a su mejor amiga Sabrina, que ya tenía más panza. Ambas se estaban cortando un poco las puntas, cuando la rubia murmuró:

—Este bebé nos va a tener hasta el parto discutiendo por su sexo.

La otra rio. En las últimas revisiones el bebé no había querido mostrar sus partes bajas y eso los impacientaba a todos, pero sobre todo a Nick y a Lexie, que seguían con su lucha.

—Por cierto, ¿qué tal con el tema de Vera?

Al oír ese nombre, Tessa se apenó. Echaba de menos a la pequeña y hasta la semana siguiente no tenían la entrevista para revisar todos sus antecedentes y conocerlos mejor.

—Pues deseando caerle bien a quien nos evalúe —le explicó —. No dejo de imaginarme cómo estará allí en ese sitio. Aiden y yo hemos decidido ir mañana a intentar verla. No quiero que piense que somos como sus padres y nos odie.

—Seguro que todo irá bien —la animó la rubia cogiéndola de la mano.

Entonces, ambas miraron por el espejo a su cuñada. Katia estaba algo rara y necesitaban que le explicara lo que le pasaba. Eran su familia y sus amigas.

—Cuñi, ven aquí —la llamó Tessa.

La búlgara, que estaba en el mostrador, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ellas.

—¿Ocurre algo?

—Eso es lo que queremos saber nosotras —añadió Sabrina—. Estás tristona.

En ese momento, las compañeras de Katia terminaron con ellas y se marcharon para darles intimidad.

— No es nada. Es solo que parece que una vieja amiga de James quiere ir a por él. El otro día se presentó en mi casa y…

—¡¿Cómo?! —exclamó alucinada Tessa—. ¿Qué vieja amiga?

—Nadia.

Eso a la morena no le resolvió nada. No conocía a ninguna Nadia.

—¿Y esa quién es? —quiso saber Sabrina.

— Su primera princesa y la que lo metió en el cine para adultos.

Eso sorprendió a las otras, que se miraron.

— Mira que soy su hermana, pero nunca me ha hablado de ninguna Nadia.

—¿En serio? —inquirió la búlgara.

Tessa asintió y Sabrina añadió:

—Pues eso significa que no es relevante para él. Además, no debes preocuparte, Katia. Tú y todos sabemos que James es un buen hombre y que te quiere. ¿Acaso olvidas que estuvo contigo, a pesar de que estabas casada con Ravzko?

Katia sabía que tenía razón, pero desconfiaba de la otra. Sabía que iría a por James y eso la ponía mala.

Tras eso, siguieron hablando un poco, hasta que las otras se marcharon y la otra regresó a la faena.

CAPÍTULO 15

Aiden se escapó un par de horas para ir con Tessa al centro de acogida para ver a la pequeña Vera. La echaban de menos y querían asegurarse de que ella no los odiaba por dejarla allí.

Una vez en la puerta, llamaron y una joven latinoamericana les abrió con gesto simpático.

—Hola, ¿está la señora Federline? —le preguntó la morena.

—No, señores, justo se acaba de ir y volverá en unas horas.

Saber eso disgustó a la pareja y Tessa comentó:

—Verá, veníamos para ver a una niña y no podemos esperar, ya que mi marido debe regresar al trabajo.

— Lo siento, pero sin la señora Federline no puedo hacer nada. Ella decide estas cosas — les informó aquella pareciendo comprenderlos. Sin duda, era más agradable que la otra.

Los Davenport se miraron y Tessa le dijo a su marido:

—No podemos irnos de aquí sin ver a Vera.

— Mañana volveremos, mi amor — repuso Aiden rodeándola con su brazo.

Sin embargo, aquella joven soltó:

—¿Vienen a ver a Vera? ¿La sordomuda?

Aquellos dos asintieron y entonces ella les invitó a entrar.

—Entren, será mejor que la vean.

Oír eso los preocupó y Tessa le preguntó:

—¿Ha ocurrido algo?

Aquella cerró la puerta y les explicó:

—Desde que llegó se aísla de los demás, llora y apenas come. Además, los niños a veces llegan a ser crueles y se meten con ella.

Saber eso apenó a la morena. Desde el día en que la dejaron supo que no estaría bien allí y se sentía responsable.

—¿Están interesados en acogerla? —les preguntó la chica.

Ambos le explicaron todo acerca de Vera. Cuando la encontraron, lo bien que estaban juntos y el vacío que sentían sin ella. Claro que querían acogerla.

Eso conmovió a aquella, que se presentó:

— Hola, soy Jimena y estoy haciendo prácticas aquí. No se preocupen, van a ver a la niña, porque estoy segura de que le ayudará.

—Muchas gracias, Jimena —se lo agradecieron de corazón.

Tras eso, andaron por el pasillo y pudieron ver una sala donde algunos niños jugaban a videojuegos, otra en que las niñas miraban un reality y jugaban con unas muñecas y la última, donde pudieron ver a Vera sentada en una mesita dibujando y, no muy lejos de ella, Aiden vio al niño de las gafas del otro día con un cómic en la mano. El pequeño se acercó a ella y le dio otro papel para que ella dibujara.

— La verdad es que Lucas y ella se han hecho amigos. El pobre tampoco lo pasa bien aquí, pero siempre está con Vera y al menos la calma cuando llora —les contó Jimena.

Aquello les enterneció, pero Tessa vio a la pequeña seria. Sabía que no era feliz allí. Por ello, necesitaba entrar de una vez.

Con un gesto, la otra se lo permitió y aquella abrió la puerta.

Cuando Vera alzó la cabeza y los vio, se levantó rápidamente de la silla y fue corriendo a ellos y los abrazó por las piernas con fuerza. Ambos se agacharon y la pequeña se refugió en ellos mientras sentían cómo temblaba y la notaban más delgada.

—Hola, pequeña —murmuró Aiden acariciándole la cabecita.

A continuación, la cogió en volandas y fueron hasta la mesa donde estaba dibujando.

Solo estaban ellos y Lucas en esa sala, por lo que Aiden se acercó a él y se interesó al ver que sus gafas seguían igual y que tenía un morado en la cara:

—¿Quién te ha hecho eso?

—Los de siempre —dijo el niño no queriendo enseñar mucho ese golpe.

Entonces, Vera fue hasta ellos y le tendió un dibujo a Aiden. En él se veían unas personas enfadadas y otra llorando, pero en medio había otra con gafas protegiendo a la que lloraba.

El joven lo entendió y le preguntó al niño:

—¿Te han pegado por proteger a Vera?

Al oírlo, Tessa se acercó y, al ver la cara del niño, sintió impotencia. ¿Acaso nadie ponía órden en ese sitio?

Por ello, llamó a Jimena y al pedirle explicaciones, Lucas declaró:

—Jimena siempre es buena y no deja que se nos acerquen, pero con la señora Federline eso no pasa.

De pronto, a Vera le sonaron las tripas y Tessa se agachó y tocándole el vientre le preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Hoy no ha desayunado —les dijo el niño.

—Iré a por algo —les informó Jimena desapareciendo de allí.

Luego, se sentaron y la pequeña empezó a dibujar algo. Primero hizo a dos personas y cuando hizo la cámara y la manguera supieron que se trataba de ellos.

—Vera siempre dibuja a estas personas con eso —comentó Lucas junto a ellos.

—Somos nosotros —le aclaró Tessa encantada.

Seguidamente, la niña dibujó a una personita alejada y triste y los Davenport se miraron pesarosos sabiendo que era ella.

Entonces, la morena agarró un lápiz y dibujó pequeños relojes en línea entre ellos, para luego rodear todo y dibujar a las mismas personas juntas.

—¿La vais a adoptar? —preguntó el niño.

La pareja asintió y el pequeño señaló:

—Hacéis bien. Se nota que Vera se quiere ir con vosotros.

Saber aquello les gustó a ambos y Aiden sintió curiosidad por ese niño.

—¿Cuánto llevas aquí?

Aquel les mostró dos dedos de la mano y dijo:

—Dos años. Mi madre se fue al cielo y me trajeron aquí.

—¿Y tu padre? —inquirió el joven.

El niño se encogió de hombros y respondió:

—Mi madre nunca habló de él.

En ese momento, Jimena entró con un vaso de leche, un sándwich y una manzana para Vera y la pequeña se lo comió todo con la ayuda de los Davenport.

Jugaron y les dieron cariño a los dos niños hasta que la otra entró y les avisó de que debían irse, ya que pronto regresaría la señora Federline y quería evitar problemas.

Aiden y Tessa abrazaron a Vera, que entendió que ya se iban. La morena temía que la niña se pusiera como el otro día, pero se sorprendió al ver que les sonreía y se enterneció al presenciar que Lucas la cogía de la mano y la llevaba hasta el fondo de la sala para sentarse a ver el cómic de él.

Cuando salieron al pasillo, Tessa se interesó:

—¿Cuál es la historia del pequeño?

Mientras andaban hacia la puerta, Jimena les explicó:

— Por lo que sé, Lucas vivía con su madre que tenia problemas mentales y muchas veces los vecinos llamaban a la policía, ya que aquella mujer enloquecía y atentaba contra la vida de su hijo. Finalmente, un día él la encontró colgada en su casa. Sin duda, no ha tenido suerte el pobre.

—Dios mío —murmuró la otra mirando a su marido.

— Aun así, él es un trozo de pan y solo hay que ver lo bien que trata a Vera para saberlo.

— Deberías decirle a tu jefa que le cambie las gafas a Lucas —le sugirió Aiden—, los otros niños se las torcieron el otro día.

Jimena miró al suelo y suspiró:

— No se piense que desde que las vi de ese modo no le he insistido con el tema, pero esa mujer es mala y no debería de estar trabajando aquí. Ella solo se interesa por cobrar, pero no atiende a los niños como debe y esto es un caos siempre.

Ambos la comprendieron y para consolarla Tessa añadió:

— Pues déjame decirte que tú lo haces genial y que tu vocación no la tienen muchos.

Eso hizo sonreír a la joven, que se lo agradeció:

—Gracias, señora, yo..

—Llámame Tessa —le pidió la otra interrumpiéndola.

—Gracias, Tessa, valoro mucho tus palabras.

Tras eso, se despidieron y Aiden le advirtió:

—Cuida de los pequeños.

—Lo haré —les aseguró ella con una candorosa sonrisa.

Durante el camino a casa, Tessa se deshizo de un gran peso de encima. Ese centro no era para nada agradable, pero saber que la niña era consciente de que les importaba y haber podido ver que tenía a alguien que la protegía era reconfortante.

◆ ◆ ◆

Unos días después, los Davenport tenían la entrevista con la trabajadora que les llevaría el tema de los trámites y que los debía evaluar para dictaminar si eran aptos para poder adoptar a la pequeña.

La pareja esperaba frente al despacho de la señora Dewan, cuando Aiden quiso tranquilizar a su mujer, que no paraba de moverse en su asiento:

— Mi amor, verás que todo saldrá bien. Somos personas decentes y esa mujer lo verá.

—Esperemos que sí —repuso ella.

Instantes después, la puerta del despacho se abrió y de allí salió una pareja no muy contenta.

— Tranquila, cariño — oyeron que el hombre le decía a su mujer—, volveremos a probar en unos meses.

— Pero no entiendo nada — repuso ella—, no tenemos nada que sea malo para poder acoger a un niño.

— Ya, pero seguro que esa mujer no se fía de que yo sea policía —dijo aquel—. Como has oído, dice que tanto tiempo fuera de casa puede afectar a la conciliación familiar.

Que dijera aquello aterró a Tessa y rápidamente miró a Aiden, que también se había descolocado. Ser bombero suponía hacer turnos que lo privaban de estar en casa varios días seguidos. No obstante, él no dejaría que eso rompiera la vida en familia. Nick lo llevaba muy bien y eso le daba calma.

— Señor y señora Davenport — los llamó desde su mesa la mujer con la que se debían entrevistar.

Aquellos se levantaron y entraron cogidos de la mano.

—Pueden sentarse —les indicó aquella seria.

La señora Dewan debía rozar la cincuentena, llevaba gafas y parecía un clon de la mujer que había aparecido cuando encontraron a Vera. Sin duda, trabajar en servicios sociales te definía la personalidad y el aspecto.

— Por lo que me consta, desean adoptar a una niña sordomuda ¿cierto? — les preguntó tecleando rápidamente algo en su ordenador.

—Sí, así es —declaró Tessa sonriendo y mirando a Aiden.

— ¿Y ustedes hablan lenguaje de signos? — los interrogó dejando de teclear y centrándose en ellos con una libreta en sus manos.

—No —respondió él.

Aquella bufó y soltó antipaticamente:

—¿Y cómo quieren adoptar a una sordomuda si no lo saben?

— No se preocupe, señora, lo aprenderemos —le contestó la joven.

— Pues dénse prisa, porque ya hay otras familias de acogida con las que podemos dejar a la niña. Ellos sí saben la lengua.

Aquello disgustó a Tessa y su marido le cogió la mano, mientras a la mujer le parecía dar igual.

Luego, la señora Dewan les pidió el carnet de identificación, de conducir, el acta de boda y la declaración de solvencia del banco entre otros, mientras les preguntaba más cosas acerca de sus vidas como el trabajo y la familia.

— ¿Siendo bombero sabe que no puede estar muy presente en casa, verdad? — inquirió la mujer mirándolo sin alterar su expresión seria ni un segundo.

Esa pregunta incomodó a Tessa, pero salió a defender a su marido:

— Es cierto que hay días que duerme en el parque, pero le aseguro que mi marido siempre está presente aunque esté lejos. Además, su lugar de trabajo tampoco está muy lejos de nuestra casa.

— Ya, señora Davenport, pero en una familia deben estar los dos disponibles siempre —insistió la mujer.

—Ya, pero verá —insistió ella intentando que aquello no los perjudicara—, Aiden es el sargento de los bomberos de nuestra ciudad y también debe estar disponible por nuestra seguridad. Es su trabajo y lo hace impecable.

Aiden le besó la mano a su mujer por eso tan bonito que había dicho, pero la señora Dewan comentó borde:

—No dudo del talento de su marido en su trabajo, pero no estamos aquí por eso. ¿Están seguros de que quieren adoptar? ¿Y más a una niña con esa condición?

Que les preguntara eso, hizo que Tessa se desanimara.

—Nosotros encontramos a Vera —declaró pensando en la niña—. Sus padres la abandonaron frente al parque de bomberos y en pocos días confió en nosotros y le ha afectado tener que ir al centro. La niña adora a Aiden y me adora a mí y desea volver a nuestra casa. ¿Tan difícil es ver eso? Entiendo que el papeleo es importante en estas cosas y que hay una serie de requisitos que debemos cumplir, ¿pero acaso no pueden también observar lo que desea el niño?

—Señora Dewan —añadió su marido—, la invitamos cuando quiera a acompañarnos a ver a Vera al centro y juzgar por sí misma la conexión que tenemos con ella. Además, también podría tomar nota de cómo se trata a esos niños allí.

La mujer los miró con la única expresión que le habían visto y sentenció:

—Pueden marcharse. Me pondré en contacto con ustedes en el caso de que se acepte su solicitud y podamos avanzar con el proceso.

Que los echara ya fue mala señal para Tessa y se levantó pesarosa para salir de ese despacho, mientras Aiden la rodeaba con

el brazo y le besaba la cabeza con cariño. Ahora entendían a la pareja de antes.

— Dios, Aiden, ¿por qué se hace tan complicado todo? — se lamentó la joven.

Aquel no podía evitar sentirse culpable de todo, ya que era su profesión lo que les podría suponer no adoptar a Vera.

— Es por mí, mi amor — le dijo él —. Piensan que no puedo hacerle bien a la niña si estoy en el parque.

— Pues es una tontería — protestó ella — . Mira a Nick, él también pasa noches fuera y Lexie lo adora.

—Ya, pero me dolería si por mí no…

Tessa sabía lo que quería decir, pero no le permitió acabar.

— Ni lo pienses. Vamos a luchar por Vera y no la decepcionaremos. ¿De acuerdo?

Aiden asintió y miró a la mujer que tanto amaba.

Ella sintió su mirada y le preguntó curiosa:

—¿Qué ocurre?

Él la besó tiernamente y declaró:

—Nunca me cansaré de decirte que te quiero, mi amor.

Esa declaración le llegó al corazón a la morena, que no evitó lanzarse de nuevo a sus labios.

— Ni yo de decírtelo a ti, cariño — confesó ella a escasos centímetros de su boca.

—Y pensar que éramos unos niños cuando me enamoraste... —murmuró él nostálgico.

Aquello enterneció a la joven, que añadió:

— ¿Recuerdas nuestra sesión semanal de *The Walking Dead* que hacíamos?

— Claro que sí — respondió él sonriendo — . Me encantaba acurrucarme contigo y besarte, aunque yo intentara engañarme.

Los Davenport se besaron de nuevo y llenos de amor y fuerza salieron de la oficina de servicios sociales. Conseguirían a Vera fuese como fuese.

CAPÍTULO 16

Markus fue un día a recoger a sus sobrinas con sus cuñadas. Lo cierto era que aquellas empezaban a cuchichear cosas. Pues aquel no solía ir mucho.

—¡Tío Markus! —gritaron Lexie y Mila al verlo.

Corrieron hasta él y este las alzó a ambas. Estaba muy fuerte.

—¿Qué tal están mis sobrinas favoritas?

Ellas lo abrazaron y él se derritió, a pesar de que lo consideraba algo de "nenazas".

Cuando aquel vio a Tate, sonrió. Llevaba días sin verla y eso le parecía estar afectando. El vídeo que habían hecho juntos estaba siendo todo un éxito y necesitaba hacérselo saber. Además, deseaba llevarla a cenar. Esa chica lo tentaba.

Por ello, dejó a las niñas con sus madres un momento al ver que ella volvía a entrar en la clase.

Rápidamente, llegó hasta ella y la paró.

—Hola, señorita Brooks.

— Hola, señor Marshall — lo saludó ella manteniendo las formas.

— ¿Te gustaría ir a cenar esta noche? — le propuso — . Hay que celebrar el éxito de nuestro último vídeo.

Enseguida, ella le tapó la boca y se percató de que nadie lo había oído, aunque las cuñadas de él los miraban disimuladamente.

—No hables de eso aquí —le advirtió ella.

—Lo siento, tienes razón —se disculpó— ¿Entonces aceptas?

Tate lo pensó, esa noche su madre iría a dormir con Oliver y tenía casa sola.

Lo cierto era que Markus había sido su mejor experiencia sexual, aunque fuera ante las cámaras. Muchas eran las noches que se había tocado viendo sus dos vídeos juntos y recordando la sensación de tenerlo dentro.

Por ello, quiso dejarse llevar y aceptó, aunque le preguntó:

—¿Paga el jefe?

—Por supuesto —le contestó él encantado.

De pronto, las niñas se acercaron a ellos, pero Markus estaba de espaldas y no se percató.

—¿Te parece bien si te recojo a las ocho?

—Me parece perfecto —afirmó ella.

Entonces, las niñas regresaron con sus madres y Lexie les dijo canturreando:

—El tío Markus va a cenar con la señorita Brooks.

Aquellas los miraron y no se sorprendieron. Ya los habían estado viendo y sabían cómo era su cuñado.

Cuando él se les acercó de nuevo, decidieron ir al parque y, en el camino, las niñas no pudieron callarlo y le preguntaron:

—¿La señorita Brooks es tu novia?

Rápidamente él negó con la cabeza y les respondió:

—Sabéis que yo no tengo novia. ¿A qué viene eso?

—Pero la recogerás a las ocho —comentó Mila.

— ¿Os daréis besitos como papi y mami? — soltó Lexie también.

Aquel se dio cuenta de que los habían escuchado y miró a sus cuñadas, que parecían saberlo también por cómo se contenían las sonrisitas.

—Es solo una amiga —confesó él para que se callaran.

—Está claro —dijo Sabrina graciosa.

A continuación, llegaron al parque y él se fue a jugar con los niños, mientras las otras dos cotilleaban sobre la profesora y él.

◆ ◆ ◆

Como habían acordado, Markus fue a recoger a Tate a su casa. La joven le había mandado la dirección y él se sorprendió de que viviera en el peor barrio de la ciudad. Por ello, descartó llevar su coche y pilló un taxi.

Cuando le avisó de que ya llegaba, ella estaba acabando de hacerse la raya del ojo. Se puso rápidamente el rimmel y se miró al espejo.

Para esa noche había decidido ponerse un sencillo body blanco de mangas de tres cuartos y unos pantalones vaqueros negros que se ceñían a su figura. No iba a ponerse ningún vestido, ya que ella se arreglaba solo para eventos importantes. Si no, se ponía algo casual y cómodo como en esa ocasión.

A continuación, cogió su humilde bolsito negro que ya estaba pelado. Siempre se olvidaba de comprar otro.

Salió del piso y bajó hasta el portal, donde vio a Markus esperando junto a un taxi.

Se acercó a él y soltó:

—Vaya, ¿el señor Marshall viene en taxi?

Él sonrió y al escanearla de arriba a abajo le pareció que estaba muy guapa, aunque no evitó comentarle observando a un grupo de pandilleros a escasos metros de ellos:

—No me sentía muy seguro de venir con mi coche. Esta zona no me inspira mucha confianza.

Aquel clasismo mosqueó a la joven. Su madre y ella se dejaban la piel para poder vivir allí con los gastos que conllevaba la estancia de Oliver en el hospital y no se calló lo que pensaba:

—No todos tenemos una vida tan acomodada como la tuya. Tú te ganas la vida follando, mientras que los que estamos aquí tenemos más de un trabajo la mayoría.

Markus sabía que tenía razón y quiso hacerle saber que él no siempre había tenido esa vida.

— Escucha, señorita Brooks, de pequeño mi abuela y mi hermano James fueron los que nos sacaron adelante, porque mis padres nos abandonaron por sus adicciones. Él tuvo que renunciar a su futuro por mantener a sus tres hermanos y eso no se olvida.

—Vaya, no lo sabía —añadió ella conmovida por aquello.

El joven quiso cambiar de tema y soltó:

—Creo que eres la primera chica que queda conmigo y no se pone vestido.

—Uff…qué pereza —le dijo ella—. Yo no tengo la capacidad de ser siempre una muñequita como las que debes frecuentar. Prefiero ir cómoda.

Aquella declaración le encantó a Markus. Él tampoco iba muy elegante. Unos vaqueros oscuros y una camiseta Lacoste que se le ceñía a sus fuertes brazos.

Tras eso, se subieron al taxi y él le indicó al conductor que los llevara al *Green Sin*. Allí, Linda lo saludó con cariño y aquella se alegró de verlo acompañado por una chica nada parecida a las que solía traer.

—Linda, ella es Tate o, mejor dicho, la señorita Brooks —se la presentó él.

La mujer, al saber que era la profesora de su sobrina nieta, comentó:

—Ay, es cierto. Lexie me habla siempre de su profesora con el pelo azul.

La mujer los guió hasta una mesa algo apartada para darles intimidad y los dejó con las cartas.

—Es bonito el sitio —murmuró la joven mirando los motivos naturales que los rodeaban.

Sin embargo, vio en un rincón unas fotos y reconoció a Markus en algunas de ellas.

Tate se levantó de la mesa y fue a contemplarlas.

Estaban colgadas en la pared y en todas salían los Marshall con unos animales y la joven reconoció a la cerdita Paris y al corderito Steven. Lexie siempre hablaba de ellos en clase y se moría por conocerlos.

Markus se acercó a ella y se puso frente a una foto en la que salía toda la familia. Se la habían hecho la última vez que fueron todos juntos al santuario de Hans y recordó lo bien que se lo pasaron. Le encantaba la vida en familia.

—Se os ve muy unidos —objetó la joven.

—Sí —afirmó él—, lo estamos.

— Tus sobrinas hablan mucho de ti en clase. Según ellas, eres su tío favorito.

Que le dijera aquello le llegó al alma. Él adoraba a las pequeñas.

—Ya ves que todas me adoran, señorita Brooks —suspiró él —. ¿Tú lo haces?

Ella se rio y dijo:

—La respuesta es clara: no. Solo follas bien.

Eso a él le molestó un poco y ella se dio cuenta.

—¿Qué, señor Marshall? Igual que tú ves a las chicas solo para el sexo, yo también lo hago con vosotros.

A Markus le sorprendía cada vez más aquella chica y decidió que regresaran a la mesa.

—Deduzco entonces que no has tenido muchos novios.

—Ni uno, querido —le hizo saber ella.

Lo cierto era que la joven nunca había sentido la necesidad de estar con nadie. Ningún chico se había interesado en ella, a parte de por el sexo y, si alguno parecía querer algo, ella tampoco daba la oportunidad. Lo veía como una responsabilidad y un compromiso que no necesitaba en ese momento.

A continuación, pidieron los platos que querían. Tate ya había ido alguna vez a allí con su familia y le gustaba la comida que servían.

Mientras esperaban, Markus quiso saber sobre su familia, ya que aún recordaba lo que descubrió de su hermano en el hospital. Sin embargo, no quería que supiera que la había seguido ese día.

—¿Y qué hay de ti, encanto? ¿Vives sola? —le preguntó.

— La verdad es que vivo con mi madre en ese barrio que tanto miedo te da —le explicó ella dándole un trago a su vaso con agua.

—¿Y tienes hermanos?

—No tantos como tú, pero sí. Uno —le contó ella.

Markus la escuchó atentamente, aunque ya lo sabía.

—¿Y no vive con vosotras? —se interesó más él.

— No, la verdad es que vive con mi padre no muy lejos de aquí —mintió ella.

No quería revelarle que su hermano estaba enfermo, ya que aquello era algo que no solía ir contando al primero que pasaba. Era algo privado para ella.

— Pues el otro día lo vi en el hospital cuando lo fuiste a ver para la quimioterapia.

Oír aquello inquietó a la joven. ¿Cómo sabía eso?

—¿Disculpa? —inquirió ella.

— El día que me disculpé por echarte, me quedé con curiosidad cuando rechazaste mi propuesta y…te seguí hasta el hospital —le confesó algo avergonzado,

— ¡¿Qué me seguiste?! — exclamó ella llamando la atención de un par de comensales que tenían a escasos metros.

Markus sabía que eso lo dejaba como un acosador, pero intentó excusarse:

— Siempre me decías que no y...no sé, Tate, hay algo en ti que me interesa y necesitaba relajar mi curiosidad.

— Vaya, ¿sueles acosar a más chicas por curiosidad? — le preguntó ella encogiéndose de hombros sin saber qué pensar.

Por un lado, tenía claro que ese estaba mal de la cabeza, pero por otro, saber que le interesaba la desconcertó. ¿A qué se refería con eso?

En ese momento, Linda les trajo la comida y al olerla, Tate comentó:

—Qué buena pinta tiene.

—Mi hermano es todo un artista —afirmó la mujer orgullosa de Rick.

A continuación, aquella se marchó y la joven declaró:

—Bueno, ahora que ya sé que eres curioso, debes saber que mi hermano Oliver tiene trece años y padece una leucemia que no conseguimos echar desde hace un par de años. Mi madre se buscó tres trabajos para costear el tratamiento y la estancia en el hospital y con mi sueldo también podíamos llegar a pagarlo. No obstante, tanto yo como mi hermano veíamos que ella no vivía y por eso decidí meterme en tu empresa, aunque nadie lo sabe. Ambos creen que trabajo en la oficina de una amiga.

Aquel relato resolvió muchas dudas del joven, que se sintió mal por su situación. Que se hubiera metido a ese mundo por necesidad era duro. Y más, siendo una profesora.

—Lo siento, Tate —le dijo él.

— Tranquilo, no quiero dar pena — añadió ella probando la sopa de melocotón y leche de coco que se había pedido—. Oh Dios, esto está realmente bueno.

Markus se alegró de que le gustara la comida.

— Mmm…señorita Brooks, aparte de ser una diosa del sexo tienes buen gusto.

Aquello último hizo reír a la joven, que murmuró:

—Ya tardaba en salir tu vena conquistadora.

—¿Eso significa que te sientes conquistada?

Ella achinó los ojos del modo en que a él le gustaba.

—¿Por ti? Habría que ser muy tonta. Mira que yo no estoy puesta en temas de relaciones, pero si tuviera que buscar una, tu perfil no sería el adecuado.

—¿Mi perfil? —inquirió él algo ofendido.

—Actor porno, mujeriego, chulito, acosador….¿me dejo algo?

—Sí, te olvidas de que soy tu jefe y me estás diciendo estas cosas.

Tate puso los ojos en blanco y añadió dándole un trago a su vaso.

—¿Acaso es mentira?

— No — admitió él — . Aunque quitaría lo de acosador y pondría curioso.

Ambos se rieron y cenaron en buena sintonía.

Más tarde, Linda apareció para retirarles los platos vacíos y les preguntó:

—¿Deseáis postres?

Markus miró con descaro a Tate y declaró:

—Tráenos mejor la cuenta, belleza, el postre lo tomamos en otro sitio.

La mujer lo entendió y comentó antes de marcharse:

—Qué bribón estás hecho.

Seguidamente, él pagó y llamaron a un taxi.

—Tengo casa sola, señor Marshall —le informó ella mirándolo con ganas de lo que ambos deseaban.

—Pues vayamos, señorita Brooks —repuso él agarrándola por la cintura y plantándole un beso en los labios, para luego descender por su cuello.

Eso la puso cardíaca y bramó extasiada:

—¡Que venga ya el maldito taxi!

Minutos después, entraron en el sencillo apartamento entre besos intensos con los que ella se ahogaba. Markus hacía magia en su boca.

Como pudieron, llegaron a su habitación y se tiraron a la cama.

Tate no podía estar más mojada y él sentía que su entrepierna iba a explotar pronto. Por ello, ambos se desnudaron rápido y él le dio la vuelta, la puso a cuatro patas y sin miramientos la empaló causándole a ella un gemido que le encantó a Markus.

Primero empezó con suaves embestidas, pero ella no tardó en pedirle más. De ese modo, la agarró de su larga melena azul con posesión y subió el ritmo causándole un gran placer a la joven. Tal era la excitación, que no tardaron mucho en llegar al clímax.

A lo largo de la noche, repitieron varias veces. Ambos eran insaciables y se complementaban perfectamente.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, cuando Markus se despertó en la cama de Tate, el sol le dio en toda la cara. Ella no estaba y bufó. Miró el reloj en la mesita junto a la cama y vio que eran las doce de

la mañana, una hora común en él. Después de la noche desenfrenada que pasaron, no le extrañaba haberse despertado tarde.

Dispuesto a marcharse, el joven se levantó y se empezó a vestir en el momento en que vio una nota en la cama.

Señor Marshall, veo que eres un dormilón y no te he querido despertar antes de irme a trabajar. Desayuna lo que quieras y no seas muy CURIOSO.

La señorita Brooks

Markus sonrió al leerla. Tate tenía algo especial. Aparte de ser una diosa en la cama, era buena persona y graciosa.

Una vez vestido, salió de la habitación y como tenía hambre fue a la cocina y se preparó unas tostadas y un café mientras cotilleaba la fotos enmarcadas de aquella y su familia.

En una pareció reconocer a la joven de pequeña junto a un bombero y le pareció casualidad. En su familia también había bomberos.

De pronto, oyó que la puerta se abría y pensó que sería Tate, por lo que se quitó la camiseta y dijo:

—Vaya, señorita Brooks, ¿acaso te has quedado con ganas de más? Porque yo sí.

Entonces, apareció Susan con unas bolsas de la compra que había hecho en el supermercado y se quedó estupefacta al ver a ese chico tan guapo con el torso al descubierto.

Ver a aquella mujer descolocó a Markus y rápidamente se puso la camiseta de nuevo.

—¿Quién eres? —le preguntó ella sin entender qué hacía ese allí.

— Oh, un amigo de su hija — le respondió él algo avergonzado.

Sabiendo eso, Susan dedujo que Tate y él habían pasado la noche juntos y no quiso saber más, aunque ese joven le parecía muy guapo para su hija.

—¿Quiere que le ayude con las bolsas? —se ofreció él al ver que le pesaban a la mujer.

—La verdad, me harías un gran favor —repuso ella agradable —. Yo no soy tan fuerte como tú.

Markus agarró las bolsas y fue a la cocina, donde aún le quedaba algo de desayuno.

—Ahora mismo me iré, señora Brooks —declaró él viendo que aquella observaba su desayuno—. Estaba desayunando.

—¿Desayunando a las doce? —inquirió Susan.

—Sí, señora. Como su hija me ha dicho, soy un dormilón —murmuró él gracioso.

A aquella le pareció simpático ese chico y le indicó:

—Tranquilo, acaba de desayunar y llámame Susan.

Él asintió y ella lo interrogó:

—¿Y de qué conoces a mi hija?

Aquella pregunta lo incomodó. No iba a revelarle lo que hacía su hija, ya que Tate no se lo perdonaría y no debía meterse en ello. Por eso, le respondió:

—Es la profesora de mis sobrinas y a veces voy a recogerlas con sus madres.

— A Tatiana le encantan los niños y sé que hace un gran trabajo. Estoy muy orgullosa de ella —declaró la mujer sonriendo.

Markus se acabó la tostada que le quedaba y añadió:

—Mis sobrinas siempre hablan maravillas de ella.

Eso le agradó a Susan, que confesó:

—Su padre estaría también muy orgulloso de ella.

Aquello hizo que Markus recordara la foto del bombero y preguntó:

—¿Estaría?

Ella asintió con tristeza y le explicó:

—Mi marido murió cuando ella tenía seis años. Era bombero y un día una emergencia se complicó y…

—Vaya, lo siento mucho —comentó él—. Mi hermano y mi cuñado también son bomberos.

—¿De veras? —soltó la mujer sorprendida por aquello.

—Sí, Susan, y sus mujeres no pueden evitar preocuparse —le contó Markus.

Eso trajo muchos recuerdos a Susan. Cuando empezó su relación con Ron, le aterraba su profesión por las cosas que le contaba. No obstante, él siempre le aseguraba que iría con cuidado y ella no pudo hacer nada más que confiar en él.

—Es normal —añadió ella—. Se exponen al peligro a diario.

Cuando terminó su desayuno, Markus se levantó, lavó su plato y la taza que había usado y se despidió de Susan, a la que le había gustado. Se lo veía educado y buen chico. Sin duda, cuando viera a su hija le hablaría de aquello.

CAPÍTULO 17

Los días pasaban y Tessa se angustiaba por no obtener llamada de servicios sociales. No entendía que tardaran tanto, aunque empezó a pensar que quizás no los veían aptos para acoger a Vera y eso la desmoronaba.

Cada semana, la joven iba junto a Aiden a ver a la pequeña cuando sabían que la señora Federline no estaba y Jimena era la que se quedaba al mando.

Siempre que se veían, Vera no dejaba de sonreír y abrazarlos. Se notaba que los quería y ellos no lo hacían menos. Deseaban poder formar una familia con ella.

Además, veían lo bien que se llevaba con el pequeño Lucas, que se encargaba de ella y le enseñaba cosas que la divertían como sus cómics que la tenían enganchada.

Cansado de la impasividad de la señora Federline a comprarle unas gafas nuevas al niño, Aiden decidió regalarle unas nuevas y eso supuso una gran alegría para el pequeño, al que también le estaban cogiendo cariño. Por lo que los Davenport se empezaron a replantear acoger también a Lucas. No querían que siguiera viviendo en ese centro donde lo trataban mal.

Por otro lado, Sabrina ya estaba en sus últimas con el embarazo y Nick se había pedido la baja para estar con su mujer en ese momento tan bonito y a la vez tan doloroso.

Un sábado, los Marshall al completo estaban en la casa de aquellos para hacerle pasar un buen rato a Sabrina.

—No me creo que no hayas querido saber el sexo del bebé —le comentó Katia a su cuñada mientras todos cenaban.

Nick y Sabrina habían tomado esa decisión, ya que ella quería hacerlo más emocionante.

—Vamos, será divertido —dijo la embarazada antes de sentir la patada de su bebé—. ¡Oh Dios! Cariño, tu hijo o hija tiene ganas de salir. No veas cómo se porta conmigo.

Nick, que estaba a su lado, la besó y la animó:

—Vamos, preciosa, seguro que lo haces genial.

Tessa esa noche no tenía a Aiden a su lado y lo echaba de menos, pero quiso alegrar el ambiente:

— Chicos, os recuerdo que aún podéis cambiar vuestras apuestas —les recordó—. Cuando la pequeña Anastasia nazca, no quiero lloros.

—Hermanita —le dijo James con Mila en su regazo—, la que va a llorar serás tú, porque será un niño.

—¡Eso es, papi! —exclamó su pequeña.

Sabrina se sacó el móvil y leyó las dos listas que habían hecho. La batalla por saber el sexo del bebé se había convertido en una apuesta en la que todos participaban.

— Por ahora, Lexie, Katia, mi primo, mi tía, Tessa y yo pensamos que será niña.

—¡Vamos a ganar! —bramó su hija mirando a su padre con superioridad.

Aquel bufó y se levantó para ir a por ella y hacerle cosquillas. Algo que la debilitó.

—Y luego —prosiguió Sabrina—, James, Nick, Alexei, Mila, mi padre, Aiden y Markus creen que será un niño.

Aquellos lo celebraron entonces y se empezaron a picar.

— Exacto — comentó Markus — . Tengo ganas de conocer a Aaron.

—Anastasia —lo corrigió su sobrina.

—Aaron —se sumó al pique Alexei.

Todos empezaron a discutir sobre el sexo del bebé y fue entonces cuando Sabrina notó un dolor intenso que la dobló.

— Chicos… — murmuró ella sabiendo que había roto aguas, porque sintió un líquido bajar por sus piernas.

Sin embargo, aquellos estaban tan inmersos en los piques que no la escucharon.

—¡Callaos de una maldita vez! —gritó finalmente aquella.

Eso les hizo quedarse en silencio y mirarla.

— ¡Vamos al hospital! — anunció soportando el dolor — . El bebé ya viene

Rápidamente, Nick la levantó y Tessa fue a por el coche, mientras los demás les decían que se quedaban allí con los niños.

— Siento habernos alterado, preciosa — se disculpó Nick de camino al coche, donde Tessa ya los esperaba con el motor arrancado frente a la puerta.

— En estos momentos solo quiero matarte por embarazarme —declaró ella muriéndose de dolor.

Aquellas palabras le hicieron reír a él, ya que en el parto de Lexie también se las había dicho. Eso era una buena señal.

Se subieron al coche con prisa y en nada llegaron al hospital. Por suerte, esa noche no había tráfico.

Unos enfermeros sentaron a la joven en una silla y Nick los acompañó. Estaba ansioso por tener a su segundo hijo con la mujer de su vida.

Tras una hora de empujones, Sabrina expulsó a su bebé y al oír su llanto lloró también. Aunque se rio cuando Nick le preguntó a la doctora:

—¿Qué es?

Aquella puso al bebé en el pecho de la joven para que tuvieran un primer contacto antes de lavarlo y hacerle las pruebas pertinentes y declaró:

—Es un niño.

—¡Vamos! —exclamó el padre contento por saberlo.

Sabrina no podía ser más feliz viendo aquello y sintiendo al bebé. Sin duda, nunca se habría imaginado que su vida pudiera haber acabado así, con un marido que la amaba y dos hijos sanos.

Poco después, el resto de la familia llegó y Lexie se disgustó al saber que no era una niña. Sin embargo, cuando su padre la alzó para ver al pequeño, ella sonrió y los demás lo hicieron también.

—Qué bonito —declaró Tessa cuando vio a su nuevo sobrino.

Lo acarició y su mellizo se puso junto a ella para observar a Aaron, que dormía.

— ¿Ya se sabe cuál es nuestra recompensa por haber acertado? —preguntó este.

Las mujeres se miraron cómplicemente y Katia contestó, mientras James la rodeaba con sus brazos por detrás:

—Hemos de pensarlo aún.

—Claro —dijo Tessa—, como teníamos claro que iba a ser una niña, no pensamos en nada.

Markus entonces decidió salir un momento de la habitación. Quería subir donde sabía que estaba el hermano de Tate por si ella estaba.

Desde su primera cita, empezaron a llevarse bien y se estaban haciendo amigos de verdad. Como la joven grababa por las tardes, él siempre aprovechaba para invitarla a cenar. A veces lo conseguía, pero otras ella se negaba por tener que ir al hospital o porque, según ella, era un pesado. Eso a él le parecía exagerado, pero como ya la iba conociendo se lo tomaba a broma.

Lo cierto era que se estaba interesando en esa chica. A parte de ser su diosa sexual, tenía una personalidad que a él le hacía gracia. Sus negativas, sus comentarios y que lo llamara «capullo» empezaba a gustarle. Nunca había tenido una amiga de ese tipo y se sentía bien con ella.

Markus tomó el ascensor y fue hasta la novena planta. Lo recordaba de la vez en que la había seguido y —como ella decía— la había acosado.

Cuando llegó a la planta y bajó, el joven enseguida identificó su pelo azul. Aunque ese día lo llevaba recogido en un moño y le quedaba muy bien.

Tate estaba hablando con el doctor Ronson sobre su hermano. Parecía estar respondiendo bien al tratamiento y eso a ella y a su madre las tenía optimistas. Sin embargo, se descolocó al ver a Markus parado junto a la puerta del ascensor y mirándola. ¿Qué hacía allí?

Ella achinó los ojos y el otro no dudó en acercarse a ellos. Aunque cuando vio al doctor, este le dijo:

—¿Vienes a ver a tu madre?

Eso a Tate le hizo achinar de nuevo los ojos.

— ¿Tu madre? Creí que me dijiste que os abandonó de pequeños.

Markus se rio nervioso y confesó:

—Mentí el día que te seguí.

Entonces, Tate cabeceo y declaró:

—Cómo no.

El doctor no entendía mucho de lo que hablaban, pero se acabó marchando al recibir un aviso.

—¿Qué te trae por aquí, señor Marshall? —se interesó ella—. ¿No habrás vuelto a ser curioso, no?

— Para nada, señorita Brooks. Estoy aquí porque mi sobrino ha nacido.

Saber eso hizo que ella sonriera y le dijera:

—Espérame aquí.

Tate se metió en la habitación de su hermano para avisarle de que regresaría en un rato y luego salió y agarró a Markus del brazo.

—Vamos, quiero conocer al pequeño y ver cómo está Sabrina.

Dicho eso, bajaron a la planta en la que estaban los Marshall. En ese momento, los hombres habían ido a por unos cafés y algo de merienda.

Cuando Tate y Markus entraron en la habitación, las niñas soltaron yendo hacia ella:

—¡Señorita Brooks!

Ambas la abrazaron por la cintura y ella les acarició las cabezas.

—¿Y esto? —preguntó Tessa curiosa mirando a su hermano.

—Son novios —señaló Lexie mirando a su tío graciosa.

—Ni hablar —dijo Tate con mofa—. Solo somos amigos.

Tanto Katia como Sabrina, que estaba dándole el pecho a Aaron, y Tessa se miraron y se entendieron perfectamente. No se lo creían.

—Es más, ha sido él el que ha subido y me ha dado la noticia. Por eso, he querido venir a veros.

—¿Tu familiar sigue ingresado? —se interesó Tessa.

Como se sentía con confianza, ella les relató:

—Mi hermano pequeño tiene leucemia desde hace un par de años y…

—Vaya… —se lamentaron las otras.

Markus entonces posó una de sus manos en el hombro de ella y esta lo agradeció.

— Pero bueno, ahora quiero ver a este bonito bebé — les indicó acercándose a la cama, donde Sabrina estaba con el recién nacido.

Aquel acabó de alimentarse y la rubia le preguntó:

—¿Quieres cogerlo?

Eso a Tate le hizo especial ilusión. Le encantaban los niños. De ese modo, asintió y la otra le dio el bebé.

—Es precioso —declaró admirándolo.

Katia se acercó entonces a su cuñado, que miraba a la del pelo azul, y cuchicheó:

—Es guapa. ¿No crees?

Markus lo creía y mucho. Tate era muy atractiva. Sus ojos azules, su fino rostro y su bonita figura le gustaba mucho.

—Sí —afirmó él.

No obstante, Katia lo miró insinuando lo que pensaban tanto ella como sus cuñadas y él añadió:

—Pero, ya sabes, todas lo son.

— No esperaba menos de ti, señor Marshall — soltó entonces Tate, que lo había escuchado.

Las otras los miraron y Sabrina inquirió graciosa:

—¿Señor Marshall?

—Esque ella es la señorita Brooks —repuso Markus.

Tate lo miró y le sonrió. Le hacía gracia que la llamara así.

La joven estuvo hablando con ellos un rato, hasta que el bebé se durmió y ella decidió dejarlos solos. Aunque el otro se fue con ella.

—¿Te vas ya? —le preguntó ella esperando al ascensor.

—Depende, señorita Brooks. ¿Te vas tú?

—Me temo que no —respondió Tate—. Me quedo esta noche con mi hermano.

Cuando la puerta se abrió, ella se subió y él también.

— ¿Qué haces? — le preguntó ella extrañada — . Voy a la novena planta.

—Quiero conocer a tu hermano.

Como se llevaban bien y le había hablado de él, ella no se lo impidió. Con las perlas que soltaba a veces, Oliver se reiría.

Cuando llegaron a la habitación, Oliver estaba tonteando con Paula y Tate le dijo a Markus:

—Deberías darle trucos a mi hermano para ligar, ya que eres un experto en la materia.

Entonces, la joven se acercó a aquellos dos y riñó a Oliver:

—A ver, calvorotas, ¿ya estás incordiando a Paula?

—¿Qué pasa? —protestó él—. ¿Acaso no puedo decirle lo guapa que está cada día?

—Búscate a una soltera —repuso su hermana graciosa.

—Eso —añadió Markus acercándose a aquellos—, las solteras no dan problemas y te evitas novios celosos.

Eso le hizo gracia a Oliver.

—Oh —murmuró Tate mirándolo—, hazle caso. Este se las lleva a todas.

—¿En serio? —inquirió su hermano—. ¿Cómo lo haces?

—La verdad es que yo no hago nada. La mayoría de las veces son ellas las que se me acercan —respondió con chulería Markus guiñandole un ojo a la otra.

Tate puso los ojos en blanco y miró incrédula a Paula, que ya se iba de la habitación.

—Encantado, soy Oliver o el calvorotas también me llaman algunas —añadió el niño mirando a su hermana.

—Es un placer, yo soy Markus —respondió el otro en tono agradable—. ¿Cómo lo llevas?

El joven vio que sus manos estaban moradas y eso lo conmovió.

—Pues nada, aburrido porque tu amiga no me deja ligar con Paula —le contó—. Por cierto, ¿sois...?

— Por supuesto que no — le aclaró Tate — . Markus es un amigo.

—¿Con derechos? —quiso saber su hermano.

Rápidamente, su ella le tiró un cojín que había por allí

—A mucho roce —murmuró entonces Markus.

La joven le tiró otro cojín a aquel. ¿Cómo decía eso delante de un niño?

— Te recuerdo que Oliver tiene trece años — le espetó molesta.

Markus se dio cuenta y fue a disculparse, pero el hermano de ella se le adelantó:

—A pesar de mi edad, ya sé cosas, Tate.

—Pues no quiero saberlas.

En ese momento, llamaron a la joven por teléfono y salió de la habitación dejándolos solos.

—¿Diga?

—Cielo —oyó que le decía su madre—, te llamo desde una gasolinera. Me he quedado tirada con el coche a la salida de la ciudad y he tenido que andar mucho, porque he sido idiota y me he dejado el móvil en casa.

Al oírla, ella se preocupó:

—Madremia, mamá... ¿Pero tú estás bien?

—Sí, Tatiana, pero he llamado a la grúa y me han dicho que tardarán unas horas, porque están muy ocupados los idiotas. No

puedo faltar al trabajo y me estoy angustiando porque ya debería de estar allí desde hace media hora. Necesito avisar y…

—Tranquila, mamá. Dime donde estás e iré enseguida.

Aquella se lo indicó y luego ella fue a la habitación y les explicó lo ocurrido.

—¿Has traído tu coche? —le preguntó entonces a Markus.

Él asintió y cuando ella iba a pedirle el favor, él la tomó del brazo y la apremió:

—Vamos.

Se despidieron de un preocupado Oliver y enseguida se marcharon del hospital.

De camino a la gasolinera, Tate se lo agradeció:

—Muchas gracias, Markus.

Él le sonrió y repuso:

—No es nada. Aunque esto podría ser la excusa para que un día de estos…

—Vale —aceptó ella sabiendo lo que aquel quería.

Eso le gustó al otro y le acarició la pierna.

—¿Tú te tomas muchas licencias, no? —inquirió ella por ese gesto.

— Lo siento — se disculpó él apartando la mano — , es la costumbre. Ninguna se me queja.

Tate ya estaba acostumbrada a su chulería, por lo que no se sorprendió por sus palabras.

Minutos después, llegaron a la gasolinera y vieron a Susan con el uniforme de la tienda de animales.

—¡Mamá! —la llamó su hija saliendo del coche.

La mujer se acercó entonces a ella y se abrazaron.

—Hoy estoy teniendo mala suerte, cielo.

—No pasa nada —señaló Markus saliendo del coche también y rodeándolo —. ¿Te llevamos al trabajo? Yo puedo llamar a alguien para que solucione lo del coche.

Susan se alegró de verlo con su hija y comentó:

—Solo si no tienes ningún compromiso.

—Descuida —le aseguró él.

Dicho eso, se montaron en el coche y llevaron a la mujer al centro comercial donde trabajaba. En el trayecto, vieron su coche y Markus le aseguró que en cuanto la dejaran, se encargarían de él.

Cuando la dejaron, aquella se fue acelerada a la tienda y ellos se marcharon y se pararon junto al coche de su madre. Markus hizo unas llamadas y le indicó:

—En veinte minutos estará la grúa.

— Muchas gracias, de verdad — insistió Tate abrazándolo —. Eres buena persona, a pesar de tus particularidades.

A Markus le hizo gracia aquello último y cuando terminaron el abrazo él la besó. Así lo sintió.

— Está claro que te tomas muchas licencias — señaló ella cuando se separaron.

—¿Qué pasa? Somos amigos.

—¿Y a todas tus amigas las besas si no os vais a acostar? — le interrogó ella.

—Claro, señorita Brooks. No todo es el sexo.

A Tate le hizo gracia que él le dijera aquello y no evitó reírse.

Su sonrisa a él le encantó y volvió a besarla.

Honestamente, a la joven le gustaba cómo él lo hacía y no puso reparo alguno. Markus era excitante y tocarle su rapada cabeza le encantaba. Era suave.

Así estuvieron unos minutos hasta que el ruido de la grúa los interrumpió y se separaron.

Él se encargó de hablar con el hombre y se acabaron marchando de regreso al hospital, donde él la dejó.

—Me debes una cita, señorita Brooks.

Ella le sonrió y él puso rumbo a su casa. Aunque le hubiese gustado pasar más tiempo con ella. Realmente, la apreciaba.

CAPÍTULO 18

Con el nacimiento de Aaron, los Marshall estaban contentos. Todo les iba bien y no podían estar más satisfechos, aunque Aiden y Tessa seguían desesperados por no saber nada aún de los trámites.

Tras la entrevista con la señora Dewan, aquella había acudido al hogar de los Davenport varias veces y, como le habían sugerido, también fueron a ver a Vera y a Lucas al centro de acogida. Los niños estaban felices con ellos, aunque aquella solo se limitó a apuntar y a observar sin decir nada. Eso a Tessa la traía por la calle de la amargura. ¿Por qué era tan complicado todo? Sin embargo, el matrimonio se mantenía esperanzado y ambos ya estaban reformando las habitaciones para Vera y Lucas, aunque este último aún no sabía nada. Querían darle una sorpresa.

En el caso de Katia, la joven ya se había relajado con el tema de Nadia. No había sabido nada más de ella y no lo quería. No obstante, un día le hirvió la sangre cuando la vio entrar al salón acompañada de una adolescente.

Nadia iba con un abrigo rojo largo que debía ser de marca e iba maquillada perfectamente. Debía tener unos cuarenta años, pero aparentaba menos.

Por otro lado, la que iba con ella vestía más sencilla con unos vaqueros y un jersey de lana. La joven era delgada, no muy alta y tenía el pelo negro y los ojos también.

—¿Qué haces aquí? —le espetó a Nadia, mientras empezaba a oler las toneladas de perfume que aquella llevaba.

—Bonito salón —objetó la otra observando el local.

La búlgara no tenía el más mínimo interés en atenderla, por lo que le soltó:

—Ya puedes marcharte de aquí.

—Deduzco por tu acento que eres de las mías.

Katia frunció el ceño y Nadia le preguntó:

—¿Eres rusa?

—De Bulgaria —le hizo saber.

Entonces, aquella se echó su melena rubia hacia atrás para llamar la atención y declaró:

—Está claro que a tu marido le gustó la experiencia con una europea del este y tuvo que repetir.

Katia quiso arrancarle los pelos a la eslovaca por lo que había dicho, pero, consciente de que ese era su negocio, se guardó la ira y le pidió:

—Sal de mi salón.

—Pero no te enfades, mujer —se mofó la otra por su gesto ceñudo—. Sé que no te gusta mi presencia cerca de James y por eso he venido a darte la noticia a ti primero.

La búlgara la miró curiosa y le preguntó:

—¿Qué noticia?

Fue entonces cuando Nadia agarró a la adolescente del brazo y, acariciándole el rostro, anunció:

—Ella es Danika, la hija de James.

A Katia eso la dejó sin palabras. ¿Hija de James? Lo cierto era que el pelo negro y los ojos de la joven le recordaban a su marido,

pero no se lo podía creer.

—Lo sé —comentó Nadia, mientras la otra observaba a la chica—, han pasado dieciséis años, pero, tras mucho pensar y las preguntas de Danika por su padre, he decidido que lo conozca.

—¿Y por qué ahora? —se interesó Katia.

La mujer le atusó el pelo a su hija y declaró:

—James y yo tuvimos unas diferencias y yo me marché de la ciudad. Retomé mi vida, pero me enteré de que estaba embarazada y te puedes imaginar lo que eso te cambia la vida.

—¿Y por qué no se lo dijiste a él?

— Pues porque estaba enfadado y él era joven y estaba disfrutando de su vida con su prometedora carrera.

La búlgara estaba procesando aún aquella noticia. Miró varias veces a Danika y aquella le sonrió inocentemente. Parecía más tranquila que su madre y los rasgos asemejados con James hacían evidente el parentesco.

—Sé que quizás es complicada la situación para ti —le dijo aquella de pronto. Su voz era suave y aniñada aún—, pero he crecido con la curiosidad de saber quién es mi padre. Sé que pensarás que es tarde y que ya tiene otra hija. Sin embargo, me gustaría conocerlo. Mamá siempre me ha hablado bien de él.

Katia era consciente de que nada podía decir, pues era legítimo que quisiera conocerlo. Sin embargo, lo que le chirriaba era su madre. Las intenciones que le había visto el otro día y los aires de protagonismo que se traía no le gustaron nada.

—Te entiendo, Danika, y no hay ningún problema en que lo conozcas.

—¡Perfecto! —soltó entusiasmada su madre.

A continuación, quedaron en que ellas irían a su casa un día de esos y se marcharon.

Katia regresó a sus tareas, pero aún seguía sorprendida por aquello y no se imaginó la cara que pondría su marido al enterarse.

CAPÍTULO 19

Tessa y Aiden recibieron de nuevo a la señora Dewan en su casa y esta inspeccionó su hogar otra vez. Aquella observó las habitaciones que ya estaban decoradas para los niños y apuntó algo en su carpeta. En la de Vera, había una cama, un armario y una mesita con un par de sillas pequeñas que los Davenport habían comprado para que dibujara. También, habían pintado la pared de morado y Tessa se había encargado de hacer dibujitos en ella para darle vida al espacio. Por otro lado, en el cuarto de Lucas, había lo mismo, aunque en vez de una mesita, él tenía un escritorio y las estanterías ya tenían varios cómics que le habían comprado. El niño les había hablado de los que le gustaban y ellos no lo pasaron por alto. Querían que se sintiera lo mejor posible. Las paredes eran azules y Tessa también hizo dibujitos en ellas. Sin duda, había aprovechado el tiempo a solas sin su marido.

— Veamos — declaró la mujer revisando su carpeta una vez inspeccionó todo —. Debo comunicarles que los servicios sociales ya han tomado una decisión en referencia a su proceso de adopción.

Eso inquietó al matrimonio, que se cogieron de la mano.

— Vera y Lucas pueden mudarse a esta casa — declaró finalmente la mujer.

Aquello les quitó un gran peso de encima y no dudaron en besarse y abrazarse de la emoción. Por fin terminaba toda ese angustioso trámite.

—Aunque durante los primeros meses —les advirtió la señora Dewan—, vendré a supervisar que todo esté yendo bien.

Eso a ambos no les importó y cuando echaron a aquella de su casa, cerraron la puerta y celebraron la noticia con una serie de besos que los llevaron a su cama. Ese día se sentían las personas más felices del universo.

Al día siguiente, los Davenport fueron al centro con una sonrisa de oreja a oreja.

Esa vez estaba la señora Federline y se veía el caos en el lugar. Los niños corrían, gritaban y para nada se comportaban. Sin embargo, ahora solo les importaban aquellos dos angelitos que no eran como los demás y no creaban problemas.

Al verlos en un rincón entretenidos con los cómics de Lucas, entraron a la sala en la que estaban y la niña fue corriendo hasta ellos. Vera abrazó a Aiden, a quien adoraba mucho, y luego hizo lo mismo con Tessa, que le enseñó el dibujo que les había hecho el último día. Era tan especial para ellos, que lo iban a enmarcar en cuanto llegaran a casa.

La niña entendió perfectamente a lo que se refería y se lanzó a sus brazos muy feliz. No obstante, al separarse, miró a Lucas y la pequeña fue a abrazarlo.

—¿Ya se va? —les preguntó el niño a la pareja.

—Sí, Lucas, Vera ya puede venir a casa —le comentó Aiden.

Eso pareció apenarlo.

—Bueno, sé que será muy feliz y la trataréis bien.

Tessa se enterneció al verlos despedirse y no pudo esperar más para revelarle algo que lo dejaría boquiabierto:

—La verdad es que sabemos que Vera puede ser muy feliz, pero pensamos que quizás sola se aburre y necesite un hermano.

—Coge tus cosas, campeón —le anunció Aiden—, tú también te vienes a casa.

Aquello chocó al niño, que preguntó:

—¿En serio?

La pareja se miró y se sonrieron.

—Sí, Lucas —le dijo la joven—. Bienvenido a la familia.

El pequeño se separó entonces de Vera y fue corriendo a abrazarlos. La pequeña pareció entenderlo y se sumó al abrazo contenta.

En ese instante, se les acercó la siesa de la señora Federline y soltó:

—¿Entonces se llevan a la sorda y al friki?

—Oiga —protestó Tessa—, estos niños tienen nombre.

Aquella la ignoró y les pidió que firmaran unos papeles.

Tras eso, finalmente salieron de la mano con los pequeños, pero antes quisieron despedirse de Jimena.

—Espero que os vaya todo bien, pequeños —les deseó con una candorosa sonrisa la joven — . Aiden y Tessa son unas maravillosas personas.

La pareja la miró agradecida por todo lo que había hecho por ellos y también le desearon lo mejor.

Una vez en su nuevo hogar, Lucas miró todas las estancias con ilusión junto a Vera.

—Es muy chula —declaró al ver su cuarto.

A los Davenport les encantó verlos sonreir a ambos y Tessa besó a su marido.

—Te quiero, Sargento.

—Y yo a ti, mi amor —repuso él.

Cuando se sentaron a comer algo, la pequeña cogió una hoja nueva y mejoró el dibujo que había dejado antes de irse. Ahora, además de Tessa con la cámara, Aiden con la manguera y el fuego y ella, aparecía Lucas con un cómic y sus gafas.

Vera fue hasta la nevera y Aiden cogió unos imanes y la ayudó a colgarlo allí.

—Muy bonito, cielo —murmuró él contemplando el dibujo.

Tessa los contempló a los tres y la sonrisa no se marchó de su rostro. Ese vacío que había llegado a aceptar en esos años, ya no existía y se sentía completamente realizada. Estaba casada con el amor de su vida y ahora tenía a esos dos pequeños tan únicos y buenos. Realmente, se sintió más feliz que nunca.

CAPÍTULO 20

Por la noche, en esa misma casa estaban empezando a llegar los invitados. Como eran una familia grande, habían puesto una larga mesa en el salón. Siempre solían ir a casa de Nick y Sabrina porque era más grande, pero la ocasión lo merecía. Vera y Lucas eran los nuevos Davenport y había que celebrarlo.

James, Katia y sus hijos ya estaban allí. El primero le hacía cosquillas a su hija, mientras Alexei lo ayudaba y Mila reía sin parar.

Poco después, aparecieron Nick y Sabrina con Aaron y Lexie y todos fueron a hacerle monerías al bebé.

Entonces, las mujeres se apartaron de ellos y los niños y se sirvieron unas copas, aunque Sabrina se conformó con un zumo.

Como aquellos no las escuchaban, Katia les confesó en tono bajo:

—Chicas, he descubierto algo.

—¿Ah sí? ¿Qué es? —se interesó Sabrina.

—¿Es por esa mujer? —soltó Tessa.

Ella asintió y, acercándose a ellas, les susurró cerca de sus oídos:

—James tiene una hija.

Al oírla, ambas abrieron los ojos desmesuradamente de la sorpresa mirando a aquel, que charlaba con su hijo y Lucas.

—¿Cómo es eso? —la interrogó Sabrina.

— Se llama Danika y tiene dieciséis años. Según Nadia, se enteró del embarazo después de que se distanciaran.

Tessa quiso entonces ir a hablar de aquello con su hermano mayor, pero su cuñada la paró y le contó:

—Él aún no lo sabe. Mañana vendrán a decírselo a casa.

La morena la entendió y se pusieron a hablar de lo bonitos que eran Vera y Lucas. Apenas llevaban unas horas en su casa y ya se sentían cómodos.

— Al fin podemos tener una familia, aunque no haya podido vivir lo que es el embarazo —se lamentó.

— Para nada te sientas mal —le dijo Sabrina—. No sabes lo mucho que se sufre.

— Ni que lo digas —la apoyó la otra—. Te has ahorrado las lágrimas, los dolores, los cambios de humor y el parto.

Aquello hizo reír a Tessa, en el momento en que llamaron a la puerta y Aiden fue a abrir.

—¡Hermano! —oyeron entonces.

Al oír a su cuñada, Tessa fue enseguida a la puerta y se fundió en un abrazo con ella. Sarah vivía desde hacía un par de años en Dinamarca por trabajo y la echaba mucho de menos, aunque solía venir de vez en cuando a visitarlos.

—¡¿Pero qué haces aquí?! —exclamó pletórica—. No me has avisado.

— Era una sorpresa — le comentó su marido —. Y nos ha pillado bien, porque así puede conocer a los niños.

— ¡Ay sí! ¿Dónde están mis nuevos sobrinos? — preguntó entusiasmada.

Tessa la llevó enseguida con ellos y su amiga se agachó para darles efusivos abrazos y besos. Era algo intensa la joven, pero en el buen sentido.

—¡Pero qué bonitos sois!

Aquella sabía que Vera era sordomuda, por lo que empezó a gesticular un poco abriendo mucho la boca al hablar:

—Yo soy vuestra tía Sarah.

Aun así, la niña no la entendió y Lucas le dijo:

—Se lo tienes que explicar con dibujos.

Al escucharlo, Tessa sonrió y le acarició la cabeza al pequeño. Era un amor.

Sarah no lo entendió y su amiga añadió:

—Ya te lo explicaremos.

Tras eso, empezaron a poner la mesa y Sabrina le preguntó a su marido, que estaba mirando el resumen de un partido con los chicos:

—Cariño ¿sabes algo de Markus? A este paso cenaremos sin él.

Nick fue a responderle, pero el timbre sonó y aquel llegó junto a Tate. Ella había grabado una escena esa tarde y la había convencido de acompañarlo a la cena familiar.

—Hermanito, ya te reclamaban —lo saludó Nick mirando a su mujer.

—¿Os importa que Tate haya venido? — preguntó él viendo que ponían la mesa.

Sus cuñadas y su hermana se miraron cómplicemente y respondieron al unísono:

—Para nada.

Mila y Lexie la fueron a saludar y Tate se alegró de ver a Vera. Esta también se acercó a ella y le regaló una sonrisa.

—Hola, Vera —la saludó tiernamente.

Por su parte, Markus se dirigió hacia donde estaban Lucas y Alexei, que parecían entenderse con los cómics, y soltó mirando al primero:

—¿Tú eres Lucas, verdad?

—Sí —asintió—. ¿Y tú?

—Es mi hermano mellizo —le comentó Tessa—. Como ves, somos cuatro hermanos.

—Wow —dijo el niño flipando—. Sois muchos.

—Pues imagínate cuidar de estos tres en su adolescencia —señaló James gracioso.

Sin duda, había sido una experiencia intensa, pero que recordaba con cariño.

Tate se acercó a ellos y Lucas le dijo mirando su azulada melena:

—Pareces un alien como la de mis cómics.

Todos se rieron, incluída la joven, pues le recordó a su hermano llamándola friki por llevar el pelo así.

—¿Y eso es malo? —quiso saber ella agachándose para estar a su altura.

Lucas negó con la cabeza y Alexei le mostró una página del cómic que estaban leyendo.

—Te pareces a la reina Galtea que lucha contra los guerreros de su malvado tío Pleon —le explicó este último.

Tate miró el dibujo de ese personaje y se dio cuenta de que eran parecidas. Ambas llevaban el pelo azul y los ojos también.

—Me encanta —repuso la joven.

Instantes después, se sentaron y empezaron a cenar un surtido de comida que Tessa había preparado. Con los años, había mejorado en la cocina y sus hermanos ya no se mofaban y la felicitaban.

Tate y Markus estaban sentados juntos y él agarró la jarra de agua.

—Señorita Brooks, ¿quieres más?

—Uy, qué caballero, Markus —cuchicheó Sabrina graciosa.

—Llámalo como quieras —señaló él guiñandole el ojo.

La otra le acercó el vaso y él se lo llenó.

—Gracias, señor Marshall.

—¿En serio os llamáis así? —soltó Sarah con mofa.

—Es la costumbre —dijo Tate mirándolo a él mientras le daba un trago al vaso.

—Nunca hubiera imaginado que Markus sentara la cabeza —declaró la misma.

— Y no lo ha hecho — le aseguró la joven — . Solo somos amigos.

—¿Y no pensáis en nada más? —les preguntó Katia.

—La verdad es que no siento la necesidad —les confesó Tate —. Sola se está muy bien.

Eso sorprendió a las otras y Tessa declaró:

—Sois tal para cual.

Aquellos dos se miraron por eso y se sonrieron.

—Uyuyuy esas sonrisitas —cuchicheó Sarah.

—¿Qué pasa? Es cosa de amigos —indicó Tate.

Las chicas y sus maridos se rieron por eso y la joven decidió hacer algo para descolocarlos. Por ello, miró de nuevo a Markus y lo besó unos segundos. Él no se lo esperó, pero la aceptó encantado. Siempre era él el que le robaba los besos.

Cuando se separaron, los demás ya no reían y Tate afirmó pinchando unas olivas con su tenedor:

—Eso también es de amigos.

—Ahí te daré la razón —comentó Sabrina mirando a Nick—. Los Marshall tienen esa costumbre de besar a sus amigas.

Él bufó y le besó el hombro.

—Son etapas, preciosa.

Eso los hizo reír, aunque Markus miró de reojo a Tate. Le habría gustado repetir ese beso.

En cambio, las niñas habían presenciado perfectamente el beso y no dudaron en empezar a fastidiarles.

—La señorita Brooks y el tío Markus son noooooooviooooooos —canturrearon.

Su profesora las miró y les sonrió. Aquellas dos estaban hechas unos trastos.

— ¿Si tenéis bebés, saldrán con el pelo azul? — preguntó inocentemente Mila.

—Quién sabe —repuso Lucas—. Quizás son aliens.

Aquello los hizo reír de nuevo y así pasaron toda la velada, hasta que los niños tuvieron mucho sueño y todos se fueron marchando de allí.

Tate también estaba agotada. Era viernes y con la escuela, la grabación y todo, bostezó con ganas de llegar a su cama. Sin embargo, mientras iba en el coche de Markus, se quedó frita y, como el lujoso piso de él estaba más cerca, se fueron allí.

Cuando aparcó, él salió del coche y fue a por ella. La cogió en brazos sin esfuerzo, ya que estaba fuerte y ella pesaba como una pluma. La joven seguía dormida y, mientras subían en el ascensor hasta la última planta, Markus no evitó fijarse en su rostro y sonreír. Era preciosa.

Una vez en su loft, subió las escaleras que daban directamente con su habitación y la dejó en la cama. Como era soltero, solo había una. Aunque era todo un lujo debido a que estar a altura y contemplar el salón y las vistas de los ventanales era realmente espectacular.

Markus tapó a Tate y luego se apartó y se desnudó quedando con sólo sus calzoncillos. Luego, se puso en el otro lado de la cama y se quedó frito también.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente, cuando ella se despertó, se sintió muy descansada. Aunque al darse cuenta de que no estaba en su habitación, se alarmó. No obstante, al ver el salón, se ubicó en el loft de Markus, porque ya lo había visitado varias noches.

Tate se dio la vuelta y se encontró con aquel durmiendo boca arriba semidesnudo. Escuchó su respiración y sonrió. Sin duda, dormido parecía un angelito.

Mientras lo observaba, ella se percató de algo y vio que tenía puesta la ropa. Recordó quedarse dormida poco después de salir de la cena y se sorprendió de que él no la hubiera desnudado siendo cómo era y las confianzas que ya se tenían. Por ello, lo valoró. Con el tiempo, se daba cuenta de que Markus era mucho más que un creído con cara bonita, tatuajes y mujeriego.

Miró su móvil y vio que eran las nueve, por lo que supo que a él aún le quedaba rato. Por ello, decidió marcharse. Aunque antes le escribió una nota.

Gracias por el detalle, señor Marshall.

Como eres un dormilón, te dejo descansar.

La señorita Brooks (tu amiga)

Una vez dejó el papelito junto a él, agarró sus cosas y salió de allí contenta. El colchón de Markus era muy cómodo.

CAPÍTULO 21

James, Markus y Mila animaban a Alexei en el partido que disputaba ese día. Era el MVP de su liga y estaban muy orgullosos de él.

—¡Rápido, hijo! ¡No mires atrás! —gritó el primero cuando el chico se deshizo de sus contrincantes y empezó a correr para llegar a la línea y hacer un touchdown.

No obstante, los del otro equipo lo alcanzaron, pero, sorprendiendo a todo el mundo, Alexei pudo escabullirse entre las piernas de uno de ellos e hizo un sprint que lo llevó directo a sumar el punto para su equipo.

—¡Siiiiiii! —gritaron los hermanos Marshall abrazándose.

Mila se les unió y Katia no pudo estar más orgullosa de su hijo. Con el tiempo iba entendiendo las reglas del juego y disfrutaba de los partidos con su familia.

Con aquella jugada el partido llegó a su fin y Alexei se acercó a las gradas para saludarlos.

Su hermana, que llevaba la camiseta de los Cleveland Browns y unas rayas negras y naranjas en las mejillas, fue corriendo hasta él y se abrazaron.

—Eres el mejor —le dijo ella.

Aquel le sonrió y la agarró en brazos para acercarse a sus padres y a su tío.

—¡Has estado espectacular! —soltó este último.

—Está claro que llegará lejos —declaró James orgulloso.

Pensar en que él había sido quien le había hecho descubrir ese deporte, lo sentía especial.

—Gracias, papá —se lo agradeció aquel.

Luego, su madre lo besó y lo abrazó y se marchó a los vestuarios.

◆ ◆ ◆

Como era sábado, los cuatro se relajaron viendo una película de comedia. Sin embargo, cuando llamaron a la puerta, Katia supo quiénes eran. Por ello, agarró a su marido, que la miró extrañado y fueron a abrir.

Al ver a Nadia con una adolescente de pelo oscuro, James se sorprendió de nuevo. Aquella no había vuelto a aparecer por allí y, sabiendo que a su mujer no le gustaba, se volvió hacia ella. No obstante, esta le dijo:

—Tenéis que hablar.

Él frunció el ceño y preguntó:

—¿De qué?

Entonces, Katia las hizo pasar y fueron al salón.

Sus hijos miraron curiosos a aquellas dos y Nadia se interesó:

—¿Tenéis dos?

—Sí —afirmó James presentándoselos—. Él es Alexei y ella es Mila.

Los niños las saludaron con la mano, pero no se acercaron.

—Sin duda, han salido a la madre —comentó la mujer.

Katia les dijo de ir a la terraza para tener más intimidad y ella se quedó.

—¿No te necesitan los niños? —le dijo Nadia.

La otra entendió lo que realmente quería decir y negó con la cabeza. No se fiaba ni un pelo de ella.

—Para nada. Son muy responsables. Además, como yo ya sé lo que tienes que decirle…

Al escucharla, James la miró y la cortó:

—¿Decirme el qué?

El hombre miró a Nadia y a la otra chica, que no había abierto la boca.

Fue entonces cuando la mujer hizo que su hija diera un paso al frente y le confesó:

—Ella es Danika, tu hija.

Aquello dejó a James sin palabras. ¿Su hija?

— Sí, americano. Nuestra bonita historia resultó en esta preciosidad, que a la vista está que ha salido a ti.

Él miró a Danika con curiosidad. Era algo mayor que Alexei y ver su pelo y sus ojos, le hicieron saber que efectivamente tenía todas las papeletas para ser suya.

—Hola, James —lo saludó la chica.

James, que aún seguía atónito por la revelación, le preguntó a Nadia:

—¿Y cómo no me lo dijiste?

—Tal y como acabó todo…

Aquel la comprendió, pues la echó de su vida por lo tóxica que se volvió.

—Lo entiendo, pero tendrías que haberlo hecho. Yo te habría ayudado en todo.

—Se me pasó por la cabeza varias veces, pero yo no sabía cómo reaccionarías. Te iba tan bien en tu empresa y en todo, que una hija era lo que menos hubieras deseado.

Tras eso, un silencio se creó entre ellos. James miraba a Danika, Nadia a él con alguna que otra sonrisita y Katia no le quitaba el ojo de encima a esta.

— Siempre he querido saber quién es mi padre —señaló entonces la revelada hija de él—. He crecido con muchas preguntas y hace unos meses, cuando nos mudamos a esta ciudad, mamá me lo contó todo. Me enseñó alguna foto tuya, me habló de ti y me pareciste buena persona. Por eso, quería conocerte. Mamá tuvo miedo de hacerlo, ya que no quería que yo me llevara una decepción. Pero yo insistí y ahora que te veo no me arrepiento.

A Katia le parecieron tiernas sus palabras. Esa bondad y su inocencia le hicieron ver que era hija de su marido.

—Sé que ya tienes una bonita familia —prosiguió la joven—, pero me gustaría conocerte. Solo si a ti y a tu mujer os parece bien.

—Danika estudia en el instituto Saint Blaine y acude algunas tardes al conservatorio. Toca el violín de maravilla —les contó su madre.

Los otros sabían que aquel instituto era el más caro de Cleveland y que estuviera en el conservatorio les hizo ver que a Nadia no le iba nada mal económicamente. A ellos tampoco les faltaba, pero intentaban permanecer humildes.

—Vaya…eso está muy bien —declaró James.

Luego, pensó en lo que aquella le había pedido y supo que debería de hablarlo con Katia. Sin embargo, ella misma les dijo:

—Yo no veo ningún problema en que quiera conocerte ¿y tú, cariño?

Al verla conforme, él asintió también y eso hizo sonreír a Danika.

—Muchas gracias, James —se lo agradeció.

Él le sonrió también y poco después aquellas se marcharon. Habían intercambiado los teléfonos y habían quedado en verse alguna vez. Katia no tragaba a Nadia, pero aquello era algo entre su marido y su hija y no iba a negarle nada a la chica. Se la veía buena.

Una vez solos, regresaron con sus hijos y James no podía creer aquello. ¿En serio tenía una hija? En el fondo le hubiera gustado saberlo en el momento y consideró que fue radical al cortar los lazos con Nadia.

Cuando entró en el mundo del cine para adultos, Giselle, la mujer del jefe de la productora en la que Nadia lo hizo debutar, se encaprichó de él y la eslovaca se enceló. Por ello, ella se chivó a sus espaldas al jefe y lo acabaron despidiendo. Eso lo llevó a fundar *Marshallsxxx* con la ayuda de Nadia, pero al enterarse de la verdad y con lo mal que lo trataba en el último tiempo por su territorialidad, se enfadó mucho y no quiso saber nada más de ella. Lo último que había sabido era que se había ido de la ciudad, pero nada más.

—Papi, ¿quiénes eran? —le preguntó Mila sacándolo de sus pensamientos.

Entonces, James miró a sus dos hijos y les confesó:

—Nadia es una vieja amiga y Danika es mi hija.

Alexei alzó las cejas sorprendido y su hermana repuso no muy contenta:

—¡¿Cómo?!¿Y yo?

Al ver los celos de aquella, James la hizo sentarse en su regazo y declaró:

—Tú eres mi hija también y, sobre todo, mi princesita.

—Solo yo quiero ser tu princesita —le dijo ella abrazándolo.

—Y así es, cariño —le aseguró él mirando a Katia—. Y mamá es mi única princesa.

La búlgara le sonrió al escucharlo y le mandó un beso a la distancia.

Tras eso, sus hijos empezaron a hacerle preguntas acerca de Nadia y su hija y este les respondió todo lo que pudo. No tenía nada que esconderles ni a ellos ni a su mujer.

CAPÍTULO 22

El tiempo pasaba y la amistad entre Tate y Markus les gustaba a ambos. Muchas eran las veces en que se veían por las noches, iban a pasar un rato con Oliver al hospital o se encerraban en el despacho de él para hablar.

Markus a veces no entendía algunos papeles y Tate lo ayudaba a veces. Así no molestaba a James, pues todos se habían enterado ya de la existencia de Danika.

Cuando lo soltó en la última reunión familiar, los Marshall no se lo acabaron de creer. Aunque al ver la foto de perfil de Nadia, en la que salían ambas, todos se dieron cuenta de que él era el padre.

Una tarde, Katia, Sabrina, Markus, Tessa, la pequeña Vera y Aaron en su carrito esperaban a que los niños salieran del colegio, frente a la clase de Lexie y Mila.

Aunque quedaba poco más de un mes para el fin de curso, Tessa y Aiden habían llevado a Vera a un centro especializado para que fuera aprendiendo el lenguaje e hiciera amigos.

En el caso de Lucas, lo habían cambiado a la escuela a la que iban las niñas y Alexei, ya que en la otra a la que iba, se metían mucho con él. Por ello, se alegraron al saber que ya había hecho un par de amigos en su clase.

—Madremia, cuñado —soltó Sabrina mirando a Markus—, te gusta mucho venir a ver a tu amiga, la señorita Brooks.

—Lo cierto es que haceis buena pareja —cuchicheó Katia—. Por lo que sé, ella es tan alma libre como tú.

El otro resopló. Le encantaba ir a ver a Tate habitualmente, pero siempre tenía que escuchar aquello de sus cuñadas.

—Pues yo nunca te he visto tan comprometido con ninguna —añadió Tessa—. Nunca has traído a ninguna de tus conquistas o actrices a las reuniones familiares.

Markus sabía que tenía razón. Tate era una amiga diferente a las otras muchas que tenía. No solo le intresaba el espectacular sexo que compartían, sino que también le gustaba hablar con ella o simplemente pasar tiempo juntos.

Estaba pensando en ello, cuando Alexei y Lucas llegaron junto a ellas. Sus madres les besaron la cabeza y Tessa le preguntó al segundo:

—¿Qué tal ha ido, Luquitas?

Así lo llamaba desde hacía poco y a él le gustaba.

—He sacado un diez en un experimento —les hizo saber.

—¡Ese es mi chico! —exclamó ella abrazándolo orgullosa—. Esta noche se lo diremos a Aiden.

Aquel asintió en el momento en que la clase de las niñas se abrió y Markus se separó de ellos para acercarse a su amiga.

—Buenas tardes, señor Marshall —lo saludó ella con una gran sonrisa.

— Vaya, señorita Brooks, ¿qué te hace estar tan contenta? ¿Acaso te derrites por mí?

Ella cabeceó graciosa y declaró:

—Para tu desgracia, no.

—¿Y entonces?

— Oliver está a nada de entrar en remisión — le contó ella feliz.

Parecía que subirle la medicación había hecho su efecto en el chico y había mejorado mucho. Susan y ella estaban esperanzadas y no podían estar más felices. Oliver era un luchador y sabían que lo conseguiría.

—¿En serio? —le preguntó él incrédulo abrazándola.

—Sí, Markus —repuso ella—. Te prometo que algo dentro de mí me dice que esta vez será mejor.

Al sentir la alegría de ella, él le sonrió y le propuso separándose de ella:

— Pues no se me ocurre nada mejor que celebrarlo esta noche, señorita Brooks. Podemos ir al restaurante de un amigo y…

— Vaya — lo cortó ella —. ¿No puede ser pasado mañana? Esque esta noche tengo planes.

En el fondo, aquello molestó a Markus. En ese último tiempo frecuentaba más verse con Tate que con sus actrices o amigas.

—¿Con quién? —quiso saber.

Ella se rio entonces.

—Olvidaba que eres curioso.

Él no se rio y ella le comentó:

—He quedado con Néstor, el puertorriqueño con el que grabé la escena la semana pasada. Iremos a ese local de copas que han abierto en el centro.

Markus conocía a aquel. Se llevaban bien y habían salido con otros actores en más de una ocasión. Era atractivo e igual de picaflor

que él.

—¿Y no prefieres pasar la noche en mi cama? —le susurró él en la oreja.

—Sabes que lo pasamos bien, pero ¿no te has dado cuenta que nos vemos mucho?

—¿Y qué tiene de malo?

Tate lo pasaba genial con Markus, pero quería variar un poco. Por ello, cuando Néstor le pidió verse no lo dudó. En la escena que habían grabado habían conectado muy bien y tenía ganas de repetir sin cámaras por delante.

—Nada, señor Marshall. Pero hoy me apetece verme con él. Ya sabes que los latinos se mueven muy bien.

A Markus no le sentó muy bien ese comentario y, al ver que su familia se iba ya, se despidió rápido y se marchó al parque con ellos. Aunque estaba algo molesto por su rechazo. No estaba acostumbrado a eso.

◆ ◆ ◆

Por la noche, Tate esperó a Néstor en su portal. Se había arreglado a su manera. Un jersey ajustado gris algo escotado y unos pantalones de cuero negros con un cinturón plateado. Con las buenas noticias de su hermano, se sentía más radiante y necesitaba desfogarse con ese buenazo.

Cuando aquel llegó en un descapotable blanco, ella se montó y le dijo:

—Bonito coche.

—No tanto como tú —declaró él observándola con lujuria.

Ella se rio y arrancaron para ir a un bar nocturno del que Tate no paraba de ver anuncios por redes sociales y en la calle. Para su suerte, el puertorriqueño conocía al dueño, así que se ahorrarían alguna ronda.

Al entrar en el local, muchas miradas se posaron en ella. Su pelo era un imán para hombres y mujeres.

Se sentaron en un sofá y pidieron un par de copas a uno de los camareros. No tardaron en besarse y tentarse, pues ambos sabían a lo que iban.

Él le estaba besando su cuello sensualmente, cuando Tate achinó los ojos a su modo. Por la puerta entraba Markus acompañado de una rubia. ¿Qué hacía ese allí?

El joven había decidido ir al local al que ella le había dicho que iría. Esa tarde se había sentido extraño. Su rechazo, sin explicárselo, le había chocado y afectado. Se sentía de un modo desplazado y sus últimas palabras acerca de cómo era el puertorriqueño en la cama le molestaron.

Por ello, como igualmente quería verla, llamó a Zoe, una amiga actriz que llevaba tiempo pidiéndole verse. Era una rubia despampanante como la mayoría de las mujeres que frecuentaba. Trasero firme, sinuosos pechos y muy maquillada. Además, llevaba un vestido corto con un escote muy pronunciado.

—Markus, no sabes las ganas que te tengo —se le insinuó ella toqueteándolo juguetona—. Hace mucho que no nos vemos.

Él le sonrió por aquello, aunque disimuladamente intentaba buscar a Tate. Su pelo destacaría y no le costaría. Y así fue, Markus vio su bonita melena suelta y se alegró. No obstante, al ver que se besaba con Néstor se mordió la lengua, pero decidió no darle importancia. Así que agarró a su acompañante del brazo y se fueron a sentar a un sofá, justo en frente de aquellos dos.

Tate lo vio y achinó de nuevo los ojos. Markus sonrió al ver su expresión, pero Néstor lo reconoció y el mulato se levantó.

—Tío ¿cómo no me has dicho que venías?

— Lo he decidido a última hora — le comentó el joven abrazándose amistosamente con él.

Néstor les indicó que se sentaran con ellos, pues el sofá era grande y eran buenos amigos. A Tate no le importó, porque era su amigo, pero le extrañó verlo allí.

—Vaya, señor Marshall —le dijo cuando aquel se sentó a su lado con Zoe—, ¿cómo tú por aquí?

—Ya sabes que me gusta desconectar después del trabajo.

Ambas parejas se pusieron a tontear. Zoe se le insinuaba a Markus con sus atributos, pero él estaba más atento a la conversación que los otros dos tenían a su espalda. La música no estaba tan alta como en una discoteca y los escuchaba sin dificultad.

—Me encanta tu pelo —le dijo Néstor enredando un dedo en su melena—. Lo cierto es que es excitante.

—¿Eso crees? —inquirió ella dándole un trago a su cóctel.

— Por supuesto. El otro día al verte entrar en la sala donde grabamos, ya me puse duro.

Markus escuchó eso y se incomodó, pero se regañó y siguió disfrutando de las atenciones de Zoe. No entendía por qué le afectaban esas cosas. Él nunca había sido así. Valoraba la libertad de las personas y lo respetaba. Sin embargo, con Tate le estaba pasando algo extraño.

Por ello, cuando ella se excusó para ir al baño, él esperó unos segundos y también lo hizo. Había cola a esas horas y Markus se puso tras ella.

—¿Te gusta el local? —se interesó llamando su atención

Al oírlo, ella se volvió y afirmó sintiendo la colonia de aquel meterse en sus poros. Si algo le gustaba de él era aquello. Tenía buen gusto.

—Sí —afirmó la joven—. Está bien.

Avanzaron en la cola y ella le murmuró graciosa:

— Por cierto, ¿a parte de curioso eres copión? No esperaba verte por aquí.

— Como tenías planes, me he buscado los míos y Zoe ha querido venir aquí —le mintió.

—Pues qué casualidad —comentó ella.

Tras eso, ella finalmente entró en el baño y él regresó con los otros, que hablaban.

—¿Qué te cuentas, Néstor? —se interesó el joven.

— Pues como siempre, tío —repuso el otro dándole un toque en el hombro — . Por cierto, quería pedirte que me pongas más escenas con ese bombón de pelo azul.

—¿Ella también actúa? —añadió Zoe entonces—. Admito que me encanta su pelo y, bueno…ya sabéis que a mí me va todo.

Markus no se sintió bien hablando de ella en ese tono, por lo que cambió de tema.

Cuando Tate regresó, Zoe y ella se pusieron a hablar. Parecía que la rubia le tenía ganas también.

Ellos se quedaron a un lado y las observaron.

— Oye, tío, estoy recordando esa vez que nos hicimos a esas dos italianas el año pasado.

Markus asintió. Las giras eran un desenfreno para él.

—Y viendo cómo se sonríen —le sugirió—, podríamos hacerlo de nuevo. ¿Qué te parece?

Al otro le encantaban esas experiencias y sonrió solo de saber que aquello le permitiría disfrutar de ella.

— Eso sería perfecto — señaló dándole un trago a su copa observando a su amiga.

Tate estaba hablando con Zoe. De primeras, por su fachada se podía pensar que era la típica presumida y arrogante, pero en realidad era muy simpática y notó cierto tonteo de su parte. Honestamente, a pesar de los muchos encuentros esporádicos que había tenido la joven, nunca se había dado la situación con una mujer.

Entonces, Néstor se acercó a la rubia y le susurró algo a la oreja mirando a la otra. Aquello pareció gustarle a Zoe, ya que sonrió pícaramente y declaró:

—Me muero por hacerlo.

Tate los miró curiosa y Markus le tendió la mano para que se levantara.

—Vayamos a mi casa —anunció aquel.

Ella lo miró y achinó los ojos. A él le encantaba eso y no resistió a morderse el labio inferior. Eso era más excitante que su pelo.

Dicho eso, Tate se levantó sin entender mucho lo que pasaba, ya que veía a Néstor tocarle el trasero a la rubia.

— Tranquila — le aseguró Markus haciéndole lo mismo a ella —, lo pasaremos bien los cuatro.

Al entender por fin lo que ocurría, ella lo miró, pero no dijo nada. Aquella proposición le había sorprendido, pero pensando en lo que pudiera pasar, decidió sonreír. Sería divertido.

Una vez en el loft, Markus fue a por unas copas para ellos y Zoe empezó a acariciarle el brazo a Tate.

—¿Alguna vez has estado con una mujer?

Ella negó con la cabeza y, entonces, la rubia se acercó a Néstor y le pidió:

—Quítame el vestido, guapo.

Aquel le bajó la cremallera trasera y le fue bajando la prenda. No llevaba sujetador y al ver sus grandes pechos, Tate se sintió un poco inferior al pensar en los suyos, que no eran ni la mitad de eso.

—Tu turno —le indicó Zoe con una sonrisa picarona, mientras Néstor la empezaba a tocar por detrás.

En ese momento, Markus llegó junto a ellos con las copas y una botella de champán y vio a esa rubia. Tenía un cuerpo despampanante. Sin embargo, la atención se la llevó Tate, cuando ella se acercó más a él y le pidió:

—Quítame la ropa, señor Marshall.

Él no lo dudó y, dejando en el sofá lo que tenía en las manos, se apresuró a hacerlo. Primero, la besó. Necesitaba sentir esos labios. Luego, empezó a subirle el jersey que llevaba hasta quitárselo.

Tate quedó con su sujetador azul y Zoe murmuró excitada por cómo la tocaba Néstor:

—Sin duda, el azul es tu color..

Ella le sonrió por ello y, después, Markus descendió dándole besos en su cuerpo. Eso a ella le encantaba.

Una vez agachado, el joven le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones de cuero. La apoyó en el sofá y le quitó los zapatos y luego los pantalones. Markus lo hacía lenta y

delicadamente y eso a los otros les excitó. Aunque nada comparado con lo ardiente que estaba él al hacerlo. Tate le provocaba eso.

Estando semidesnuda, la joven se incorporó ante esos tres que la devoraban con la mirada y fue Zoe quien dio el primer paso y la besó. Al principio, Tate lo sintió raro. Era la primera vez que sentía los labios de una mujer. Aunque enseguida se acostumbró y no le disgustó. Lo hacía muy bien.

Mientras le devoraba la boca, Néstor se encargó de quitarle el sujetador y el tanga y empezó a manosearla.

Markus los observaba y, aunque le gustaba lo que veía, no se sintió tan cómodo como las otras veces. El sexo grupal era habitual en su intimidad, pero esos momentos carecían de algo que esa noche si había: sentimientos. Tate le importaba, disfrutaba con ella y verla entre aquellos dos le escoció un poco. No obstante, sabía que Zoe y Néstor eran buenos amigos y que solo buscaban pasar un buen rato, por lo que decidió acallar esa voz en su interior y dejarse llevar.

La rubia agarró a la otra de la mano y guió a Tate a un sillón que había cerca de ellos. Allí la tumbó y fue directa a jugar con su sexo.

El gemido que no tardó en salir de su boca, calentó a Markus. Le encantaba escucharlos. Por ello, no tardó en sumarse y bajarse los pantalones.

La misma Tate lo agarró de su miembro y empezó a darle placer con su lengua, mientras ella se moría del gusto que Zoe le provocaba. Lo hacía genial.

Néstor se encargó de masajear a la rubia en su zona sensible y esta jadeó mientras jugaba con sus dedos en la de Tate.

Markus no apartaba la mirada de su amiga y le recogía el pelo al tiempo que se estremecía por lo que le hacía con su boca.

Así estuvieron hasta que decidieron cambiar y los chicos se sentaron en el sofá apartando el champán y las copas. Por ahora no

lo necesitarían.

Las chicas se levantaron del sillón y la rubia se puso encima de Markus. Eso a él le molestó un poco, porque habría deseado a Tate.

Ambas se empalaron en ellos y, mientras se movían, Zoe atrajo a la otra y se besaron para deleite de ellos.

—Oh sí, nenas. Así me gusta —comentó el mulato agarrando de las caderas a Tate.

Markus sentía los pechos de Zoe rebotar en su cara, pero siempre que podía miraba a Tate. Verla jadear le estaba haciendo disfrutar de aquello.

De ese modo, cuando cambiaron, él la agarró enseguida y la puso en cuatro para hundirse en ella. Lo necesitaba. Ella lo gozó y Néstor se tumbó delante de ella para que le diera placer y eso hizo igualmente Zoe, llevando su sexo a la boca del puertorriqueño.

Markus le acariciaba los pechos y eso, en cierto modo, le gustó a Tate. Aunque no fueran gran cosa, él siempre les daba cariño.

La joven no evitó temblar por un orgasmo y eso al otro lo puso a cien.

Poco después, Néstor empaló también a Zoe y en el loft de Markus solo se escucharon los gemidos de ellas que se miraban de frente, mientras ambos subían la intensidad de sus empellones.

Cuando ellos no aguantaron más, salieron de las chicas y las llevaron al suelo para explotar en sus caras. Ellas degustaron sus cargas y Zoe besó a Tate para gusto de ellos.

— Espectacular — declaró la rubia más tarde, cuando se vestían.

—Estoy contigo —la apoyó Tate—. Nunca había estado con tres personas y tampoco con una mujer, pero ha sido colosal.

—Pues siempre podemos repetir —sugirió el puertorriqueño.

Markus no dijo nada. Le había gustado ese sexo por haber disfrutado de Tate. Sin embargo, esa noche se había dado cuenta de muchas cosas y el primer desconcertado era él. Siempre se reía de sus hermanos por dejarse dominar por sus mujeres, pero ahora los sentimientos que tenía hacia Tate empezaban a dominarlo a él.

Por ese motivo, cuando sus amigos salieron y Tate iba a pasar la puerta, él la apartó y le preguntó:

—¿Te quedas a dormir, señorita Brooks?

La joven ya lo había hecho otras veces y señaló:

— De acuerdo, señor Marshall. No quiero que te mees en la cama por una pesadilla.

Él se rio y cerró la puerta. Ansiaba su presencia y ya podían estar solos por fin.

Markus la cogió en brazos y subió las escaleras con ella. La dejó en la cama y ella se desvistió delante de él, que solo llevaba sus bóxers.

— Pues al final has terminado la noche en mi cama, señorita Brooks —declaró él tumbándose.

—Has tenido suerte —repuso ella.

Más que suerte, el joven pensó que había hecho bien en ir al local. Pues, si no hubiese pasado eso con los otros, se las habría ingeniado para hacerla acabar igualmente allí.

Él le abrió la cama y ella se metió y se tapó con él, Se acurrucaron y Markus le confesó:

—Mmm…señorita Brooks, creo que empiezo a acostumbrarme a esto.

—Suele pasar —respondió ella—, pero tranquilo, que pronto seremos un si te he visto no me acuerdo.

Eso inquietó al joven.

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque es lo normal. He conocido muchos chicos con los que me he visto intensamente un par de meses, pero eso se acaba por su propia naturaleza cuando no se quieren compromisos. Y como lo nuestro es igual, pues pasará.

Markus no estaba de acuerdo con eso, pero como él aún debía de aclararse las ideas en referencia a ella, prefirió no decir nada al respecto. Por ello, la besó en la cabeza y le deseó:

—Buenas noches, señorita Brooks.

—Buenas noches, señor Marshall.

CAPÍTULO 23

Como James quería permitirle a Danika conocerlo, la invitó una tarde a su casa. Katia trabajaba, pero no le importó. Esa chica no le daba las mismas energías que su madre.

Minutos antes de que llegara, James estaba preparándoles la merienda a sus hijos, mientras Alexei estaba atareado con sus deberes y Mila también. Sin embargo, esta última no se despegaba de su padre.

—¿Para qué va a venir? —le preguntó la pequeña.

James había notado que no le hacía mucha ilusión saber que tenía una hermana.

—Para hablar, princesita.

Ella bufó y regresó al salón.

Después, él les llevó sus sándwiches y cuando aquellos los estaban devorando, el timbre sonó y James fue a abrir.

Enseguida, se encontró con una arreglada Nadia y a su lado Danika.

— Hola, americano — lo saludó la eslovaca con una encantadora sonrisa.

—Hola —las saludó él.

— Yo me voy de compras, pero — añadió mirándolo con encanto y atusándose el cabello — si quieres me quedo aquí. Así

rememoramos momentos.

—Mamá —le dijo entonces su hija—, tú ves a comprar. Estaré bien.

James agradeció aquello y luego ambas se despidieron con un beso.

—Regresaré en unas horas, cielo —le aseguró la mujer a su hija antes de marcharse.

Ella asintió y él la dejó pasar.

—Bienvenida, Danika. Siéntete como en casa.

—Gracias —repuso ella con una sonrisa.

Fueron al salón y James se la presentó a sus hijos.

—Chicos, ella es Danika.

Ambos se levantaron y Alexei la saludó, mientras que Mila miró a su padre y le preguntó ignorando a la otra:

— Papi ¿me puedes poner al señor Cornelius? Ya va a empezar.

—¿El señor Cornelius? —inquirió Danika.

—Es la serie favorita de mi hermana —le aclaró Alexei.

James le puso aquello en la tele a su hija y aquella se espachurró en el sofá con su peluche. Luego, regresó con Danika y Alexei y le pidió a ella que se sentara en una de las sillas de la mesa central. Ella así lo hizo y él le preguntó:

—Ellos ya han merendado ¿deseas algo?

—Agua está bien —declaró ella.

—Qué sosa —soltó Mila desde donde estaba.

—¡Princesita! —la regañó su padre.

Su hija no se solía portar mal, pero estaba claro que no le gustaba nada esa situación.

—Oh, no pasa nada —le aseguró la chica—. En cierto modo tiene razón. Nunca me ha flipado el agua, pero mamá dice que es lo mejor que hay y ya me he acostumbrado.

—Por lo que dices —comentó James yendo a por un vaso y la jarra de agua—, tenéis muy buena relación.

Danika esperó a que acabara de llenarle el vaso y le contó:

—La quiero mucho. Siempre hemos sido ella y yo, a pesar de alguna relación que ha tenido. Sin embargo, ahora estamos solo nosotras.

—Pues me alegro. Está claro que ha hecho un buen trabajo.

A continuación, James le empezó a hablar de su vida, de su familia y, como vio que ella sabía a lo que se había dedicado, no lo obvió.

Por su parte, ella le explicó que le apasionaba la música y que en un futuro esperaba ser miembro de una importante orquesta. A parte de que le chiflaba viajar con su madre.

En su corta vida, Danika había vivido en diferentes partes del país, por los negocios inmobiliarios de su madre. Sin embargo, habían decidido venir a Cleveland, porque a Nadia siempre le había gustado.

Además, James se enteró de que hacía equitación y eso le sorprendió. Sin duda, Danika no paraba quieta.

Mila, que ya había terminado de ver su episodio, vio a aquellos y a Alexei reír y se acercó a su padre para sentarse en su regazo.

—¿No vas a saludar a Danika? —le preguntó él, mientras ella se abrazaba a él con cierta posesión.

Eso lo interpretó como un no y se disculpó con la mirada. Cuando la otra se marchara, hablaría con Mila.

—¿Te gusta la NFL? —se interesó Alexei.

Ella asintió y tanto él como su padre se sorprendieron.

—¿En serio? —dijo James.

—Sí, lo hago. Mamá dice que eso no es muy femenino, pero a mi me gusta verlo.

— Pues Alexei juega en un equipo. Cuando quieras, puedes venir a verlo.

Cuando terminó de decir eso, Mila se apartó de él y se fue a su cuarto. James supo que estaba enfadada y le supo mal.

Tras eso, hablaron más y le enseñaron fotos, hasta que Nadia regresó y se marcharon.

Entonces, James llamó a la puerta de la habitación de su hija.

—Princesita, ¿puedo entrar?

No obtuvo respuesta y, necesitando hablar con ella, abrió la puerta y se encontró a Mila jugando con su cocinita.

— Vaya, ¿qué preparas hoy? — le preguntó él agachándose para estar a su altura.

— Pollo con verduras — le dijo ella cogiendo un muslo de plástico y unas cuantas figuras de verduras y poniéndolos todo en la sartén.

—Tiene buena pinta —declaró él besándole la cabeza.

—¿Ya se ha ido esa? —le preguntó ella.

Al oírla, James supo que era el momento de hablar.

— Princesita, «esa» se llama Danika y deberías ser más amable con ella. Es muy buena.

Mila negó con la cabeza.

— Pero yo no quiero que me quieras menos por su culpa — murmuró rabiosa.

Él alucinó con aquello que decía. ¿Acaso lo veía capaz de eso?

— Eso es imposible, princesita — confesó él sentándose en el suelo y atrayéndola hacia él — , porque te quiero mucho. Nada cambiará eso.

Ella no pareció convencerse de ello, por lo que James empezó a hacerle cosquillas y ella intentó resistirse.

— ¡Papi! — protestó graciosa.

Verla reír a él lo reconfortó y se quedó jugando con ella a las cocinitas. No entendía por qué era tan dramática su hija.

CAPÍTULO 24

Una tarde en la que Alexei se había ido a casa de un amigo y Mila estaba en casa de Nick, James aprovechó para visitar a su hermano pequeño en *Marshallsxxx*. Habitualmente acudía para revisar que estuviera todo bien, pues él no dejaba de ser el dueño.

Markus llevaba bien la dirección y no se podía quejar, aunque le faltaba la experiencia en algunas ocasiones. Aun así, estaba orgulloso de él. Últimamente lo veía más centrado.

Al entrar en el estudio al que tantos años había acudido a diario, James se dirigió al mostrador que había en la entrada. Aunque allí vio a alguien que no se esperaba. Nadia estaba hablando con la secretaria de Markus.

—Buenas tardes —las saludó.

Aquella se volvió hacia él y se alegró mucho de verlo.

—Vaya, americano. Qué casualidad.

—¿Qué haces aquí, Nadia? Danika me dijo que ahora trabajas en otro sector.

Desde la vez en que su revelada hija acudió a su casa para conocerse mejor, James y Katia la habían invitado más veces e incluso se la habían presentado al resto de la familia.

Aquella era muy buena niña. Era educada, servicial y a la búlgara le encantaba tenerla en su casa. Aunque Mila no sentía lo mismo. Seguía celosa y su padre ya no sabía qué más hacer para

convencerla de que él no dejaría de quererla. Sin duda, a sus cinco años ya era una dramática.

—Y así es, James. Tengo una empresa immobiliaria que opera en todo el país.

—Eso está genial —le dijo él sorprendido.

—La verdad es que cuando me marché de esta ciudad, decidí dejar este mundo y centrarme. Fui consciente de mis errores y cambié mi vida por mí y Danika. Aun así, como ahora he vuelto, quería venir a ver el local. Parece que a pesar de todo, te quedaste con él.

El otro asintió. Antes de ser *Marshallsxxx*, aquel amplio local se llamaba *XodusTemptation*, la empresa en la que James empezó en esa industria y de la que lo echaron por los celos de Nadia. Sin embargo, todo acabó bien, pues sus ex jefes se acabaron marchando de la ciudad y, antes de traspasar el local a otra persona, Giselle se lo ofreció por el éxito que estaba teniendo con su nueva empresa. Esa ayuda le permitió seguir creciendo hasta el día presente.

—Sí, tuve suerte —comentó él.

— Estar aquí me trae muy buenos recuerdos — declaró ella mirándolo todo—. Aunque ahora que has aparecido, he recordado mucho más.

James notó el tonteo de ella en su mirada. Con Nadia se limitaba a mantener un trato cordial, ya que con lo de Danika era lo correcto. Pero tampoco era ciego para ver las intenciones de ella. Cuando la conoció, ella lo deslumbró y se convirtió en una gran tentación para él. No obstante, eso ya era pasado. Katia era y siempre sería su mundo.

—¿Te apetece un día de estos ir a comer para ponernos más al día? —le sugirió ella—. Recuerdo que fuimos muy buenos amigos

y…

—Solo si es con Danika —añadió él—. Mira, Nadia, sé que en este mundo hay todo tipo de hombres, pero yo respeto y quiero a mi mujer.

Él notó que el gesto de ella se agrió un poco, pero sonrió enseguida y le hizo saber:

—Lo entiendo, americano.

Tras eso, aquella se marchó y James le preguntó a la secretaria:

—¿Markus está en el despacho?

Ella negó y le indicó:

—Está en la sala cinco supervisando una grabación.

Aquello extrañó a James. Su hermano pequeño no solía supervisar. Él actuaba o se asomaba, pero no se quedaba durante toda la grabación. O eso creía él.

A continuación, se dirigió a la sala en cuestión. Unos gemidos de mujer salían de allí.

Tate estaba grabando ese día con Zoe, pues le gustó lo que hicieron semanas atrás en casa de Markus y cuando él se lo propuso, aceptó. Lo cierto era que Oliver ya no necesitaba un tratamiento tan duro por sus resultados positivos y la joven ya empezó a replantearse dejar aquello pronto. El fin de curso se acercaba y ya había buscado un trabajo de camarera para esos meses. Podría seguir en *Marshallsxxx*, pero prefería trabajar más horas y exponerse menos. No dejaba de ser una profesora.

Mientras aquellas jugaban entre ellas con algunos accesorios, que para la joven estaban siendo una nueva experiencia, Markus estaba sentado en una silla observándolas. Desde la noche en que se dio cuenta de que empezaba a sentir algo por ella, no había sido capaz de perderse ninguna escena, aunque odiara verla con otro.

Eso era una tortura para el joven, por lo que finalmente decidió ir poniéndole sutilmente escenas con mujeres. Aquello no le molestaba tanto. Aunque saber que ella lo quería dejar pronto le tranquilizaba. Si por él fuera, la despediría en ese mismo instante.

En ese tiempo, él había intentado comprender lo que le pasaba. Nunca imaginó que una chica consiguiera atraerlo para algo más que sexo. Tate le fascinaba. Su carácter, sus bromas, que se llamaran por esos motes y lo mucho que disfrutaba a su lado lo tenían desconcertado. Pensó en hablarlo con sus cuñadas, porque ellas entendían de esos temas, pero las conocía y sabía cómo se pondrían, por lo que miraba de resolver él solo la situación. Pero no lo tenía nada fácil. Su amiga no parecía sentir lo mismo y eso lo inquietaba. Cuando se conocieron, ambos eran iguales. El sentimiento de libertad sin compromisos era lo suyo, pero ahora él empezaba a no verlo igual y odiaba que ella siguiera siendo como un día lo fue él. Ahora miraba a sus hermanos con sus mujeres y Aiden y empezaba a valorar aquello que tenían.

Cuando James entró sigilosamente y vio a la profesora de su hija se quedó sin palabras. Ya entendía por qué eran tan amigos.

Al ver ese rostro conocido, Tate se cohibió y miró a Markus, que parecía abstraído con los ojos sobre ella. Como pudo, la joven disimuló para seguir con la escena hasta que un rato después terminaron.

—¡Corten! —ordenó el pequeño de los Marshall.

Entonces, James se acercó a él y Tate fue enseguida a taparse y a lavarse. Se avergonzaba de que la hubiera visto haciendo eso.

—¿Qué está pasando aquí? —le interrogó su hermano mayor —. ¿Y qué hace ella grabando?

Markus no esperaba su visita y que hubiera descubierto aquello lo incomodó. No por él, sino por Tate. Aún recordó la vez que la citó y ella le pidió que no contara nada.

—No la juzgues —soltó el joven—. Es por necesidad.

James asintió. Él nunca criticaría a nadie de la industria en la que él había estado. Pero le sorprendió verla. Era la maestra de su hija.

Cuando aquella salió vestida, se sintió muy avergonzada. No esperaba que eso ocurriera nunca y quiso salir corriendo de allí. Sin embargo, debía de ser madura y afrontarlo.

Se acercó a ellos y, mirando un poco acongojada a James, declaró:

—Esto tiene su explicación, yo…

—Tranquila, Tate —la cortó él—, mi mujer ya me habló de lo de tu hermano y deduzco que tiene relación con eso ¿no?

Ella asintió reconfortada y, tras eso, se marchó.

Los hermanos se quedaron solos en la sala poco después y James no evitó cuchichear:

— Vaya, vaya, con la señorita Brooks. Por cierto, ¿desde cuando supervisas?

Markus no lo hacía habitualmente, pero con Tate necesitaba hacerlo.

—Ha sido algo puntual —le dijo él sin darle más importancia.

— ¿Estás seguro, hermanito? — inquirió el otro — . Os veo mucho juntos y Katia flipa con que vayas a recoger a las niñas con ellas. Antes no lo hacías.

Con lo que Markus llevaba dentro ese interrogatorio lo estaba agobiando.

—Vamos, James, no digas nada más. Ya pareces tu mujer.

Ambos salieron de la sala y se fueron al despacho, aunque el otro no evitó interesarse más.

— ¿Pero estáis juntos? — le preguntó una vez cerraron la puerta.

—No —respondió él, aunque empezaba a desearlo.

James notó que Markus estaba algo pensativo e insistió:

—¿Seguro?

Su hermano lo miró y, consciente de que necesitaba soltar lo que tenía dentro, confesó:

— Vale, te juro que Tate me está descuadrando las cosas. Todo empezó por simple curiosidad. Días después de la función de las niñas, la vi grabar en una sala y me pregunté qué haría aquí y ella tardó en hablarme de la situación de su hermano. Nos hemos hecho amigos, pero yo empiezo a verla diferente. Me gusta mucho, pero ella no siente lo mismo y no soporto si se ve o graba con otro.

Al oír aquello, James se quedó estupefacto. Markus le había hecho perder la fe de que pudiera sentar la cabeza, pero aquello lo descolocó por completo. Aunque le sorprendió que se colara por alguien que no le correspondiera con la de chicas que le iban detrás y estarían dispuestas a tener algo con él. Sin duda, tenía un problema.

En vez de decirle nada, el mayor se acercó a él y lo abrazó.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti.

El otro lo entendió, pero le advirtió:

—Ni una palabra de esto a mi querida cuñada, eh.

—De acuerdo, pero está claro que te lo tendrás que trabajar si de verdad merece la pena esa chica.

Markus lo sabía, pero Tate le gustaba y no podía evitarlo. Ya no le apetecía quedar con ninguna de sus amigas y eso era lo que más le extrañaba. Sin duda, lo que le pasaba le estaba cambiando la visión de muchos aspectos de su vida.

CAPÍTULO 25

El curso llegó a su fin y con ello la estancia de Tate en la empresa de los Marshall. Oliver volvería a casa en unas semanas y en pocos días ella entraría a trabajar a un bar en la playa.

A Markus le encantó aquello. Ya no lo soportaba más, pero menos aguantaba que ella no captara sus indirectas o que le negara un plan para verse con otro. Eso lo desesperaba, pero era lo que le tocaba, ya que no se veía capaz de declararle sus sentimientos. En el fondo, quería evitar su rechazo.

Queriendo pasar con ella el fin de semana antes de que Tate comenzara en el bar, la invitó a ir con toda su familia al santuario del tío de Sabrina. Era el cumpleaños de esta y todos los Marshall habían reservado esos días, incluidos Nick y Aiden.

La joven, que ya se sentía muy cómoda con ellos, no dudó en aceptar. Muchas veces acudía a la casa de los Davenport para ayudarlos con el lenguaje de signos que Vera ya estaba aprendiendo y se llevaban de maravilla.

En muchas de esas ocasiones, Markus acababa apareciendo alegando que quería pasar tiempo con sus sobrinos. Entre él y Lucas había muy buen rollo y eso le permitía estar más cerca de Tate.

Cuando llegaron al santuario, aparcaron los coches en el pequeño parking que había y todos se bajaron. Los niños eran los más entusiasmados por ir allí y eso a Sabrina, la cumpleañera, le encantaba. Ella era igual de pequeña.

Con una muleta, Hans llegó hasta ellos y su sobrina lo abrazó. El hombre había tenido un pequeño accidente semanas atrás y aún se estaba recuperando.

— Tío Hans, me encanta verte bien. Mi padre te manda recuerdos y espera que vuelvas a visitarnos. Sabes que te aprecia mucho.

—Oh, ya ves que no es nada —le comentó él separándose de ella—. Por cierto, ¡felicidades, cielo!

—Gracias, tío Hans —repuso ella abrazándolo de nuevo con cariño.

Los niños y Danika, que también había sido invitada, saludaron al hombre.

—Vaya, muchas caras nuevas veo aquí.

Entonces, Tessa y Aiden les presentaron a sus hijos.

— ¿Por qué no me dice nada esta muchacha? ¿Acaso es tímida? —murmuró Hans al ver que Vera no le hablaba.

—Es sordomuda —le contó Aiden agarrándola en brazos—, pero ya nos vamos entendiendo de maravilla, ¿verdad? — le preguntó él a la niña con signos.

Ella sonrió y asintió.

Luego, James le presentó a Danika y el hombre la recibió con una candorosa sonrisa.

Lexie, agarró impaciente a su padre del pantalón, mientras aquel sacaba a Aaron del coche, que enseguida se puso a llorar.

—Papi, ¿vamos a ver a Ringo ya?

Sabrina fue a calmar a su hijo enseguida y Nick la besó. Después, se dio la mano con Hans, pero su hija estaba muy pesada

y este lo apremió:

—Anda, vete con los diablillos.

Dicho eso, aquel desapareció con Aiden y los niños, aunque Danika permaneció con los demás.

—¿Quieres ir con ellos? —le sugirió James.

—¿Puedo?

—Pues claro —le dijo Katia.

— Yo también quiero — añadió Tate cogiendo del brazo a Danika y echando a andar.

Markus no lo dudó y se unió a ellas. Quería enseñarle todo a su buena amiga.

James lo vio y se rio por dentro. Se notaba que a su hermano le gustaba mucho esa chica.

— ¿Y la de los pelos azules? — se interesó Hans, mientras jugaba con las manitas de Aaron, que ya se había calmado en los brazos de su madre.

—Una amiga de Markus —dijo el otro.

— Bueeeeenoooo…. — soltó Tessa mirando a aquellos a la distancia—, yo diría que son algo raro.

—Está claro que babea por ella —afirmó Katia.

Su marido le sonrió al escucharla. Estaba claro que las mujeres tenían buena vista.

A continuación, se encargaron de sacar las cosas de los coches y subir a las habitaciones. Aunque cuando entraron, Sabrina se paró a hablar con su amigo Michael para presentarle a su hijo.

—Parece que Nick no tenía bastante con una —declaró aquel cogiendo al pequeño.

—No hables, porque tú puedes ser el siguiente —se mofó ella —. Por cierto, ¿dónde están Brooke y el pequeño Dan?

—Por allí fuera perdidos.

Sabrina sonrió. Michael y ella habían seguido siendo buenos amigos y él ya estaba formando su familia . Se había casado hacía meses con Brooke, una veterinaria con la que había tenido a Dan, de tres años. Él y Lexie ya eran amigos y eso les hacía ilusión.

—¿Y tú bombero? —se interesó al no ver a Nick.

—Ya sabes que Lexie siempre quiere ir a ver a Ringo.

Ambos se rieron y él salió por la puerta para ir a saludarlos. Nick y él se llevaban bien.

Por otro lado, Tate se moría de amor con los animales que se le cruzaban. Nunca había estado en un lugar así y le estaba gustando. Junto a los niños, se sentía también otra pequeña acariciando a los cerditos.

Como era de costumbre, Ringo no se separaba de Nick y eso él lo sentía especial. Recordar a aquel cerdito de hacía unos años le hacía rememorar cuando se enamoró de su mujer.

Danika estaba igual, pero al ver que Lexie se había manchado de barro su faldita, le dijo:

—Será mejor que te la cambies con lo bonita que es.

Aquella y Mila fruncieron el ceño y no dijeron nada. Parecía que la segunda le había contagiado esa antipatía hacia la chica.

— Nunca le digas nada de sus falditas a Lexie — le advirtió gracioso Nick—. Ella las lleva a todos lados.

Markus se agachó entonces junto a Tate, que estaba jugando con un par de cerditos.

—Veo que te gustan, señorita Brooks.

—Sí, son unos cerditos muy bonitos...como tú —se mofó ella.

Él se rio, pero al ver a un perro cerca suyo, añadió:

—Esa perrita también es muy bonita...como tú.

Tate achinó los ojos por lo buena que había sido esa broma y él la besó.

—Aunque no tan bonita como cuando haces este gesto.

A la joven no le molestó ese beso. Markus lo hacía mucho últimamente, aunque era cierto que a veces le agobiaba. Estaba bien besarse, pero no tantas veces.

—El tío Markus y la señorita Brooks son noooooooviooooos —canturrearon Mila y Lexie al verlos de ese modo.

—Amigos, bonitas —reiteró la otra.

—¿Tanto te molesta esa palabra? —inquirió él.

Aquella cabeceó y respondió:

—Es para que no se hagan ilusiones.

Eso a Markus le sintió agridulce, pues el que se las estaba haciendo era él. Intentaba controlarlo, pero no podía.

Ella siguió con los cerditos, en el momento en que Michael llegó con su hijo y su mujer y se saludaron.

De pronto, Dan agarró paja y se la tiró a Lexie, de modo que empezaron con su pelea de paja. Sin duda, no había sido buena idea enseñárselo, pues siempre iban a matar.

—¡Dan, te has pasado! —se quejó Lexie al sentir la paja en su cara y su ropa.

Él se rio y, entonces, fue Mila quien atacó al niño y luego Lucas y Alexei se unieron también. Acabaron haciendo un todos contra todos y Danika y Tate fliparon.

—¿Pero por qué no los paráis? —preguntó la última.

Aquellos se rieron y Markus le explicó:

—Es solo un juego.

Este mismo cogió una gran cantidad de paja y se la tiró a ella.

Tate maldijo y lo miró desafiante.

—¡¿Qué demonios haces, señor Marshall?!

Al verla enfadada y con un montón de paja pegada al cuerpo, él se dio cuenta de su error y fue a disculparse, al mismo tiempo en que ella se agachó rápidamente y contraatacó.

—Ahí la llevas —dijo ella con mofa al ver más paja que pelo en su cabeza.

Él expulsó un poco de su boca y tosió.

—Te has pasado, señorita Brooks.

Vengativo, la cogió como un saco de patatas y se la llevó a un rincón donde habían unas pacas de paja y la tiró encima de aquellos. Como amortiguaba, ella se levantó y empezaron a forcejear. Parecían tan niños, que los otros acabaron con su pelea de paja y se acercaron a verlos a ellos.

—¡Vamos, señorita Brooks! —la animaron las niñas al ver que iba a derribarlo.

Como su fuerza iba a ceder, tanto Mila como Lexie empezaron a pegar a su tío por las piernas y eso lo hizo caer.

— No se vale — protestó él mirándolas a las tres, que se hacían las victoriosas.

—Asúmelo, las mujeres somos más fuertes.

Él la miró incrédulo, pero contento. Le había encantado hacer eso con ella. Tate era sencillamente perfecta.

◆ ◆ ◆

A la hora de comer, todos celebraron el cumpleaños de Sabrina. Su familia y sus amigos la adoraban y se sentía muy afortunada de ser parte de sus vidas.

Como no podía faltar, Tessa se sacó la cámara y empezó a inmortalizar a todos.

—Mi amor, ¿no crees que ya has hecho bastantes? —le dijo su marido para que se sentara con él un rato.

Ella iba a responderle que no, pero sabía que la requería y a Aiden no le negaría nada. Por ello, lo besó y luego empezó a mirar las fotos con Lucas y Vera.

—Ayyyy, pero qué bonitos que salís —comentó al ver una en la que ambos se abrazaban.

Ambos estaban siendo realmente hermanos y eso le llenaba el corazón.

No obstante, mientras Tessa pasaba las fotos, Lucas la paró.

—Espera, vuelve hacia atrás.

Ella lo hizo para ver una foto de Danika junto a James y Katia. Tessa no entendía qué quería Lucas, pero enseguida él le dijo:

—Ella sí que es un alien.

—¿Cómo dices? —se interesó la joven.

—Mira —le indicó señalando a Danika—, tiene un ojo azul.

Al mirar con más detalle y hacer zoom, Tessa se dio cuenta de aquello y cabeceó mirando a Lucas.

— No es un alien, pequeñín. La cámara a veces hace estas cosas por los reflejos.

—Jooooooooo —protestó él—. Habría sido divertido.

En el otro lado de la mesa, Mila estaba sentada en el regazo de su padre, mientras miraba ceñuda cómo Danika hablaba con su madre y los demás.

—Princesita, ¿dónde está tu sonrisa que me gusta tanto? —le susurró James al oído.

Ella se la regaló y él indicó:

—Así mejor, pero me gustaría que intentaras llevarte bien con Danika. Estoy seguro de que si le hablas verás que es muy buena.

—Pero no me gusta —declaró ella.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque no, papi.

Él puso los ojos en blanco y decidió no seguir hablando del tema. Algún día, Mila cambiaría su opinión.

Sabrina estaba con Aaron en brazos y este jugaba tanto con su pelo que la estaba agobiando. Ahora le había dado por eso.

—Tú eres muy mallilo, eh —lo regañó tiernamente.

—¿Quieres que lo coja? —se ofreció Danika, que estaba a su lado—. Es tu cumpleaños y…

— Me parece perfecto — repuso la otra con una candorosa sonrisa entregándoselo.

La chica se levantó entonces y se fue a una esquina del gran salón para jugar con él.

—Danika es un encanto —declaró Sabrina mirándola.

—Ni que lo digas —afirmó Katia—. Cuando viene a casa me quiere ayudar en todo. Pone la mesa, la recoge por iniciativa y es muy educada. Nada que ver con la madre.

Al oírla, James le advirtió:

— Princesa, guárdate tus opiniones. Te recuerdo que es su madre y Danika la adora.

—Vale, lo siento —se disculpó—, pero es verdad —apostilló en voz baja para que sus cuñadas la escucharan.

Él la escuchó perfectamente y cuando la miró para decirle algo, ella lo besó y no lo hizo.

◆ ◆ ◆

Tate y Markus estaban tomando el aire fuera, cuando él le susurró al oído:

— Si me sigues, iremos a un lugar donde podemos comportarnos como animales.

Aquellas palabras le hicieron gracia a ella y, tirándolo del brazo, lo apremió:

—Pues enséñamelo, cerdito.

—De acuerdo, perrita.

Markus la llevó a un cobertizo alejado de la casa, mientras se cruzaban con varias vacas.

Una vez allí, él abrió la puerta y Tate se metió. Aquel lugar estaba vacío y solo había un par de herramientas y una mesa de madera.

—Está claro que aquí te las traes a todas ¿no?

Como aquel no era un santo, asintió. Siempre que iba al santuario con su familia, las voluntarias le tiraban los tejos y él no era de piedra.

—Aquí hay intimidad, señorita Brooks —señaló él empezando a besarla y subiéndole la camiseta de tirante sque llevaba.

Ella no se quedó quieta y se pegó a él para sentir su endurecida entrepierna y acariciársela. Eso a él lo calentó y le apretó las nalgas con posesión por debajo de los shorts que llevaba.

Tras eso, Markus llevó una mano a su sexo y ella se estremeció, mientras él la alzaba y la llevaba a la mesa para apoyarla. Le quitó los pantalones y no se esperó a devorar aquella zona que tanto placer le causaba a ella.

La lengua del joven recorrió todos sus rincones y Tate cerró los ojos por lo mucho que le gustaba.

Markus la veíaa gemir y jadear mientras sentía la mano de ella acariciarle la cabeza y se olvidó de todo lo demás.

Aunque, de pronto, él sintió un pinchazo en su trasero que se repitió varias veces y que le dolió mucho, por lo que no evitó quejarse.

—Maldita sea —soltó poniéndose de pie.

Tate abrió los ojos entonces y no entendió nada.

Sin embargo, cuando el joven se giró se topó con un par de gallinas que empezaron a ensañarse con sus piernas.

Fue por ello, que Tate las vio y se tapó enseguida para ayudar a Markus.

Intentó apartarlas de él cogiéndolas, pero aquellas se resistían y la terminaron por atacar a ella en las piernas.

—Joder, cómo duele —se quejó ella.

Aguantando ese dolor, se fueron dirigiendo hacia la puerta, que las gallinas habían abierto, y una vez fuera pudieron echar a correr hacia la casa.

—Tan bonitas que parecen… —suspiró Tate.

— En cierto modo, me recuerdan a ti ahora que lo dices — repuso él gracioso — . Parece que fue ayer cuando me llamabas capullo por ser un curioso.

A la otra le hizo sentir nostalgia eso. Como se llevaban tan bien, ya no le decía aquello.

— La vida es impredecible — murmuró ella — . Un día estás aquí y otro…

Pero no pudo terminar de hablar, porque Markus la besó.

— Tienes razón — afirmó él al separarse — , la vida es impredecible. Un día eres un joven inmaduro que solo piensa en mujeres y otro no puedes sacarte de la cabeza a una preciosa profesora de pelo azul.

Ya estaba dicho. Markus se había envalentonado por fin y había aprovechado para confesarle sus sentimientos. No podía aguantarlo más.

A Tate le chocó aquella declaración. Se habían hecho muy cercanos, pero no imaginaba que él le dijera eso.

— Anda, no digas tonterías, graciosín — se mofó ella prosiguiendo la marcha. De él no podía esperar nada serio.

Al ver que aquello no le había causado el efecto que él esperaba, Markus se disgustó un poco por dentro.

—¿Y si no es una tontería?

Ella se paró entonces y lo miró achinando los ojos.

— Parece que las gallinas te han nublado la mente, señor Marshall.

— Para nada — confesó él acercándose más a la joven y rodeándola con sus brazos —. Señorita Brooks, me has creado un gran problema y para solucionarlo necesito que aceptes lo que te digo. Te adoro, me encantas y… y desde hace tiempo solo me interesas tú. No sabes la tortura que ha sido para mí verte este último tiempo grabar con otro o saber que quedabas con alguien más. Como te dije, me he acostumbrado a esto. Me he acostumbrado a ti y…

A Tate le empezaron a agobiar sus declaraciones. Nunca se hubiera esperado eso de una persona como Markus. Sí, eran buenos amigos y ella lo apreciaba tambien, pero no como veía que él lo hacía.

— ...me encantaría que le dieras una oportunidad a lo nuestro.

Tate no respondió y eso al otro lo angustió. La joven solo lo miraba, pues estaba ordenando las ideas en su cabeza para decirle lo que necesitaba hacerle saber.

—Mira, Markus, yo te adoro también y te considero un muy buen amigo. Incluso, podría decirte que te veo como mi mejor amigo. Sin embargo, te he de ser honesta y ya sabes que a mí no me van las ataduras. Estoy bien soltera y no siento la necesidad de tener nada con nadie. Podemos seguir igual que hasta ahora, pasarlo bien cuando nos apetezca, pero no quiero que te sigas ilusionando. Yo no soy la persona indicada para lo que buscas.

Cuando terminó, un silencio se creó entre ellos. Markus ya había contado con su posible negativa, pero aun así le afectó y no se vio con la capacidad de decir nada. Si le decía que lo entendía, estaría mintiendo y no quería hacerlo.

Tate vio que su respuesta no le cayó muy bien y se sintió en una situación incómoda. No le gustaba hacer sentir mal a las personas, pero nunca mentiría en referencia a temas como esos.

Seguían en silencio, hasta que los niños salieron a donde estaban ellos y Mila les preguntó:

—¿Qué os ha pasado?

Ambos la miraron y ella les tocó las piernas.

—¿Tenéis pupa?

—Sí, cielo —respondió Markus alazándola en brazos.

Luego, miró a Tate y soltó:

—Las gallinas hacen pupa.

A continuación, él se alejó con los niños y la joven se sintió mal por Markus. Ojalá no hubiera creado sentimientos por ella, ya que tenía claro que eso afectaría a su amistad lo quisiera o no.

Tate se quedó allí pensativa cuando escuchó unos pasos y se encontró con Danika y un corderito en sus brazos.

—¿Estás bien? —se preocupó la chica.

La , a la que le sabía mal la situación con Markus, cambió su gesto y sonriéndole le indicó:

—Sí, Danika, todo está bien.

Luego, se puso a acariciar al animal para relajarse.

—¿Markus y tú estáis juntos?

—No —negó Tate—. Solo somos amigos.

Aunque con lo que había pasado, dudaba de que eso siguiera siendo así.

◆ ◆ ◆

Por la noche, ambos se encontraban en la habitación que les habían asignado y estaban en silencio. La tensión era latente y ninguno sabía qué decir.

Por su parte, Markus aún procesaba el rechazo de Tate. Como un adolescente, se había hecho más ilusiones de las que debía y ahora se sentía bloqueado emocionalmente. Tanto, que no era capaz ni de mirarla. Desde su última conversación, no habían vuelto a acercarse ni a dirigirse la palabra.

La joven entendía la reacción de él, pero no olvidaba su amistad y, como el silencio la estaba ahogando, soltó:

—¿Te duelen las piernas?

Él estaba sentado en la cama y, al oírla, no pudo evitar mirarla.

En ese momento, se estaba poniendo una camiseta ancha para dormir y eso lo extrañó, pues ella siempre le decía que prefería dormir desnuda.

—No —declaró él—. Ya no me molestan las heridas.

El silencio se volvió a apoderar del cuarto y ambos se metieron en la cama. Aunque esta vez era diferente a las demás. No se acurrucaron ni nada y permanecieron separados uno a cada lado de la cama. Eso lo sintieron raro, pero Tate sabía que sería lo mejor.

Antes de apagar la luz, ella le deseó:

—Buenas noches, señor Marshall.

—Buenas noches —repuso él dándole la espalda.

Que no le llamara «señorita Brooks» lo echó en falta la joven, pero no le dio importancia. Si Markus así lo necesitaba, lo respetaría.

Una vez se quedaron a oscuras, Tate se quedó frita enseguida, pero él no. No dejaba de darle vueltas a la cabeza a lo que había pasado. Por primera vez, se había abierto de ese modo con alguien. No había pensado en el miedo y se había dejado llevar. Creyó que sus palabras serían convincentes, pero a la vista estaba que a pesar de lo reales que habían sido, si ella no sentía lo mismo, poco tenía que hacer.

Estuvo así cerca de una hora, pero necesitaba contemplarla aunque fuera con la tenue luz de la luna que entraba por la ventana. Por ello, se volvió hacia ella y, en silencio, la recorrió con su mirada. Estaba boca arriba y su respiración lo relajó. Sin embargo, cada minuto que pasaba mirándola, era consciente de que no era lo correcto, porque seguía sintiendo lo mismo por ella.

La señorita Brooks era ideal para él. Lo compartía todo con ella. Era su amiga. Aunque con lo que le hacía sentir, era más que eso. Con ella se podía comportar como un niño, porque ella era igual. Con ella podía mantener conversaciones interesantes sin pensar en el sexo. Con ella, se podía sentir completo y le repateaba no poder tener algo como lo que tenían sus hermanos con sus mujeres. Él nunca había tenido novia, a parte de los rollos de instituto que no habían significado nada. No obstante, sentía que si ella le hubiera dado la oportunidad, la podría haber hecho muy feliz. Pues él se sentía así a su lado. Aunque ahora eso cambiaría.

CAPÍTULO 26

A su regreso a Cleveland, el contacto entre ellos se volvió escaso por no decir nulo y eso los Marshall lo notaron. Markus no estaba tan bromista como siempre.

Como Tate se esperó, pasaron los días y no se comunicaron. Ni un mensaje. Ni una llamada. Nada. Eso a ella le supo mal, pero no podía hacer nada más que aceptarlo.

Un día, ella fue a *Marshallsxxx* a por su finiquito. En el fondo, también quería ver qué tal estaba él, pues no dejaba de tenerle aprecio y se preocupaba.

La secretaria la llevó al despacho y, cuando él indicó que podía abrir, ambas entraron.

—Markus, Tate viene a por el papeleo.

Aquel, que ese día no estaba muy concentrado, asintió y la otra se marchó dejándolos solos.

Ambos se miraron en silencio y ella decidió sentarse en una de las sillas que había frente a su mesa.

Al verlo de más cerca, se dio cuenta de que tenía ojeras y, dispuesta a tener buen rollo, comentó:

—Vaya, ¿qué hace un dormilón como tú con ojeras?

Él no estaba de humor para bromas. Y menos, una como esa. Pues recordaba las notas que le dejaba a veces.

Dormir solo tantos días seguidos no le estaba sentando bien y, sumado a que apenas dormía cinco horas, estaba siendo una tortura.

Él buscó el sobre que le tenía que dar y los papeles que le había preparado y le indicó seco:

—Firma en los espacios de abajo y aquí tienes el dinero que te corresponde. Tu relación con esta empresa ya ha terminado.

A Tate le chocó verlo así. Para nada era el Markus que ella conocía y se sintió culpable.

La joven firmó los papeles en silencio, pero no se iba a marchar de allí sin hablar con él de su situación.

—Oye, Markus, sé que lo que dije no era lo que te esperabas y creéme que no lo hice para hacerte daño. Solo fui honesta. Pero eso no quita que a mí me gustaría seguir con nuestra amistad si tú te ves cómodo en un tiempo.

Él sabía que ella no tenia la culpa de nada. Allí el único responsable era él por sus sentimientos.

— Tranquila, no te preocupes — le aseguró — . No estoy enfadada contigo ni mucho menos. Pero será mejor que…

—Lo entiendo —le dijo ella levantándose—. Aunque…¿podría darte un abrazo? Sé que lo necesitas.

Escuchar eso lo hizo maldecir por dentro. Con eso ella le demostraba lo maravillosa que era y no le ayudaba en nada. Sin embargo, necesitado de sentirla por última vez, se levantó y rodeó la mesa para quedar frente a ella.

Se miraron y al ver esos ojos azules y su tentadora boca, él tuvo que controlarse para no sucumbir a sus deseos y besarla. Eso lo empeoraría todo aún más. Por ello, no tardó en abrazarla.

Sentir el cuerpo de aquella entre sus brazos y poder hundirse en su pelo lo aliviaron por un momento. Tate se había convertido en

alguien importante para él y le dolía que se hubieran complicado las cosas entre ellos.

Por su parte, ella le acarició la espalda. Necesitaba esa despedida. La joven nunca había tenido muchos amigos, pero Markus le había demostrado que valía la pena su amistad.

Cuando se separaron, él enseguida regresó a su silla para no acabar besándola.

—Que te vaya bien, señorita Brooks.

Que la llamara así la reconfortó y con una sonrisa se marchó de allí, mientras el otro la seguía con la mirada y maldecía por no poder quitársela de la cabeza.

CAPÍTULO 27

La vida seguía y Tate empezó a trabajar en el bar de playa dispuesta a pasárselo bien ese verano. Ya había trabajado en locales similares y le encantaba el trato con la gente y sus compañeros, con los que había muy buen rollo. Aunque lo que la tenía más feliz era que Oliver regresara a casa después de más de un año en el hospital.

El día en que marcharon del hospital, Tate no dejaba de abrazarlo como cuando era más pequeño.

— ¡Por Dios, Tatiana! — la riñó su madre viéndolos por el retrovisor del coche.

— Eso — se quejó su hijo quitándosela de encima — . ¿No puedes ir a hacer esto con tu noviete?

Al oírlo, ella resopló. Oliver siempre había estado pesado con esa broma acerca de su amistad con Markus y en ese momento no era lo que más deseaba escuchar especialmente. En el fondo, echaba de menos los planes con el «señor Marshall». Aunque el bar le hacía estar horas distraída, añoraba pasar la noche con él.

Lo cierto era que había quedado con algún que otro conocido para pasar un buen rato, pero ella extrañaba hacer algo más que eso. Básicamente, disfrutar con su amigo. Ya no se hablaban y eso la tenía un poco apagada.

—Es verdad cielo. ¿Qué se cuenta Markus? ¿Hace mucho que no lo veo?

—Bueno…

—¿Habéis roto? —preguntó entonces Oliver.

Al oírlo, su hermana le dio una colleja con cariño y respondió:

—No estábamos juntos, pero sí, estas cosas acaban en algún momento.

—Qué lástima —añadió Susan—. Markus me parece un buen chico y muy guapo para ti.

—Y no te falta razón, mamá. Pero nuestros caminos se han separado.

Aquellos lo entendieron y no hicieron más preguntas. Algo que ella agradeció.

CAPÍTULO 28

A pesar de esa situación con Markus, Tate no había cortado la relación con los Marshall, ya que era de gran ayuda para Tessa y su marido con Vera, que le había cogido mucho cariño a la joven. Por ese motivo, acudía dos tardes a la semana a la casa de los Davenport.

Allí se sentía muy bien con los pequeños. Lucas siempre la llamaba «alien» y Vera le hacía dibujos que ella colgaba encantada en su cuarto. Eran muy especiales.

Una de esas tardes, la joven se encontraba hablando con Tessa y Katia en la casa de la primera. Tate y Vera ya habían practicado un buen rato con su madre el lenguaje de signos y aquella ya parecía dominarlo.

— Llevas un collar muy bonito — le hizo saber Tate a la morena.

— Gracias — dijo ella tocándoselo —. Aiden me suele regalar alguno de vez en cuando. Nunca ha sido muy puesto en este tema, pero siempre acierta.

Las otras se rieron y Katia les comentó:

—Pues yo creo que he perdido mi anillo de compromiso.

—¿Cómo es eso? —se interesó su cuñada.

—El otro día James me llevó a cenar y cuando abrí mi joyero no lo encontraba. Quizás se haya hundido y esté metido por allí,

pero me inquietó no verlo. Siempre está en el mismo sitio.

—Seguramente sea eso —repuso Tate.

—Ya…Pero no sé, chicas. Últimamente siento que faltan cosas o tengo esa sensación.

—Eso es por Mila seguro —comentó graciosa la del pelo azul —. En clase lo desordenaba todo muchas veces.

Al oírla , Mila se rio y su madre le mandó un beso en la distancia. Aquella era un poco revoltosa cuando quería.

— ¿Ella sigue igual con Danika? — quiso saber Tessa en un tono más bajo.

Katia asintió. No había manera de que su hija aceptara a su medio hermana y, en el fondo, le sabía mal por la otra, pues era pura bondad.

—James y yo confiamos en que se le pase pronto.

Tras eso, siguieron hablando, hasta que llamaron a la puerta y Tessa fue a abrir.

— Anda, hermanito, ya era hora. Te he llamado dos veces para saber si mañana vienes a la playa con todos tus sobrinos, tus queridas cuñadas, James y yo.

— Di que sí, tío Markus — le suplicó Mila abrazándolo por la pierna.

Cuando Tate supo que se trataba de él, en cierto modo le gustó. Hacía un par de semanas que no sabía nada de él y quería verlo.

— De acuerdo — aceptó aquel cogiendo a su sobrina y entrando.

Sin embargo, al ver que allí estaban Katia y Tate, maldijo. Olvidarla se le estaba haciendo muy complicado.

—Uy, cuñado —soltó Katia—, te estás dejando el pelo crecer demasiado para lo que a tí te gusta.

Aquella tenía razón. Markus pensaba poco en eso últimamente y no le daba tanta importancia.

—Ya me pasaré el lunes por el salón —le dijo evitando mirar hacia donde estaban.

A continuación, aquel saludó a sus sobrinos y Tessa cerró la puerta.

Como veía que Markus se olvidaba de ellas, le sugirió:

—Hermanito, Tate está aquí. ¿No saludas a tu "amiga"?

Lo que dijo incomodó a ambos, pero más a él. Ya bastante tenía con lo suyo, como para aguantar a esas cotillas.

—Hola, Tate —dijo desde donde estaba.

—¿Tate? ¿No la llamabas «señorita Brooks»?

Markus quiso matar a la bocazas de su hermana, mientras la otra pensaba lo mismo que Tessa. Pocas veces la había llamado por su nombre y se le hizo raro.

—Vamos a ver, ¿pero qué ha pasado? —los interrogó Katia.

—Nada que os interese —repuso él queriendo evitar el tema.

— No puede ser — murmuró Tessa llevándose la mano a la boca y mirando a su hermano—. ¿No has podido sentar la cabeza, verdad? ¿Ya te has ido con otra? Vaya decepción, Markus. Nunca cambiarás.

A él le enfadó aquello, pues era mentira y nunca haría eso. Y menos, a Tate. Habría que ser demasiado idiota.

—Tessa, déjalo —intervino la del pelo azul—. Él no ha hecho nada.

—¿Y entonces? —inquirieron las otras dos.

Eso hizo que tanto Markus como Tate se miraran a la distancia y él les contó disimulando su inquietud:

— Es solo que hay rollos que llegan a su fin naturalmente. Nada más.

—Sí —lo apoyó ella—, es eso.

—Jope —señaló Katia—, pues hacéis muy buena pareja.

Su cuñado estaba por decir «ojalá», pero se lo guardó. Jugó con sus sobrinos un buen rato, pero le era inevitable escuchar lo que decía Tate o mirarla de reojo. Aquello lo abrumó y como no soportaba estar más allí, fingió que lo llamaban y, tras hablar falsamente con alguien unos segundos, se despidió y se marchó.

A Tate le hubiera gustado hablar con él, pero ya veía que no sería posible, por lo que decidió sacar un nuevo tema de conversación y olvidarse de ello.

CAPÍTULO 29

Al día siguiente, los Marshall fueron a la playa para que los niños disfrutaran. Eran las diez y media de la mañana y hacía un sol resplandeciente, por lo que lo primero que hicieron fue protegerlos con crema solar.

Además de ellos, Danika y Nadia también se apuntaron al plan. La idea era que solo la primera fuera, pero la otra se autoinvitó y Katia tuvo que morderse la lengua. Y más, cuando aquella se desvistió y observó el bikini blanco que llevaba. El tanga mostraba perfectamente su trasero y el sujetador de triángulos algo pequeños en comparación de sus pechos la incomodó.

Por otro lado, Markus habría deseado no ir con ellos, pues no había más playa, que habían tenido que ir a la zona donde estaba el bar en el que trabajaba Tate.

Antes de meterse en la arena, habían pasado junto a aquel y él no había evitado mirar en busca de ella. Aunque cuando la vio con el mandil en la cintura y su pelo azul recogido en un sencillo moño y unos mechones sueltos, se arrepintió. ¿Por qué era tan bonita y tan inalcanzable a la vez?

Cuando él y su hermano James se quitaron las camisetas de tirantes que llevaban, Tessa los silbó graciosa y comentó:

—Pero qué machotes que sois.

Aquellos se rieron, aunque Katia se percató de que Nadia miraba demasiado a su marido, por lo que fue ella la que se

desvisitó luego junto a sus cuñadas.

Ella no llevaba un bikini tan llamativo y provocativo como la otra, pero se sintió bien cuando James se acercó y la besó:

—Princesa, estás preciosa.

La búlgara lo miró con amor, pero enseguida escuchó:

—¿Y esa cicatriz?

Enseguida, Katia miró a Nadia algo molesta, pero fue Sabrina quien intervino:

—Es lo que tiene ser madre.

Aquella agarró a su hijo Aaron en brazos, que llevaba un bañador y un gorrito de pesca. Estaba muy mono y su madre no evitó comerselo a besos.

—¿Sabéis que hay operaciones para eso? —les sugirió Nadia —. Si quereis, puedo conseguiros cita en la clínica estética que voy. El doctor Torres es muy bueno.

Luego, aquella miró a Sabrina y, con una encantadora sonrisa, le preguntó:

— ¿Y tú vas al gimnasio? Está claro que con el embarazo reciente…

Tanto Sabrina como Katia se miraron atónitas por lo que les había dicho acerca de sus físicos.

— Pues a mi me encanta la cicatriz — añadió James acariciándosela a su mujer — . Me recuerda a que de ahí salió mi princesita.

Al oírlo, su hija sonrió y se acercó a él para que la cogiera en brazos.

—Papi, ¿vamos al agua?

Tras eso, Markus y él se llevaron a los pequeños hacia la orilla. Aunque Alexei fue directo a meterse al agua. Ya era mayor.

Como Vera, Lexie y Mila llevaban manguitos, Lucas, Markus y James las ayudaron a meterse progresivamente.

Sin embargo, el mayor de los Marshall se percató de que Danika se quedaba en la orilla sin meterse.

—Vamos —la apremió él agarrándola del brazo.

No obstante, ella se deshizo y le contó:

—Yo prefiero quedarme aquí. Tengo malas experiencias.

—¿Y eso? —se interesó él.

—Casi me ahogo un par de veces.

James lo comprendió y asintió.

—Si te animas, yo estaré a tu lado si lo necesitas.

Ella le sonrió candorosamente y se lo agradeció con la mirada.

Mientras los niños y ellos estaban en el agua, en las toallas, las otras hablaban. Aunque Nadia no les estaba cayendo muy bien ni a Sabrina ni a Tessa por las perlas que soltaba por la boca.

— Es curioso que ninguno de vuestros hijos haya salido a James —declaró la eslovaca mientras tomaba el sol con sus gafas de sol puestas—. Está claro que sus genes predominaron en Danika.

Katia no la soportaba, pero le explicó:

—Cuando nos conocimos, Alexei tenía cinco años y yo estaba casada, pero ambos se quieren como padre e hijo.

—Vaya —murmuró la otra—, está claro que al americano le siguen yendo las casadas. Parece que no aprende — repuso con gracia.

La otra quiso responderle no muy bonito, pero queriendo evitar malos rollos, se levantó y se fue al agua con Tessa.

—Esa mujer es insoportable —confesó la morena cuando se alejaron.

—Y una zorra. ¿No has visto lo que lleva?

Cuando llegaron a la orilla, se acercaron a Danika, que no se metía.

—¿Te vienes? —le preguntaron.

Aquella les explicó su miedo y lo entendieron, por lo que se acabaron zambullendo en el agua.

Tessa se puso junto a Vera, que estaba muy mona con sus manguitos.

—¿Te lo pasas bien? —le preguntó con señas.

Ella asintió y eso le encantó a la otra.

—¿Todo bien, princesa? —se interesó James viendo el gesto serio de su mujer.

—Solo que odio que haya venido tu vieja amiga. Si seguía en la toalla más segundos, le habría dicho unas cuantas cosas.

Estuvieron un rato jugando todos en el agua e, incluso, Sabrina metió un poco a Aaron, que pareció disfrutarlo.

Cuando regresaron a las toallas, donde estaban Nadia y su hija, todos se tumbaron, aunque Lexie y Mila fueron a molestar a su tío.

—Tío Markus, ¿nos compras unos helados?

Él, que ya se había acomodado en la toalla, bufó. No le apetecía nada moverse.

—La señorita Brooks me dijo ayer que tienen nuevos —afirmó Mila.

—Venga, hermanito —lo apremió Tessa.

—Sí —afirmó James levantándose—, vamos.

Lo cierto era que este último sospechaba que algo no iba bien. Su hermano estaba diferente y su mujer ya le había dicho que aquellos dos ya no eran tan amigos. Por ello, quería hablar con él.

Markus acabó cediendo por la presión de sus sobrinas y ambos se marcharon con los niños en dirección al bar.

Como los pequeños iban delante, James lo interrogó.

—¿Qué tal llevas ese tema? ¿Ha pasado algo?

—Para ser claros —repuso él necesitado de hablar de ello—, me sinceré con ella en el santuario y ella me dejó claro que entre nosotros no habrá más que una amistad.

James notó que aquel lo decía sin mucho entusiasmo y entendió su cambio de humor esos días.

— Y yo siento que necesito tomar distancia para intentar olvidarla, pero…

—No puedes —terminó el otro.

Markus lo miró entonces y asintió. Era complicado hacerlo. Y más, si se la encontraba allí o en casa de su hermana.

Una vez en el local, andaron por la terraza y, como ambos iban sin camiseta, varias mujeres los miraron. Incluidas, las camareras. Pero ninguno de los dos se interesó. En un pasado, Markus les habría guiñado el ojo y, seguramente, se hubiera puesto a flirtear con ellas para conseguir sus números. Sin embargo, Tate había sido un gran cambio en su vida.

Aquella estaba hablando en la barra con Jennifer, una de sus compañeras que era muy divertida y con la que se reía mucho.

— Pues sí, Tate, estaba en el coche con Brandon y cuando fuimos a…

Pero su compañera dejó de hablar y la otra se inquietó, aunque notó que miraba por encima de su hombro. Por ello, se giró y se encontró con los Marshall. Que Markus no llevara camiseta le alegró mucho la vista y recordó sus buenos momentos bajo las sábanas. Era una gran tentación y a veces sentía ganas de llamarlo para acostarse, pero como sabía que recibiría un «no» se olvidaba enseguida. Por ese motivo, se tocaba con los vídeos de ellos juntos. Ese era su único remedio.

—¡Señorita Brooks! —la saludaron las niñas.

—Hola, alien —le dijo Lucas.

Ella se alegró de verlos y salió de la barra para agacharse con ellos y abrazarlos.

—Vaya, vaya —comentó su compañera recorriendo los torsos de ellos—. ¿Los conoces?

— Son amigos, Jennifer, y me temo que quieren un helado ¿verdad? — inquirió mirando a los pequeños, que asintieron enseguida.

—¿Y los machitos también? —quiso saber aquella sonriéndole a Markus.

—Yo estoy bien —declaró aquel, que evitaba mirar a Tate.

Tate se los llevó al congelador donde tenían los helados y los niños fueron eligiéndolos.

Cuando todos tuvieron el suyo, se los empezaron a comer y James miró a su hermano y le dijo:

—¿Pagas tú? Yo me he dejado la cartera en las toallas.

El otro quiso maldecir, pero como vio que los niños empezaban a alejarse, él se quedó a solas con Tate en silencio.

—¿Qué tal todo, Markus? —se interesó ella.

—Bien —se limitó a decir él antes de entrar en el interior para ir a pagar.

Ella le cobró y deseó que él le hablara más. Sin embargo, pagó rápido y no quiso ni el cambio.

—Adiós —se despidió ella al verlo salir enseguida de allí.

Sin duda, el que había sido su amigo estaba diferente y, sin poder remediarlo, ella se culpó. Aunque sentía que había hecho lo correcto. ¿Qué clase de persona sería si no le hubiera sido sincera?

— Bueno…bueno. ¿Quién es ese bombón? — le cuchicheó entonces su compañera.

—Sus sobrinas iban a mi clase este año y me llevo bien con la familia.

—Pues ya podrías presentármelo otro día —le sugirió ella con una sonrisa picarona—. Está buenísimo.

La otra se rio y regresaron al trabajo. Se acercaba la hora de comer y eso se llenaría de familias.

◆ ◆ ◆

Al mediodía, Danika y su madre se quedaron a comer en la casa de James y Katia. Nadia había insistido y James había acabado cediendo para disgusto de su mujer.

Mientras él y sus hijos veían la tele en el salón y preparaban la mesa, las otras tres estaban liadas en la cocina. A Danika se le daba bien. No como a su madre, que solo estaba sentada mirándolas.

Estaban haciendo unas hamburguesas a la plancha y, además, Katia preparaba una ensalada *shopska* típica de su país. Esta llevaba tomate, pimiento y pepino y una gran capa de queso por encima con aceite y vinagre. Al ver aquello, Nadia la paró:

—¿Pero cómo le pones tanta grasa mala a una ensalada?

—Es así y a todos nos gusta —declaró la búlgara sin querer discutir.

Por ello, mientras Danika controlaba las patatas que se freían, se encargó de las hamburguesas ignorando a la eslovaca.

Cuando terminaron, Katia cortó un poco de pan, pero torpemente se cortó en un dedo con el cuchillo.

—¡Joder! —se quejó del dolor.

Como era el dedo en el que llevaba su alianza, se la quitó para que no se manchara de sangre y la dejó en la mesa antes de salir al salón en busca de James. Este vio lo que pasaba y se la llevó enseguida al baño. Allí la curó y le vendó el dedo.

—A veces soy tan patosa —dijo ella.

—Pero eres mi patosa, princesa —comentó él sonriéndole.

Cuando regresaron al salón, sus hijos y las otras ya estaban en la mesa.

—¿Estás bien, Katia? —se preocupó Danika.

—Sí —afirmó ella enseñándole el dedo vendado—. Ya está arreglado.

—Yo por eso no cocino —soltó Nadia.

Katia se reservó lo que pensaba y ella y su marido se sentaron a la mesa.

Empezaron a comer y Alexei le comentó a su padre:

—Papá, ¿vamos a ir a ver el partido de los Cleveland Browns por mi cumple?

—Siiiiiii —señaló su hermana—. Yo quiero.

—Por supuesto —declaró él—. Ya tengo las entradas.

Eso les gustó a ambos y, recordando algo, James miró a Danika y le comentó:

—Es cierto, ¿decías que te gustaba la NFL, no?

—Para mi desgracia —intervino Nadia—. Ese es un deporte de chicos.

—¡No! —exclamó Mila mirando mal a aquella.

—El deporte no tiene géneros —señaló Katia—. Y Danika o cualquier otra chica puede verlo y jugarlo.

La otra resopló dándole un trago a su vaso de agua.

—¿Quieres venir tú también? —le ofreció James a Danika.

—No puede —murmuró Mila—. No hay más entradas.

James miró a su hija y la riñó con la mirada.

— Aún quedan unas semanas y se pueden conseguir — declaró él mirando a su otra hija.

Ella miró entonces a su madre, que no le hacía mucha gracia aquello. Sin embargo, acabó cediendo y los otros, menos Mila, lo celebraron.

Después de comer, los niños se pusieron a ver algo en la tele con Danika y Nadia le pidió a James:

—¿Podemos hablar? He de comentarte algo.

Katia se inquietó por ello, pero le urgía ir al baño y se levantó de la mesa para ir.

—Verás —le expuso la mujer a James en un tono más bajo—, me ha surgido un problema y necesito tu ayuda.

—¿De qué se trata?

— Esta semana he tenido un problema con el banco y los ingresos de mi empresa, ya que por un fallo me han congelado la cuenta y no puedo sacar nada de allí. Hasta que no lo arregle no podré volver a usarla y estoy un poco angustiada, porque esta semana he de pagar la matrícula de Danika en el conservatorio y la equitación para el año que viene y en otras cuentas no tengo lo suficiente, ya que la principal es la que me han bloqueado. Si no lo pago, ella se quedará fuera y no me gustaría darle ese disgusto. Sabes que la música es lo que le fascina y…

—¿Y en qué puedo ayudarte yo? —se interesó él.

Ella, que ya no tenía esa fachada de prepotente, miró en dirección a Danika, que hablaba con Alexei, y suspiró:

— Me preguntaba si tú podrías dejarme lo que necesito. No olvido la amistad que tuvimos, aunque terminara mal y ahora que Danika está tan contenta de poder tener relación contigo…

James miró a la chica también. Lo cierto era que le gustaba poder ser cercano a ella. Poco a poco, iban cogiendo confianza y le parecía una joven excepcional. Sus modales y lo tranquila que era les gustaba tanto a él como a su mujer. Por ello, no se lo pensó más y aceptó ayudarla. Si eso le pasara con Alexei y su pasión por el fútbol americano, haría lo posible por ayudarlo.

—Cuenta conmigo —declaró él.

Entonces, ella sonrió y se lo agradeció con un abrazo.

En ese momento, Katia regresó y se descolocó al verlos así.

—¿Pasa algo? —les preguntó para interrumpirlos.

Aquellos se separaron y Nadia le contó:

—Nada, que tienes un marido muy bueno.

James apreció sus palabras y a Katia no le gustó ver que le sonreía. Sin embargo, disimuló y se sentó para seguir hablando. Cuando aquellas se marcharan hablaría con él.

Por la noche, su marido se lo contó en la cama y, aunque no soportaba a esa mujer, entendió lo que había hecho por Danika. Aquella, por suerte, no era como la otra.

—¿Puedo preguntarte algo? —le interrogó ella.

Él asintió y se acurrucaron en cucharita.

—¿Cómo pudiste fijarte en alguien como Nadia?

—Princesa, apenas tenía veinte años y no pensaba igual que ahora. ¿Te sirve esta respuesta? — añadió él entrelazando sus manos.

—Sí, cielo.

—Qué lástima que te hayas cortado en el dedo de la alianza.

Al escucharlo, ella cayó en algo y, sin decir nada, se levantó y salió de la habitación. James, que no entendía nada, la siguió hasta la cocina.

Katia buscó su alianza. Recordó habérsela quitado por el corte, pero no la veía.

—¿Qué pasa? —se preocupó James.

—Mi allianza no está. Me la quité cuando me corté.

La rubia siguió buscando por todas partes, pero James la agarró y se la llevó a la habitación.

—Ya aparecerá mañana, tranquila. Ahora descansemos.

A Katia no le hizo gracia aquello. Pues no era lo primero que perdía y eso la inquietaba. Su anillo de pedida no aparecía tampoco. Había desmontado el joyero y no estaba por ningún sitio.

—Cariño, aquí están desapareciendo cosas. ¿Tú no lo notas?

—No —comentó él—. ¿Es por lo del otro anillo? ¿Aún no ha aparecido?

Ella negó con la cabeza.

—Qué raro —declaró él—. Tendremos que hacer limpieza a fondo un día de estos. A lo mejor Mila lo ha cogido y lo ha dejado por algún sitio tirado. Ya sabes que muchas veces me ha cogido móvil y lo ha escondido. Mañana le preguntaremos.

Tras eso, ambos se metieron en la cama, apagaron las luces y se durmieron abrazados.

CAPÍTULO 30

Oliver parecía estar ya listo para curarse de la leucemia que lo había estado atacando esos últimos años. Iba regularmente al hospital para controlar que todo fuera bien y su hermana se encargaba de que no se olvidara de tomar ninguna medicación. Eso lo hacía ser estricta, pero el chico sabía que era porque la situación lo requería.

En su día de descanso, Tate decidió ir con él al cine a ver una película de terror. Ese género les encantaba y estrenaban una nueva película. Compraron palomitas y bebidas y se dirigieron a la sala.

Como quedaban unos minutos para que empezara, se pusieron a hablar.

—Cuando fui ayer a ver al doctor Ronson, Paula entró y me aseguró que si su bebé es un niño lo llamará como yo —le comentó su hermano.

—Eso es perfecto, calvorotas. Por cierto, me encanta ver que ya te va creciendo un poco el pelo. Ahora te pareces a Markus con su rapado.

Al decir eso, la joven pensó en aquel. Se preguntaría qué estaba haciendo y esperaba que ya estuviera mejor.

—Me caía bien —añadió Oliver llevándose unas palomitas a la boca—. Sinceramente, pensé que llegaríais a ser algo.

Que creyera eso le recordó a cuando Markus le confesó sus sentimientos. En realidad, no se olvidaba de la ilusión que vio en su rostro ese día. Que le dijera que no se la podía sacar de la cabeza y que no la veía solo como una amiga, fue bonito y sorprendente de su parte. Con él se sentía ella misma y extrañaba llamarse por esos motes.

A cada día que pasaba, tenía una sensación extraña. Una especie de vacío que no sabía explicar. La amistad con Markus había sido tan intensa en tan poco tiempo, que no se acaba de acostumbrar al contacto cero.

—Pudimos —se sinceró ella—, pero yo no lo permití.

—¿Y eso? —inquirió el otro sorprendido.

—Markus me confesó que sentía algo por mí, pero ya sabes que a mí no me llaman las relaciones.

Oliver cabeceó, mientras otras personas entraban a la sala para sentarse.

—Y por eso eres idiota, pelos azules.

—Oye —protestó ella soltándole un guantazo de broma.

—Es la verdad, Tate. Recuerdo que el primer día que vino contigo, se lo veía ligón. Pero si él te ha dicho que siente algo, sin duda, eres muy tonta. ¿Acaso te olvidas de lo bien que ha actuado siempre con nosotros? Venía a verme, ayudó a mamá cuando le pasó lo del coche y se os veía bien. Incluso, como una pareja.

Tate sabía bien eso. Nunca había tenido en su vida alguien que hiciera tanto por ella, a parte de su madre. Sí, era cierto que cuando lo conoció era un ligón y que hubiera generado sentimientos era alucinante. Ella lo apreciaba, pero no había tenido nunca una relación y no estaba segura de que ese aprecio fuera el mismo que el que Markus sentía y no quería herirle de verdad. Pues no se lo perdonaría.

Poco después, la película comenzó y se olvidaron de todo lo demás.

CAPÍTULO 31

Un fin de semana, los tres matrimonios Marshall se pusieron de acuerdo y decidieron organizar una escapada para los seis de una noche a un resort. Querían una velada íntima y para ellos antes de que acabaran las vacaciones de verano.

Por ello, Markus debía de quedarse con sus sobrinos y, como los adoraba, no puso conjeturas. Sus hermanos, sus cuñadas y su cuñado necesitaban desconectar. Aunque él también lo necesitaba.

El joven acudió por la tarde a la casa de Nick y Sabrina, ya que allí dejarían a todos, menos a Alexei, que pasaría la noche en casa de un amigo de su equipo.

Cuando llegó a la casa, llamó al timbre de la entrada y enseguida le abrieron la puerta. Pasó por el jardín, donde las mascotas de su hermano correteaban junto a Lexie y Vera.

Al verlo, los animales fueron hacia él y se agachó para acariciarlos. Honestamente, aún le parecía raro que su hermano tuviera un cordero, pero Steven ya era uno más de la familia.

—Tío Markus, estás muy guapo —le piropeó Lexie.

Si algo tenía su sobrina, era que le encantaba hacer la pelota.

—Y tú también con tu faldita, cielo —repuso él.

— Papi me la compró el otro día, porque tiene una princesa que me gusta mucho —le explicó enseñándole el dibujo de aquella

que tenía en la esquina.

En ese momento, llamaron al timbre de nuevo y él se levantó. Seguramente sería James, porque no veía a Mila.

Sin embargo, cuando vio quién era, se desconcertó.

—Vaya…Hola, Markus —lo saludó Tate, que llevaba un mono veraniego,

— Hola, señorita Brooks — la saludaron Lexie y Vera. Esta última con señas.

—Hola, pequeñas. ¿Estáis preparadas para pasarlo bien?

Ambas asintieron y Markus, que aún no había dicho nada, añadió:

—Con su tío siempre se lo pasan bien.

Eso a Tate le extrañó y le preguntó:

—¿Tú te vas con tus hermanos?

El otro frunció el ceño y respondió:

—Yo he venido a quedarme con los niños. ¿Y tú?

Al oírlo, la joven achinó los ojos y eso a él lo debilitó.

—Pues a mí me lo pidió el otro día tu hermana y he venido por eso. Creí que…

Entonces, la morena salió del interior de la casa junto a sus cuñadas y anunció:

—¡Ya están aquí los canguros!

Enseguida, Markus maldijo. Parecía que el universo quisiera fastidiarlo. Al final, tendría que irse a una isla desierta para poder superar a Tate. No pasaba ni una semana entera sin verla. Siempre se encontraba con ella en casa de su hermana, en el salón de Katia

o el otro día en el bar y era una tortura. Pero esa vez lo sería más, porque no podría largarse como solía hacer.

— Pensaba que estaría yo solo — comentó él cruzándose de brazos por el descoloque.

— Ya, bueno — añadió Sabrina mirando a sus cuñadas cómplicemente —, pensamos que sería mejor que estuvierais dos. Aaron necesita mucha atención.

Markus sospechó que ese no era el motivo, pero no quiso discutir. Además, tenían razón. Dos serían mejor que uno para cinco niños.

Tras eso, esta última entró y se dirigieron al interior de la casa con las mascotas. Allí se encontraban Mila y Lucas mirando uno de sus cómics y sus padres.

— Chicos — llamó Sabrina a los niños —, vamos. Toca despedirse.

Dicho eso, todos se abrazaron con todos y Tate, que tenía a Aaron en brazos, vio salir a aquellos junto a Markus. Sabía que él no estaría cómodo, pero realmente le gustó ese cambio de planes.

Como eran las tres y media de la tarde y hacía calor, decidieron salir al jardín para jugar con los niños a mojarse con una manguera que había. Markus siempre la usaba y los acribillaba. Aunque esa vez, Tate fue la que los atacó más. Los niños corrían y ella lo hacía tras ellos.

Markus estaba algo cohibido por tener a la joven allí, por lo que no se soltó mucho.

Ella lo notó y, por tal de que fuera el chico que conocía, se volvió hacia él y lo mojó enterito. Eso hizo que a él se le pegara la camiseta que llevaba y ella babeara. No dejaba de ser tentador.

— El tío Markus se ha empapaaaaadooooo — canturrearon Mila y Lexie tronchándose de la risa.

Markus no se esperaba ese ataque y, al ver que todos reían, incluido Tate, no evitó contagiarse de ellos. Aquello le recordó su pelea con la paja y, deseando vengarse, les indicó poniendo gesto serio:

—Ahora vuelvo.

Eso extrañó a la otra, pero siguió persiguiendo a los niños para mojarlos.

En un momento, se quedó parada para descansar y vio que los pequeños la miraban fijamente.

—¿Qué ocurre, pequeñines?

Entonces, Tate sintió que algo le caía encima y explotaba empapándola entera.

Markus, que había ido a por los globos de agua que sabía que su hermano tenía, no lo había podido remediar y llenó uno grande para tirarselo desde la ventana del piso superior.

— ¡Por Dios! — gritó la joven dándose la vuelta y viéndolo asomado.

El otro les tiró la caja de globos y anunció:

—¡Guerra de globos, señorita Brooks!

Tate no se esperaba aquello de él, pero al verlo de buen rollo lo disfrutó.

Él bajó y se pusieron a llenar globos y a ponerlos en dos cubos, mientras el pequeño Aaron miraba todo desde su mecedora en un rincón.

— Nos dividiremos en dos equipos — indicó Tate una vez estuvieron los cubos hasta arriba de globos—. ¿Quiénes se vienen conmigo?

Enseguida, Vera se le acercó y Lexie también, por lo que el otro equipo lo conformaron Markus, Lucas y Mila.

—Prepárate, señor Marshall —le avisó en tono desafiante—, porque sabes que me voy a vengar del globo de antes.

— Prepárate tú, señorita Brooks. Has sido muy mala últimamente.

Aquello lo entendió, pero no quiso darle más importancia.

—¡Hemos de exterminar a este alien! —soltó Lucas.

Eso los hizo reír y cada equipo fue hacia su cubo. Cada uno cogió un par de globos y cuando todos estuvieron listos, Tate bramó:

—¡Ya!

Vera fue enseguida a por su hermano y Lexie a por su prima y se empezaron a atacar, mientras que los otros dos no se quedaron atrás. Tate le estampó un globo en la cabeza a Markus y este se la devolvió en sus pechos.

—Serás cerdo, señor Marshall —le espetó ella incrédula.

Él se rio, a pesar de que ver que los pezones de ella se marcaban con el mono que llevaba lo estaba matando.

En modo venganza, ella disparó hacia su entrepierna con fuerza y él alucinó.

—Controla tu fuerza, señorita Brooks. ¿Es que acaso quieres dejarme sin hijos?

Ella se giró entonces para ir a por más globos y él le atacó en el trasero. Por ello, cogió dos globos y fue corriendo hasta él para estampárselos a la vez. Sin embargo, como el césped estaba muy mojado, dio un traspié y, si no fuera por la rapidez de él, se habría dado una buena contra el suelo.

Al sentirse entre sus brazos ella no pudo evitar mirarlo a los ojos y él tampoco a los suyos. Sus caras estaban a escasos centímetros y la tensión se hizo presente.

—Más cuidado, señorita Brooks.

Los labios de él se le hicieron tan cercanos que, sin razonar, los besó. Los echaba de menos.

Entonces, los niños pararon su guerra y los miraron.

—¿Sois novios? —preguntó Lexie.

Al oírla, ambos se separaron y Markus no supo cómo sentirse. Al haberla tenido tan cerca, sus instintos más profundos le habían dicho que la besara, pero como ella lo hizo, no pudo pensar más. Su iniciativa lo desconcertó por completo, aunque había agradecido poder sentir aquellos finos labios de nuevo.

Los niños los miraron a la espera de una respuesta, pero como ella aún tenía un globo que se había salvado, se lo tiró a Lucas.

—Eso por llamarme alien.

Aquello hizo que volvieran al ataque, pero tanto Markus como Tate se sintieron diferentes.

Cuando terminaron, fueron a por unas toallas para secarse y Aaron rompió a llorar, por lo que la joven le dio uno de los biberones que Sabrina había dejado preparados. Se sentó en una tumbona con él y, poco después, Markus apareció y la cubrió con una toalla.

—Gracias —se lo agradeció ella sonriéndole.

Como necesitaba hablar de lo que había pasado, él se sentó junto a ella.

—Tate, sobre lo que ha pasado…

—Sí, lo siento —se disculpó.

—¿Lo siento? —inquirió él.

Para nada necesitaba su disculpa. Aunque no se repitiera, lo había disfrutado.

—Si te digo la verdad, me ha salido solo.

Eso a él lo conmovió y en su interior empezaron a aflorar unas ideas que sabía que no le hacían bien, pero necesitaba creerlo.

—¿Y por qué crees que ha sido?

—Pues…no sé. Echo de menos hacerlo y otras muchas cosas.

—¿En serio?

Tate asintió. No iba a mentirle después de lo que había pasado.

—Yo también te extraño, señorita Brooks —confesó él

Ambos se miraron entonces, pero un olor empezó a asquearlos y Tate miró Aaron.

—Menuda cacota te has hecho, bonito.

El bebé se rio y la joven se lo llevó dentro para cambiarlo. Eso también la ayudaría a aclararse la mente acerca de Markus. Ahora no sabía qué sentía. Se extrañaban y notaba que estaban haciendo el idiota por estar distanciados. Sin embargo, aún no sabía lo que en realidad sentía por él y no quería precipitarse. Aunque el beso le había dejado claro a la joven que ese aprecio era algo serio.

◆ ◆ ◆

Para cenar, habían acordado con Rick que les trajera comida del restaurante y este apareció con varias bolsas.

—Abuelo ¿me has traído lasaña? —le preguntó Lexie al verlo entrar al jardín.

—Por supuesto —le aseguró él sonriéndole.

Los demás pusieron la mesa en el salón y Tate le empezó a dar su biberón a Aaron, que al ver a su abuelo alargó sus bracitos y dejó de beber. La otra le acercó el biberón de nuevo, pero el pequeño quería ir con Rick.

—Parece que esta cosita quiere que lo cojas —afirmó la joven acercándose al hombre.

—Pues dámelo —la apremió el otro—. Hace días que no veo a mi nieto.

Rick se puso a hacerle monerías al niño y Tate llevó las bolsas a la cocina con Markus, mientras los niños reían con el hombre. Ambos no habían hablado nada más acerca de lo ocurrido.

—Qué bien huele todo —soltó Tate oliendo las bolsas.

— Aún recuerdo la primera vez que me dejaste llevarte a cenar —murmuró Markus abriendo unas bandejas de lasaña—. Por entonces, me llamabas acosador y capullo.

Eso a ella le hizo gracia y sonrió. Parecía que fuera ayer ese día y se dio cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo.

— Pues me gusta más el otro Markus que he conocido. El Markus con el que puedo pelearme como niños y el Markus que…

Sin poder contenerse, él la besó. Sabía que eso empeoraría las cosas, pero era lo que sentía y no podía remediarlo. Esas palabras lo hicieron lanzarse.

Por su parte, Tate no se apartó. Con el beso de antes, aquel deseo por Markus que llevaba días inactivo despertó y no quiso frenar nada. Aunque pronto, otros se lo interrumpieron.

— ¡Se están besando! —exclamó Lexie junto a sus primos, que cuchicheaban también.

Eso los hizo separarse y Rick le dijo a Markus:

—Ya era hora, muchacho.

En lugar de sentirse incómodos por la presencia de aquellos, ambos se miraron y se rieron.

Tate estaba dudando de lo que por un lado sentía querer. Markus era el mejor amigo que había aparecido en su vida. Hacía de todo: la ayudaba, la hacía reír y le ofrecía un sexo muy placentero. No obstante, lo que más le hacía dudar de lo que debería hacer era ese vacío que sentía desde que ya no se veían. Nunca le había pasado con nadie y eso era lo que la aterraba. ¿Esa sensación desaparecería con el tiempo y la distancia o solo estaba perdiendo el tiempo intentando evitar lo que en el fondo deseaba? ¿Pero qué deseaba? Tate no sabía de relaciones. Pensaba que era algo muy serio entre dos personas. No temía que él la pudiera dañar, sino que temía más por lo que pudiera hacer ella. ¿Y si no le gustaba estar en pareja? ¿Y si no se acababa de acostumbrar y se cargaba las ilusiones de Markus por meterse en un compromiso del que no estaba segura? Sin querer pensar más en ello, soltó:

—¿Quién quiere cenar? Me muero de hambre.

A continuación, Rick se marchó de regreso al restaurante y los jóvenes y los niños se sentaron a la mesa.

—Señorita Brooks, ¿vas a ser nuestra tía? —le interrogó Mila entusiasmada.

—Síiiiiiiiiii —añadió Lexie mirando a su tío—. Tío Markus, yo quiero que sea mi tía.

Aquel le habría dicho que él también lo deseaba, pero eso era un tema entre ellos y no quería presionarla.

Tate no sabía qué decir. Adoraba a esas pequeñas, pero no quería darles tampoco falsas esperanzas.

— Somos amigos — declaró ella mirando al otro — , de momento.

Eso último a él lo inquietó. Algo le decía que quizás se lo estuviera pensando y sonrió por dentro.

—Jooooooo —se quejaron las niñas y Vera la miró también disgustada.

Tras eso, empezaron a cenar y Lucas los deleitó a todos con el argumento del nuevo cómic que se estaba leyendo. Algo que aburrió un poco a Lexie, ya que a ella le parecía muy friki eso.

Cuando aún no habían terminado, el timbre sonó y tanto Tate como Markus se extrañaron. Pues no esperaban a nadie.

Por ello, él salió al jardín y fue hasta la puerta para abrirla. La otra lo acompañó junto a Mila y se sorprendió al ver que Danika estaba allí sola.

—Vaya, ¿qué haces aquí? —se interesaron ambos, mientras la niña le regalaba una antipática mirada a aquella.

— Hola, chicos. Siento molestar, pero he quedado con unas amigas y no he caído en que me he dejado las llaves en casa. Mi madre está en Mansfield por una reunión con sus socios y no tengo a donde ir. James mencionó el otro día que estaríais aquí y se me ha ocurrido venir.

Enseguida, la hicieron entrar.

—Qué lástima —declaró Tate—, pero tranquila, aquí hay sitio para todos.

— Justo estábamos cenando — le contó Markus al entrar al salón—. ¿Te apetece algo?

—No, gracias, ya he comido algo hace poco.

Cuando terminaron de cenar, Markus se llevó a Danika a por varios colchones para poner en el salón. Siempre que sus sobrinos dormían juntos, les montaban aquello para sus pijamadas.

Al mismo tiempo, Tate se llevó a los niños para que se pusieran los pijamas y se encargó de dormir al pequeño Aaron.

Mientras la joven lo acurrucaba en su cuna en la habitación de Nick y Sabrina, escuchó:

—¿Necesitas ayuda?

Tate se giró y se encontró con Danika, que miraba la habitación con curiosidad.

— No, tranquila — repuso Tate saliendo de allí —, pero no hablemos mucho aquí o se despertará. Sabrina ya me ha dicho que es sensible a los ruidos.

La otra asintió y dejaron la puerta entreabierta por si lloraba.

Una vez en el salón, vieron a Markus montar una especie de cabaña con unas sábanas.

—¿Y esto? —inquirió sorprendida.

Él la miró y Lexie soltó:

—Es la cabaña de las pijamadas, señorita Brooks.

—Oh, suena divertido —apostilló ella.

Entonces, los ayudó a acabar de montarla y los cuatro niños se metieron dentro y se tumbaron.

Markus puso una película de dibujos y sus sobrinos se abstrajeron mirándola.

Por su parte, él se sentó entre las otras dos, aunque más cerca de Tate y ella lo notó. Queriendo más cercanía, ella se movió y sus piernas llegaron a rozarse.

Markus la miró. Tate fingía ver la película, pero notaba esa mirada encima de ella. Tenía tal cacao en la cabeza en referencia a su amigo, que acabó agarrándolo de brazo y se levantó con él.

El joven se dejó llevar y Tate le indicó a Danika:

—Ahora volvemos.

Aquella asintió y ambos salieron al jardín.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él.

Ella lo soltó entonces y, pensando bien lo que quería decirle, declaró:

—Necesito hablar de esto con alguien o me va a explotar la cabeza.

Markus se preocupó por eso y esperó a que le contara aquello.

—Mira, Markus, esto es muy dificil para mí. Somos amigos y me encanta tenerte en mi vida. La distancia no me gusta y me estoy dando cuenta de algo que me tiene dudosa.

— A mí tampoco me gusta, señorita Brooks — confesó él acercándose a ella y apartándole un mechón azul tras la oreja.

Ella se deshizo por ese gesto y se lanzó a besarlo. Cosa que él aceptó encantado.

—Señor Marshall, estoy perdida —declaró ella al separarse.

A él le hizo gracia el mote y se interesó:

—¿Y eso por qué?

—Pues porque me gusta esto que acabo de hacer, pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué? —inquirió él.

— A dejarme llevar por lo que siento y que no salga bien y que tú…

Pero él la besó y no pudo terminar.

— No hay nada que temer, señorita Brooks — afirmó él agarrando el rostro de ella entre sus manos — . Yo también tuve miedo. Mis sentimientos hacia ti han sido algo nuevo en mi vida y me aterraron al principio. Sin embargo, llegué a ser valiente para hablarte de ellos, aunque tú me rechazaras. Y, a pesar de que me dolió y aún lo sigue haciendo, no me arrepiento.

Tate se fijó en sus labios mientras decía aquello. Eran tan tentadores, que los atrapó como si de un imán de se tratara.

Markus estaba alucinando con lo que pasaba, pero lo estaba disfrutando totalmente. Parecía que ella empezaba a abrirse y no quería desaprovechar la ocasión.

— ¿Pero y si no me gusta tener una relación? No quiero empezar algo y que luego tú pagues mi …

Sin embargo, otro beso llegó y Tate sintió que si seguían así, no se separaría nunca de aquellos labios.

—Señorita Brooks, escúchame bien —le pidió aquel mirándola fijamente a sus ojazos — . Ambos somos nuevos en esto y nunca hemos sabido cómo es la vida en pareja. Aun así, algo en mi interior me dice que tú me importas y que vales la pena. Entiendo tu miedo a hacerme daño, pues lo que dices puede pasar. Pero déjame decirte una cosa: prefiero intentarlo y que salga mal a dejar pasar este tren.

Esas palabras conmovieron a Tate, que se dio cuenta de lo romántico que podía llegar a ser su amigo. Por ello, haciéndole caso, lo besó.

—De acuerdo, señor Marshall. Intentémoslo.

Eso a Markus le supo a gloria y la abrazó sintiéndose completamente reconfortado. Iba a aprovechar al máximo esa oportunidad para experimentar de una vez ese amor que tanto criticó a sus hermanos.

Cuando regresaron al salón, se encontraron a Danika llenando tres vasos de agua.

—¿Queréis? —se los ofreció—. Esta noche hace mucho calor y he pensado que quizás vosotros también querríais.

A Tate le sorprendía y le encantaba la amabilidad de esa chica de apenas dieciséis años. Últimamente esos modales ya no se veían mucho. Por ello, aceptó encantada el vaso que le tendía y Markus hizo lo mismo.

—Gracias, Danika —se lo agradecieron ambos.

Luego, regresaron al sofá. Esta vez, Tate se acurrucó con Markus y eso les llenó por dentro, pues habían extrañado esa cercanía.

◆ ◆ ◆

Vera se despertó y vio a sus primas y a su hermano durmiendo. La tele aún estaba encendida y en ella hacían un capítulo de la serie que a Mila le chiflaba.

Necesitaba ir al baño, por lo que salió de la cabaña y se levantó. Al hacerlo, observó que Markus y Tate también dormían.

Fue hacia el pasillo para ir al baño, ya que este estaba casi al final. Sin embargo, cuando pasó junto al cuarto de Nick y Sabrina, vio a Danika de espaldas rebuscando algo en una de las mesitas de noche. Aquello la inquietó y se quedó mirándola, pero al sentir que ella se giraba un poco, se apartó y se fue al baño. Allí hizo sus necesidades y, cuando salió sigilosamente, andó despacio.

Al estar cerca del cuarto en el que había visto a Danika, se paró y, cautelosamente, dio unos pasos y se asomó. Aunque aquella ya no estaba allí y eso la tranquilizó.

Pero, de pronto, sintió que alguien la cogía del brazo y se asustó. Al girarse, se encontró con Danika. Su gesto era oscuro y eso la aterró aun más.

La chica le apretó la muñeca y parecía que iba a decirle algo, en el momento en que aquella miró hacia un lado.

Lexie se había despertado también y fue corriendo a empezar a pegarla inútilmente, pues a sus ya cinco años poco podía hacer.

—¡Suelta a mi prima!

Danika la tiró al suelo sin soltar a Vera, que empezó a llorar del dolor.

Cuando la otra se levantó, se fue corriendo al salón para despertar a su tío y a Tate.

—¡Tío Markus! —gritó zarandeándolo del brazo—. ¡Señorita Brooks!

Pero estos no se despertaron, a diferencia de Mila y Lucas, que salieron de la cabaña.

En ese momento, Danika apareció con Vera llorando y tiró a la niña contra su hermano.

—¡Tío Markus! —lo llamó entonces Mila asustada, mientras Lucas abrazaba a Vera y miraba mal a la otra.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —le espetó aquel.

—¡Señorita Brooks! —insistió Lexie tocándola desesperadamente.

—Ni te molestes, idiota —le dijo Danika—. Esos dos no se despertarán en unas horas.

Aquello horrorizó a los niños y se miraron con miedo.

Entonces, escucharon los ladridos de los perros desde fuera. La puerta estaba cerrada y Lexie se fue hasta ella para abrirles.

Nunca dormían en el jardín. Sin embargo, Danika fue a por ella y la cogió para regresarla con los demás.

Sus primos no se quedaron quietos y fueron a pegar a Danika como pudieron. Aquella, que tenía a Lexie en brazos, perdió el equilibrio y Lucas la agarró de los pelos para que cayera de espaldas al suelo.

No obstante, el niño se quedó con su pelo en las manos y, fue entonces, que vieron la melena rubia de Danika.

Eso los sorprendió a todos y la otra lo aprovechó para deshacerse de ellos y tirarlos al suelo.

Mila se dio con una de las patas de la mesa en la cabeza y se puso a llorar.

—Eso te pasa por insoportable, maldita estúpida. A tu padre le ha valido ver que me parezco más a él que tú para aceptarme en su vida.

Lucas fue a socorrer a la pequeña, que lloraba mucho. Tanto como Vera, que se tocaba la muñeca del dolor. Danika le había dejado una marca.

—Cuando vengan nuestros padres se lo vamos a decir —le advirtió su hermano.

Danika se rio de un modo que nunca le habían visto. Aquella siempre había sido tranquila, pero ahora al verla con su pelo rubio y esa expresión parecía otra persona totalmente diferente.

—Yo de ti no lo haría, maldito gafotas. Sería una pena que alguien llamara a servicios sociales para decir que Tessa y Aiden os tratan muy mal. Eso os separaría de ellos y os llevaría a un centro donde no lo pasaríais muy bien. Sobre todo, tu hermanita la sordomuda —espetó mirando a aquella con desprecio, que estaba muy asustada.

A Lucas le aterró eso. Antes de llegar a la casa de los Davenport, el centro había sido un infierno para él. Ai volvía allí, se sentiría muy triste. Ya consideraba a aquel matrimonio como sus padres.

En ese momento, un teléfono empezó a sonar y Lexie fue hacia su tío. Era el suyo al que llamaban y soltó:

—Es el tío James.

Enseguida, Mila, que lloraba, fue a por el teléfono, pero Danika llegó hasta ellas y las empujó hacia la cabaña, que se desmontó por su peso.

La llamada terminó y, de pronto, empezaron a escuchar los lloros de Aaron.

Danika cogió entonces el móvil de Markus y se fue hacia la habitación en la que estaba el bebé.

◆ ◆ ◆

Eran cerca de las doce de la noche y los Marshall salieron del bar de copas del resort en el que habían disfrutado de música en directo y buenos cócteles. Aunque como siempre, Sabrina no tomó ni una gota de alcohol.

Desde que habían llegado, los seis habían desconectado por unas horas y se habían centrado en ellos. Sin embargo, como ya se iban a sus habitaciones, James decidió llamar a Markus para saber cómo iba todo con los niños y su amiga.

—Conociendo a vuestro hermano, seguro que los ha dejado ir a dormir hace poco —se mofó Sabrina.

— Pues ojalá que él y Tate se hayan acercado — comentó Tessa mientras James esperaba la respuesta de su hermano.

—Hacen muy buena pareja —declaró Katia.

Que aquellos dos hubiesen coincidido ese día no había sido casualidad.

—Como sois las mujeres… —murmuró Nick rodeando por la cintura a su mujer—. Pero sí, Markus tiene que sentar la cabeza algún día.

Aquel no le cogió la llamada a James y se sorprendió. Él solía estar despierto a esa hora.

—Pues no contesta.

—¿Markus? —inquirió graciosa Tessa—. Eso es que no lo habrá escuchado. Vuelve a llamarlo, sino llamaré a Tate.

Su hermano mayor lo hizo de nuevo y esta vez sí que se lo cogió.

—¿Qué pasa, Markus? ¿Liado con la profesora?

Los otros se rieron por aquello último.

—Hola, James —escuchó que decía Danika.

Eso lo inquietó, pues no contaba con que ella estuviera allí.

—¿Danika?

Aquello llamó la atención de los otros cinco.

—Sí, James. Me he dejado las llaves en casa y como mi madre no está en la ciudad he venido aquí.

—Has hecho bien, Danika —le indicó él.

Katia miró a su marido curiosa y este decidió poner el manos libres.

—¿Y dónde está mi hermano?

—Todos ya duermen, pero yo he escuchado la llamada y me he despertado. Además, Aaron se ha puesto a llorar y ahora iba a darle su biberón.

— Oh, muchas gracias, Danika — le dijo Sabrina — . Eres genial.

—¿Va todo bien? —se interesó entonces Tessa, mientras se escuchaba el llanto de Aaron.

—Perfectamente —le respondió la otra—. Hemos cenado y hemos visto una película. Incluso, Markus ha montado una especie de cabaña.

Al oírla, todos se rieron. Siempre se lo hacía a sus sobrinos.

— De acuerdo —convino James— . Pues no te molestamos más para que calmes a Aaron y sigas durmiendo.

—Buenas noches —se despidió Danika con su dulce voz.

Aquellos se las desearon también y colgaron.

— Hay que ver lo astuta que es esta hija tuya, James — comentó Sabrina.

Katia la escuchó y una sensación que la llevaba atacando desde hacía días se presentó en su interior. Esa semana había hecho una limpieza a fondo de su casa, pero ninguno de los anillos apareció por ningún lado. Aquello la frustró y empezó a pensar y a pensar. Lo que la llevó a recordar que cuando se cortó eran Danika y su madre las que se quedaron en la cocina. Por ello, no dudó en sospechar de que era Nadia quien tuviera algo que ver. Sin embargo, aquella no había estado apenas en su casa como para robarle su otro anillo. Pero Danika sí. Se sentía mal por sospechar de ella, pero era la única explicación que le encontraba a todo lo que pasaba.

Desde que se enteraron de que era la hija de James, Katia empezó a sentir que le faltaban cosas y era inevitable sacar esas

conclusiones. Aunque aún no se lo había comentado a James. Quería estar segura antes de acusar a nadie.

◆ ◆ ◆

En la casa de Nick y Sabrina, la situación no era para nada la que Danika les había hecho creer.

Los niños intentaron despertar a los otros dos, pero ni Markus ni Tate lo hicieron y eso los desesperó de nuevo.

Entonces, la chica apareció con Aaron llorando en sus brazos y Lexie bramó:

—¡Se lo contaré a mi papi!

Danika la miró al escucharla y se rio de nuevo con esa malicia tan desconcertante.

—No lo harás —le espetó.

—Sí lo haré —le rebatió la niña.

Eso cabreó a la joven, que miró al llorón que tenía en sus brazos y declaró:

—Por el bien de este incordio de bebé, no lo harás. Sería una tragedia para tus papis encontrarse a esta cosa — reiteró con desprecio agitándolo mientras lloraba— apareciera un día flotando en la bañera.

Aquello horrorizó a Lexie, que no fue capaz de decir nada.

— ¿Qué pensarían de tu madre, mocosa? Una mujer con síndrome de Down que no es capaz de cuidar a su hijo y lo deja morir. Por no hablar —añadió con malicia—, en que tu padre se

enfadaría con tu madre y ella acabaría en la cárcel y no la podrías volver a ver. ¿Es que quieres eso?

Eso a Lexie le hizo romper a llorar y Lucas soltó:

—¡Basta! No diremos nada, pero vete de aquí.

— Gafotas, me temo que me quedaré aquí — afirmó poniéndose la peluca de nuevo—. Así que todos a dormir y cuando estos dos — dijo dándoles con el pie a Markus y a Tate— se despierten. Cuidado lo que salga por vuestra boca.

Tras eso, ella se fue a dar de comer a Aaron y los cuatro se estiraron en los colchones, ya que la cabaña estaba desmontada y no se separaron. Por no decir, que apenas cerraron los ojos.

Lucas le hizo entender a Vera que no debía decir nada y ella le hizo caso. No quería separarse de sus nuevos padres.

CAPÍTULO 32

A la mañana siguiente, cuando Tate se despertó le dolía la cabeza. Markus aún dormía y sonrió. Aquel era un dormilón. Sin poder remediarlo, lo besó y él pareció reaccionar a ese beso y se despertó también.

—Mmmm…Creo que en lugar de señor Marshall, tendré que llamarte «bello durmiente».

—Llámame como tú quieras, señorita Brooks, pero exijo que me despiertes así más veces.

Eso la hizo sonreír y volvieron a besarse. Sin embargo, Markus se fijó en algo y la apartó.

—¿Qué pasa? —se inquietó ella.

—Parece que estos diablillos se han cargado la cabaña que les hice —se mofó—. Por cierto ¿dónde están?

Ambos se levantaron y vieron que la puerta corredera que daba al jardín estaba abierta. Ya era de día y el sol brillaba.

Salieron y se encontraron a los niños y a Danika jugando con las mascotas de Lexie.

En cuanto aquellos los vieron, los sobrinos de Markus fueron a abrazarlos.

—Buenos días, pequeñines —les deseó Tate acariciándoles las cabezas. Aunque notó que Vera se aferraba a ella con fuerza—. Uy, Vera, que me aplastas la pierna. ¿Pero qué te ocurre? —le preguntó con señas.

Enseguida, Lucas miró fugazmente a Danika y esta le transmitió con su mirada lo que pasaría si hablaban. Por ello, soltó:

—Vera ha tenido una pesadilla.

—Ay, qué mal —declaró Tate cogiendo en brazos a la niña y abrazándola—. Ya pasó, cielo.

Markus hizo lo mismo con Mila, pero se percató de que tenía un pequeño moratón en la frente.

—¿Pero qué te ha pasado? —se preocupó el joven.

Aquella miró a Danika y esta se apresuró a decir:

—Antes se han puesto a correr con los perros y ha tropezado y se ha caído de bruces. Pero está bien ¿verdad? —inquirió mirando a la niña.

—Sí, tío Markus, me he hecho pupa como siempre.

— Mila, tienes que ir con más cuidado ¿vale? — murmuró Markus entonces besándole la frente.

La otra asintió y la dejó de nuevo en el suelo.

A continuación, tanto él como Tate desayunaron algo y ella se marchó, porque tenía que irse a su casa para cambiarse e irse al bar a trabajar. Él la habría querido acompañar, pero debía quedarse con sus sobrinos.

Por otro lado, Danika recibió la llamada de su madre y también se fue. Algo que alivió a los niños, aunque no dirían nada. Las amenazas de aquella los tenían muy asustados.

Sus padres regresarían antes de la cena, por lo que Markus se encargó de entretenerlos con más guerras de globos. Esta vez estaba mucho más contento y se cargó a todos sus sobrinos, que se aliaron contra él.

Pensar en la noche anterior y que finalmente Tate hubiera decidido dejarse llevar y tener algo serio fue para él lo más gratificante que había podido experimentar. Entendía que tuviera miedo al compromiso, pero le agradó que ella fuera así de sincera con él. De ese modo sería todo más fácil.

Markus era consciente de que podría salir mal. Contaba con ello. Pero haría todo lo posible para que funcionara. Tate merecía mucho la pena.

CAPÍTULO 33

Ese día, Tate se sintió algo más positiva y eso se tradujo en un impecable servicio por su parte. Sonreía más de lo habitual y no dejaba de pensar en Markus. Sin duda, volver a besarlo después de ese tiempo distanciados le hizo ver muchas cosas que le habían llevado a dar ese paso.

Cuando regresó a su casa del trabajo, abrió la puerta y se encontró a su hermano jugando a la consola en el salón. Esa era su actividad para matar el rato.

—¿Cómo va eso, calvorotas? —lo saludó.

Justo en ese momento lo mataron y él protestó:

—¡Pero si ni me ha dado!

Luego, miró a su hermana y le advirtió pasándose la mano por su ya poblada cabeza:

—Ya no puedes llamarme calvorotas, pelos azules.

Ella se rio y dejó sus cosas en la mesa.

Se sentó junto a Oliver para verlo jugar, cuando su madre salió de su habitación y apareció en el salón. No traía muy buena cara y eso su hija lo notó, por lo que se levantó y se acercó a ella.

Al verla más de cerca, se percató de que tenía los ojos llorosos y eso la inquietó. Aunque se descolocó más, cuando su madre la agarró del brazo y se la llevó a la habitación sin decir nada.

—¿Ocurre algo, mamá? —se preocupó la joven tras cerrar la puerta.

Entonces, Susan le mostró su teléfono y a Tate se le cambió la cara. En la pantalla vio que había uno de los vídeos que había grabado en *Marshallsxxx* con Markus y quiso que la tierra la tragara.

—¿Qué es esto, Tatiana? ¿Qué demonios has hecho?

—Mamá…Yo…

— ¿Qué es lo que he hecho mal? — se lamentó la mujer secándose un par de lágrimas—. ¿Fue Markus el que te metió?

Tate estaba bloqueada porque ella lo hubiera descubierto y se quiso morir. Aquello había sido algo que quería mantener en secreto, pero quedaba claro que al estar al alcance de cualquiera, eso no podía ser y se empezó a angustiar por ver a su madre mal.

—Mamá, lo hice por nosotros —declaró finalmente la joven.

—¿Por nosotros? —soltó la otra frunciendo el ceño—. Esto… esto es algo asqueroso y…y no sé cómo has podido hacerlo. Yo…yo…

Pero la mujer se derrumbó y no pudo seguir.

Tate fue a abrazarla, pero se lo negó.

— Lo siento, mamá, pero fue la salida que vi para que tú pudieras liberarte de tanto trabajo y Oliver pudiera verte más. Solo quise ayudar.

— ¿Entonces, me mentiste? — le espetó su madre — . Ese trabajo que me dijiste ¿era mentira?

Su hija asintió con ganas de llorar por lo mal que aquella la miraba.

— ¡Por Dios! —bramó la mujer—. ¿Pero cómo se te ocurre? Hay otros muchos trabajos que tú puedes hacer y decides exponerte

de esta forma. ¿Por qué?

—Un conocido me habló de la empresa de Markus y al ver que pagaban bien, supe que tenía que hacerlo. Oliver estaba mal y las facturas y todo…

—¿Pero por qué no me hablaste de ello? Podríamos haber encontrado una mejor solución —le reprochó su madre.

—Porque supe que si te lo decía, no serías capaz de dejar el otro trabajo y no podía permitir que siguieras matándote de esa forma. Yo solo pensé en nosotros.

Fue entonces que Tate rompió a llorar también.

— Pensé mal al creer que Markus era un buen chico — murmuró Susan.

—Y lo es, mamá. Además, él y yo…

— Pues no debe de ser muy buen amigo tuyo —declaró su madre mostrándole su móvil—. Ha sido él quien me lo ha enviado.

Enseguida, Tate le quitó el teléfono y miró aquello que la estaba dejando sin palabras. Su número no estaba agregado, pero la foto de perfil era la suya y eso la hizo no entender nada.

—Me lo mandó ayer por la noche, pero lo acabo de ver ahora —señaló Susan.

La joven no se lo podía creer. ¿Por qué habría hecho eso él, si acababan de retomar su relación para llevarla a algo más serio? ¿Cómo le había hecho eso? Él bien sabía que no quería que nadie se enterara.

Tan incrédula estaba, que no evitó levantarse para ir al salón y coger su móvil. Marcó el número de Markus y esperó desconcertada a que contestara.

◆ ◆ ◆

Los Marshall acababan de llegar a casa y estaban hablando de su experiencia en el resort, cuando Markus vio que Tate lo llamaba. Por eso, salió al jardín y se alejó un poco.

—Hola, señorita Brooks. ¿Qué tal ha ido en el bar?

Sin embargo, se inquietó al escuchar:

—¿Cómo has podido hacerlo?

Markus notó que Tate parecía estar llorando por unos hipidos que oyó y se preocupó:

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—¡No! —bramó ella—. La pregunta es: ¿estás tú bien? ¿Te sientes bien con lo que has hecho? ¿Acaso lo de ayer fue un plan para vengarte de que te rechazara? ¿Eres tan retorcido para hacer eso?

El otro no estaba entendiendo nada.

—¿Pero qué dices? ¿De qué hablas?

—Lo sabes muy bien, Markus. No te hagas el tonto. Pero tranquilo, que mi madre ya lo sabe.

—¿Tu madre? ¿Qué sabe?

Markus oyó cómo aquella gritaba con rabia y eso lo preocupó aún más. No entendía qué pasaba. Estaba alterada y, como necesitaba verla, se despidió enseguida de su familia y salió pitando de allí.

—¿Qué pasa, Tate? Ahora voy a tu casa.

—¡Ni se te ocurra! —bramó ella—. ¡No te quiero volver a ver en mi vida ¿me escuchas?!

El joven estaba alucinando y no saber lo que le pasaba lo estaba desesperando. Esa mañana habían estado muy bien y ahora le decía eso.

Ella le colgó y él no se lo pensó y fue igualmente a su casa. Quería averiguar qué ocurría.

Cuando llegó, aparcó su coche y entró enseguida al bloque de ella. Subió hasta su piso y llamó a la puerta.

No tardaron en abrirle y, cuando vio a Tate, la vio descompuesta y furiosa.

— ¡Te he dicho que no quiero verte! ¿Acaso quieres humillarme más?

—Tate, te juro que no sé de qué me hablas.

Aquella bufó y lo hizo entrar. Allí se encontró con Oliver que lo saludó con la mano, aunque Susan también estaba y parecía igual de llorosa que su hija.

La joven le agarró el móvil a su madre y le mostró el chat en el que él le había enviado el vídeo.

—Ahora no me digas que no sabes de lo que hablo.

Markus vio que él le había enviado aquello y, al ver su número de teléfono, se asustó y sacó el suyo para comprobar que eso era cierto. Y sí, lo era. Cerca de la una de la madrugada se lo había enviado al número de Susan.

—Pues te juro que no lo sé, Tate.

Al oírlo, aquella achinó los ojos, pero de un modo que Markus notó su furia.

—¿Me estás tomando por tonta?

—No —negó él—. No tengo ni idea de cómo ha pasado esto. Para empezar, nunca he tenido el número de tu madre y no recuerdo

cuándo nos fuimos a dormir, pero siento que fue pronto. ¿Tú lo recuerdas?

Eso hizo que la otra pensara y se diera cuenta de que lo último que recordaba era ver la película con los niños. No serían más de las diez de la noche.

— ¡¿Cómo puedes dedicarte a eso?! — le espetó de pronto Susan al joven.

Él se sintió juzgado por su mirada y Tate, que acababa de sospechar algo muy inquietante, lo defendió:

— Es la empresa de su hermano, mamá, y, aunque no lo creas, también es un trabajo.

—Pero te prometo que si tu hija me cree —añadió él mirando a Tate—, eso ya será parte de mi pasado.

Al ver los ojos de Markus, que parecían sinceros, ella quiso confiar y lo abrazó.

—Entonces, si no has sido tú, me temo que ha sido ella.

El joven la entendió y repuso:

—Hablaremos con ella.

Tras eso, se besaron y Oliver les silbó, mientras su madre se iba de nuevo a su habitación. Oír que cerraba la puerta le afectó a Tate. Sabía que estaba decepcionada y esperaba poder hablar con ella cuando estuviera mejor.

—Ya veo que mi hermana ha sido lista por una vez en su vida —soltó gracioso el chico.

La otra le lanzó una reprochadora mirada y Markus, que llevaba tiempo sin verlo, se acercó a él y le dio la mano.

—Me alegra ver que estás bien.

—Sí, tío, ya no estoy calvo —afirmó mostrándole la cabeza.

El pelo era oscuro y, curioso, miró a su chica y le preguntó:

—Por cierto, señorita Brooks, ¿cómo es tu pelo al natural?

—Castaño —declaró ella—, pero me gusta más el que tengo ahora.

—A mí también —dijo él guiñandole un ojo.

Como querían darle su espacio a Susan, ambos se fueron al loft de Markus para ponerse al día con una apasionada ración de sexo. Aunque más que sexo, se hicieron el amor y eso para ambos fue especial.

.

CAPÍTULO 34

Una de las tardes en que Tate iba a la casa de los Davenport, se encontró con Katia y con Sabrina también y eso le gustó. Las cuatro se llevaban muy bien y estuvieron hablando sin parar.

—Mamá, pronto hay que ir a comprarle el regalo a Vera —le comentó Lucas a Tessa.

El pequeño llevaba unos días llamándolos «mamá» y «papá» a ella y a Aiden y eso les llegaba al corazón.

—Sí, cielo. Esta semana iremos con papá y lo compraremos.

Aquel se marchó con sus primos y Tessa declaró:

—Aún me emociona que me llame así.

— Esque lo estáis haciendo genial — la apoyó Sabrina — . Habéis tenido mucha suerte.

—¿Y qué le vais a regalar? —se interesó Tate.

—Un caballete para que pueda pintar en hojas más grandes.

—Eso le encantará —repuso Katia.

La morena asintió.

—Pues sí. No sé, pero últimamente la veo un poco rara. Tiene pesadillas y duerme casi todas las noches con nosotros.

—¿Y eso? —inquirió Tate mirando a la pequeña, que miraba la tele con los otros.

—No lo sé, chicas. Pero ahora no deja de dibujar a una chica rubia enfadada.

Eso las inquietó, pero lo achacaron a la edad y no quisieron darle más importancia.

—Pues a mí también me ha ocurrido algo extraño —confesó entonces Sabrina—. El otro día estaba ordenando mi habitación y cuando miré mi joyero, me faltaba el collar que Nick me regaló cuando se fueron de gira el año en que nos conocimos.

Aquellas sabían bien de qué collar hablaba y Katia no pudo evitar soltar lo que sospechaba:

—A mí tampoco me ha aparecido ni el anillo de pedida ni la alianza y, aunque sea increíble, creo saber quién ha sido.

Eso llamó la atención de Tate. Que pasaran todas esas cosas y lo del mensaje de Markus a su madre la hicieron ver claramente que la chica que parecía tan amable, educada y buena, no lo era tanto.

—Yo también —añadió entonces.

Las otras la miraron y, sabiendo que tendría que explicarles lo que había hecho esos meses mientras daba clases a sus hijas, bajó la voz y se sinceró:

—Primero, no quiero que me juzguéis.

Katia arrugó las cejas y murmuró:

—¿Has sido tú?

Enseguida, Tate negó con la cabeza.

—No, claro que no —recalcó al sentir las miradas de las tres —. Pero he de contaros algo y supongo que no os gustará.

—Ay Dios —se angustió Sabrina—. ¿Qué es?

—Como sabéis, mi hermano estaba muy enfermo hace unos meses y la situación económica en mi casa no era muy buena. El tratamiento tenía un precio abusivo y mi madre tenía tres trabajos que no la dejaban vivir ni disfrutar de mi hermano. Por ello, sintiendo que era lo que necesitábamos, empecé a grabar en *Marshallsxxx*.

Al oírla, todas se sorprendieron y Tate, que no sabía si se enfadarían, reiteró:

—Repito: lo hice por necesidad y ya lo he dejado.

— Tranquila — le indicó Katia tocándole el hombro — , yo también tuve mi etapa en la empresa. Aunque en mi caso me obligaron.

Eso a la joven la conmovió y agradeció su comprensión.

—Os juro que no sabía que la empresa era de vuestra familia y cuando un dia Markus me lo dijo, yo le pedí que no dijera nada. Nadie lo sabía y, mucho menos, quería que ni vosotros ni mi madre os enterarais. No era muy ético lo que hacía, pero lo necesitaba.

—Pues no pasa nada —le aseguró Tessa—. Lo hiciste para ayudar a tu familia y eso es lo que importa.

—Ya decía yo que érais muy amigos tú y mi cuñado —señaló Sabrina.

Al pensar en él, Tate sonrió y prosiguió:

— El día que nos quedamos con los niños y estábamos cenando, Danika apareció. Nos dijo que no podía entrar en su casa y nosotros la acogimos. Pues siempre ha sido muy buena.

Al oír eso, Katia lo dudó, pero no la interrumpió.

— Ay sí — dijo Sabrina —, cuando llamamos vosotros no estábais despiertos y ella contestó cuando James llamó a su hermano.

Eso inquietó a Tate, que le interrogó:

—¿Cuándo fue esa llamada?

Sabrina se miró con sus cuñadas y respondió:

—Deberían ser las doce o así ¿no?

— Sí — afirmó Tessa —. Estuvimos hasta tarde en el restaurante.

Con eso, Tate supo que efectivamente había sido ella quien mandó el vídeo. Por ello, se apresuró a decirles a las chicas:

—Pues cuando cogió esa llamada, aprovechó para enviar uno de los vídeos de la página de *Marshallsxxx* a mi madre y, curiosamente, Markus nunca ha tenido ese número. Al principio, pensé que fue él, pero no tenía sentido, porque esa noche acepté empezar a salir con él...

—Vale, luego hablaremos de esto último —comentó Katia—. Pero yo os tengo que decir que también sospecho que es Danika quien se ha llevado mis joyas y, ahora, tu collar —declaró mirando a Sabrina—. Si estuvo en tu casa y ellos dormían, seguro que lo hizo.

—No lo entiendo —dijo su cuñada—. Con lo bien que se ha portado siempre.

—Lo sé, Sabrina —murmuró la búlgara—. Yo soy la primera que quiso que conociera a James. Me vendió un discurso tan sentimental, que me la creí. Y…y encima, James le ha prestado dinero a Nadia por un problema con su cuenta, que sospecho que no existe. Esa mujer nunca me gustó y veo que su hija es igual. Por

ello, hay que exponerlas delante de él para que se alejen de nosotros.

—Claro que lo haremos —afirmó Tessa—. Hay que ver qué bien nos han engañado.

Finalmente, las chicas quedaron en organizar una comida familiar al día siguiente en la casa de Nick y Sabrina. Invitarían también a Danika y a Nadia y pondrían las cartas sobre la mesa.

CAPÍTULO 35

Todo estaba listo en la casa de Sabrina. La comida terminaba de hacerse y los niños correteaban con las mascotas por el jardín, mientras sus padres los vigilaban.

Por su parte, las cuatro estaban expectantes. Danika y su madre aún no habían llegado y estaban hablando.

—¿Cómo lo haremos? —quiso saber Tessa.

— En cuanto todos estemos sentados a la mesa — señaló Katia—. No quiero tener cerca a esas ladronas más tiempo.

Las otras asintieron y, cuando el timbre sonó, fueron a asomarse al jardín.

James fue a abrir y se encontró con aquellas dos. Nadia iba insinuantemente arreglada con una falda corta y un top que tapaba muy poco. Danika, como siempre, más sencilla.

— Ufff, americano, qué calor que hace — comentó la rubia dándose aire con la mano.

—Sí —afirmó él—, ya son los últimos días de verano.

Tras eso, entraron y se dirigieron hacia los demás. Las mujeres fingieron sus sonrisas, aunque por dentro solo veían a dos embusteras.

—Hola, querida Katia —la saludó Nadia dándole dos falsos besos—. Gracias por invitarnos.

Entonces, aquella pareció dar un traspié, que justamente la hizo caer sobre James. Eso a la búlgara la ardió, pero se contuvo.

—Uy, James, hoy estoy muy torpe —dijo la eslovaca tardando en separarse de él.

—Pues vayamos a comer —indicó él .

Entraron al salón y se fueron sentando todos.

—Voy al baño —se excusó Danika.

Cuando aquella desapareció, Katia se levantó y también les hizo saber que se ausentaba un momento. Aunque sus cuñadas entendieron a lo que se refería.

La rubia esperó ante la puerta del baño, hasta que aquella abrió y la vio.

Katia se cruzó de brazos y la otra dijo:

—Hola, Katia. Ya estoy.

Danika dio un paso hacia delante para salir, pero la otra la empujó y se encerró con ella en el baño.

—¿Ocurre algo? —preguntó la joven mirándola extrañada.

—No sé, dímelo tú.

Se quedaron en silencio unos segundos.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —repuso la chica.

—¿Qué hiciste con mi alianza? —le interrogó la otra.

—¿Cómo?

—Deja de fingir de una vez —le espetó Katia con cara de pocos amigos—. Dudo que seas la hija de James.

—Pues me parezco más a él que tu hija —contestó la otra cambiando su gesto a uno menos dulce—. ¿Es que Mila no es suya?

Enseguida, Katia le cruzó la cara con una fuerza, que Danika cayó en la bañera que tenían al lado.

—Maldita zorra —siseó aquellla búlgara ofendida por lo que había insinuado.

Entonces, Danika se levantó y la empujó contra la pared y abrió la puerta para marcharse. Katia se dio un fuerte golpe con un mueble, pero eso no la paró de salir tras ella y agarrarla del brazo con fuerza.

— ¡¿Dónde está todo lo que me has robado, maldita embustera?!

La otra intentó zafarse con patadas, pero Katia estaba tan furiosa que siguió apretando su muñeca e, incluso, le clavó las uñas. Danika se quejó del dolor y, de pronto, James apareció.

Aquel las separó y vio que su hija estaba llorando. Luego, observó a su mujer, a la que no reconocía.

—¿Qué pasa aquí?

Gimoteando, Danika le contó:

—Yo…me ha empujado cuando he salido del baño y…y me ha dicho que yo le he robado su anillo. Pe…pero yo nunca haría algo así —sollozó la chica que se abrazó a James.

Él la tranquilizó y Katia los miró incrédula. Aquella era muy buena actriz.

—Oh vamos, no te la vas a creer ¿no?

James, que no entendía por qué su mujer se había puesto violenta, le reprochó:

— Katia, la has acusado de algo muy grave. Sé que te desespera no encontrar tus anillos, pero no puedes hacer esto. Sé que Danika nunca lo haría.

La búlgara no podía creer lo que oía.

—¿Y cómo estás tan seguro? —inquirió ella desafiante.

— Pues porque yo mismo he encontrado tu alianza esta mañana —confesó él separándose de Danika y sacándose el anillo de su bolsillo—. Iba a ponértelo de nuevo delante de todos, pero después de esto, no lo creo.

Katia se quedó sin palabras al ver el anillo.

— ¡No puede ser! —bramó ella viendo una ligera sonrisa en los labios de Danika.

— ¡Maldita sea, Katia! —soltó él enfadado—. ¿Pero qué te ocurre?

— Pues que ella no es tu hija —le espetó—. ¿Acaso te has hecho una prueba de paternidad para saberlo? ¿O te vas a fiar de una zorra que cada vez que te ve se te insinúa?

Enseguida, Danika se puso a llorar y su madre apareció.

— Ya puedes retirar eso de tu boca — le advirtió aquella abrazando a su hija—. Sé que no te caigo bien, pero no toleraré que la tomes con Danika. Si tanto lo deseas, hagamos una prueba de paternidad, bonita. Pero a la tuya también. A simple vista, no parece suya.

Al escucharla, Katia no se contuvo y le dio un bofetón a Nadia que la tiró al suelo.

James, que no podía aceptar aquello y viendo que Danika estaba asustada, la agarró y se la llevó al salón para sacarla al jardín ante las miradas de todos.

—¡¿Pero qué demonios haces?! —bramó furioso—. Pegas a mi hija y luego a su madre. ¿Acaso en tu país no te enseñaron modales?

Ese comentario a ella le pareció muy ofensivo y no se quedó de brazos cruzados.

—¡Oh, James! ¡¿En serio te las vas a creer?! Esa mujer ha dicho que Mila no es tu hija y…

—¡Pues no estaría mal comprobarlo! ¡No tiene nada mío!

La niña, que los escuchaba tanto como los demás, se puso a llorar y Alexei fue enseguida a consolarla.

Katia no se podía creer que hubiera dicho aquello. Que cuestionara algo tan fuerte le creó un nudo en la garganta y le soltó:

—¡Eres un maldito cabrón!

Tras eso, fue corriendo hacia la puerta del jardín, la abrió y se marchó acelerada con las lágrimas saliendo de sus ojos.

Al verla hacer eso, James se sintió como lo que ella le había dicho «un cabrón». Se había enfadado tanto con lo que ella le había hecho a Nadia y a Danika, que había soltado aquello sin pensar. Por ello, cuando regresó y vio a Mila llorando, se sintió una mierda de padre y de persona.

—¡¿Qué cojones has hecho, James?! —le espetó Markus yendo hasta él—. Estas dos —indicó mirando a aquellas, que estaban de pie en un rincón— no son buenas.

—¿Cómo? —inquirió el otro mirándolas también.

Vera se bajó de la silla en la que estaba sentada junto a sus padres y se fue corriendo a una de las habitaciones.

Tate, que no iba a permitir que aquellas se salieran con la suya, soltó:

—Ella cogió el móvil de Markus la noche en que os fuisteis y le mandó a mi madre un vídeo comprometedor de nosotros.

Enseguida, Vera regresó con una hoja y les enseñó el dibujo a sus padres y a su hermano. En él se veía una chica rubia con lo que parecía ser una peluca negra en su mano.

—Oh Dios —declaró Tessa mirando a Danika.

Entonces, se levantó y Lucas fue con ella hasta las dos que parecían no entender nada.

—¿Eres rubia? —le preguntó a Danika.

No obstante, Lucas se puso junto a la chica, dio un saltó y le arrancó la peluca haciendo que las horquillas que Danika llevaba para sujetarla salieran disparadas.

Todos la miraron y aquella, furiosa, bramó:

—¡Maldito niñato!

Danika fue a por el niño, pero Tessa se interpuso la empujó.

—No te acerques a mi hijo, maldita zorra.

—Ella es mala —les dijo de pronto Lexie—. Esa noche el tío Markus y la señorita Brooks no despertaban y ella nos pegó. A Vera le hizo pupa en la muñeca y a Mila en la cabeza.

— Nos dijo que no contáramos nada — confesó Lucas — , porque sino haría que nos separaran de papá y mamá y ahogaría a Aaron.

Al recordarlo, las niñas se pusieron a llorar y Sabrina fue a por su hijo, mientras se cruzaba con aquellas.

James, que no podía creerlo, fue hasta Nadia y, furioso como nunca, le soltó:

— ¡¿Por qué apareciste de nuevo?! ¡¿Por qué has venido a joderme?!

— ¡Tú me hiciste lo mismo, americano! Gracias a mí fuiste exitoso desde el primer dia y no dudaste en deshacerte de mí en cuanto esa maldita puta te contó lo que había hecho. Me quedé sin nada. Me fui y no pude volver a ser la misma. Acabé viviendo en un piso compartido con gente de dudosa calaña y todo ¡por tu culpa!

Nadia lo miró entonces con prepotencia y prosiguió:

—Pero eso no iba a quedar así. Año tras año veía que todo te iba de maravilla y no podía permitirlo. Por ello, le pedí ayuda a mi querida sobrina —declaró sonriéndola—. Necesitábamos dinero y no se me ocurrió mejor momento para obtener mi venganza.

James no se lo podía creer. ¿Cómo había sido tan idiota de creerse su palabra? Cuando le presentó a Danika, fue tan poco riguroso que aceptó que era suya por ver sus ojos y su pelo oscuro.

—Ya puedes devolverme todo lo que has robado.

— Me temo que eso es imposible —se mofó la otra—. Esa bonita alianza nos ha servido para obtener una buena cantidad y tú has sido tan estúpido como para creerte que esa baratija que te has encontrado era la misma. Aunque bueno…visto lo visto, puede que ya no la necesites.

Enfurecido por no haber sido tan cauto y pensar en Katia, aquel les ordenó:

—¡Largo! Y no quiero volver a veros en mi vida.

—Ni hablar —protestó Sabrina llegando con su hijo—. Quiero mi collar.

— ¿Qué collar? — preguntó su marido levantándose con su hija en brazos.

—El primero que me regalaste. Ya no está en ninguna parte.

— Ay sí — añadió Danika con otro tono diferente al que siempre había usado. Ahora no era tan niña — . Ese collar era precioso y nos dieron una buena fortuna por él.

Aquello le dolió a Sabrina por su valor emocional y Aiden sentenció:

—Ahora llamaremos a la policía.

Enseguida, aquellas quisieron escapar, pero James y Tessa las pararon.

—Oh no, zorras. ¡Lo pagaréis! —bramó esta última agarrando a Danika.

A continuación, llamaron a la policía y unos agentes se personaron enseguida. James, que necesitaba hablar con su mujer, se marchó a buscarla, ya que no le contestaba ni a sus mensajes ni a sus llamadas.

CAPÍTULO 36

Katia se encontraba en un parque cerca de la casa de sus cuñados y estaba sola en un banco alejado de todo. Las lágrimas caían por sus mejillas y solo podía pensar en lo mucho que su marido la había decepcionado. No solo por creer a esas farsantes, sino por haberle dicho esas crueles palabras. ¿Cómo podía cuestionar su paternidad? Mila era suya, claro que lo era. Ella nunca lo habría engañado porque lo amaba y lo juró el día que se casaron.

Era cierto que James a veces era un bocazas cuando discutían, pero esta vez se había pasado tres pueblos. Dudar de su fidelidad y de su hija a la que llamaba «princesita» le había afectado mucho.

Se secaba su lloroso rostro con su jersey, cuando oyó un coche y, al mirar a un lado, vio que era James. Ella no deseaba verlo y se levantó para alejarse de él.

James la vio y fue corriendo hasta ella.

—¡Suéltame! —exclamó ella al sentir que la tomaba del brazo para que se girara.

Katia se zafó y le dio la espalda para seguir andando.

—Princesa…

—¡Ni se te ocurra llamarme así! Quiero el divorcio.

—De eso nada —replicó él siguiéndola.

—Y si quieres, como ni Alexei ni Mila son tus hijos, puedes desentenderte. Haz lo que te de la gana.

James cabeceó. Entendía por qué decía eso, pero le dolía escucharlo. Sin duda, había cometido un gran error.

—Te equivocas, princesa…

—He dicho que no me llames así. Díselo a la zorra de tu vieja amiga, según dijo, le gustaba mucho.

Como no soportaba escuchar más aquellas tonterías, la alcanzó y la giró. Esta vez ella no se pudo deshacer de su agarre y él la miró a esos ojos verdes que lo enamoraron desde el primer día. Aunque ahora estaban llorosos y eso le partió el alma a él. Por ello, se los secó con el dedo.

—Escúchame, princesa.

Ella se revolvió cuando la llamó de ese modo y él le espetó:

—Me da igual cómo te pongas, pero así te llamaré siempre.

Katia paró entonces y él pronunció:

— Princesa, la he cagado como nunca y no sabes que me siento realmente peor que tú. Te juro que si pudiera regresar en el tiempo, te habría creído a ti y no habría pensado en nada más.

— Pues no lo has hecho, James. Eso dice mucho de lo que respetas nuestro matrimonio.

Él negó con la cabeza y ella soltó:

— El día que te dije «sí, quiero», eso aplicaba a todo. A quererte siempre. A respetarte. A apoyarte. Y a confiar en ti incondicionalmente, aunque me pudieras mentir. Decidí ser tu mujer, porque nunca dudaría de ti. Sin embargo, hoy se ha visto que tú no lo sientes igual.

—Lo sé, cielo. No he actuado bien y con esto me acabas de demostrar que eres la mejor mujer que un hombre pueda tener y que yo hoy no he estado a la altura. Ver a nuestra hija llorar por mis palabras me ha roto por dentro y no me lo perdono. Pero menos me perdonaría que por culpa de esas malas personas, que solo han querido hundirme por el maldito rencor, tú me abandones por este terrible error. Alexei, Mila y tú sois todo en mi vida, princesa. Y saber que esa les ha hecho eso a los niños…

—¿Qué dices? —lo cortó ella—. ¿Qué les ha hecho?

Entonces, James se lo contó todo y ella, olvidándose de su conversación, lo apremió:

—Llévame con Mila. Voy a matar a esas hijas de perra.

Aquella corrió hasta el coche y él la siguió.

Una vez en la casa de su hermano, tanto Danika como Nadia salieron esposadas junto a unos agentes y Katia se abalanzó hacia la primera. Aunque su marido y los policías la pararon.

—¡Te voy a matar, maldita zorra! ¡Tú no le pones las manos encima a mi hija ¿me has entendido?!

Sin embargo, aquella se rio en su cara y James tuvo que retenerla de nuevo.

—Tranquila, princesa. Esto les saldrá caro.

Aquellos vieron cómo se las llevaban en los coches y luego entraron al jardín. Allí, Katia vio a su hija junto a Alexei y fue corriendo hasta ella. Se agachó y la abrazó como si la vida le fuera en ello.

—Mami —murmuró ella.

Se separaron y su madre le besó la frente con cariño. Como todos, creyeron que había sido una caída con los perros

James se acercó a ellas y Mila lo miró, pero no fue a abrazarlo ni a pedirle que la cogiera como hacía siempre. Aunque era pequeña, sabía lo que él había dicho.

Su padre se agachó entonces junto a su mujer y dijo:

—Princesita, papi hoy ha sido bobo y ha dicho bobadas.

—¿Tú eres mi papi? —le preguntó ella.

A James le pareció surrealista que dijera aquello, aunque él tenía la culpa.

—Por supuesto que sí —afirmó él rodeando con un brazo por la cintura a Katia.

—¿Y me quieres igual?

Enseguida, abrazó a la pequeña y se levantó con ella.

—Hasta mi último suspiro, princesita.

— Solo yo soy tu princesita — señaló ella abrazándolo con posesión.

— Sí, solamente tú — sentenció el otro emocionando a su mujer, que fue a besarlo.

Entonces, miraron a Alexei y los cuatro se abrazaron delante del resto de la familia.

—Os quiero —musitó James.

—Y nosotros a ti —le hizo saber Katia.

Aquello lo reconfortó y se sintió liberado.

Después, todos regresaron al interior de la casa y realizaron esa comida familiar que habían organizado. Ahora ya nada los molestaba y disfrutaron de ese día con risas, juegos y una pareja que daba sus primeros pasos y que a los demás les encantaba. Markus ya era todo un hombre.

EPÍLOGO

— No te vayas, señor Marshall — le suplicó una adormilada Tate a su chico.

Eran las siete de la mañana y estaba espachurrada en la cama del loft que ya sentía su hogar.

Habían pasado tres años desde que se lanzó a tener una relación con Markus y debía admitir que no se arrepentía ni una pizca de haberlo hecho, ya que terminó enamorándose locamente de él.

— He de hacerlo, señorita Brooks — respondió él, mientras terminaba de poner unas cosas en su maleta.

— Pero te echaré de menos — insistió ella mirándolo como un perrito abandonado.

Markus se vio obligado a dejar de hacer aquello y se acercó a Tate. Ella le abrió los brazos y él se inclinó para fundirse en un abrazo que terminó por tirarlo en la cama.

Tate lo atrapó con sus piernas y él la miró sonriente.

—Últimamente estás muy juguetona, cariño.

—No haberme preñado —dijo ella.

Hacía un par de semanas, la pareja se había enterado de que la joven estaba esperando un bebé y, aunque solo estaba de tres meses, ambos estaban impacientes.

Tate empezó a restregarse contra él y Markus empezó a calentarse.

—Señorita Brooks...

—No te vayas sin hacerme el amor.

Markus entonces miró el reloj de la mesita y no se vio con mucho tiempo. Ese día volaba con algunos actores y actrices para realizar una gira por Europa y debía llegar a tiempo.

Desde que formalizó la relación con Tate, había dejado de actuar en *Marshallsxxx*, pero seguía siendo el jefe. Se le daba bien y todo el mundo respetaba que tuviera pareja. Aunque era cierto que a muchas eso les daba igual y se lo tenía que dejar claro.

A Tate no le molestaba que siguiera en ese mundo, ya que no era muy celosa y lo veía un trabajo como cualquier otro. Justamente como su madre.

Tras la revelación del vídeo, Susan tardó unos días en aceptarlo, pero terminó por hacerlo. Veía a su hija feliz con Markus, al que consideraba un hijo más.

—Me tengo que ir, señorita Brooks...

La joven rompió a llorar de repente y Markus se preocupó. Tate no solía ser así.

— No quiero que embaraces a ninguna europea, señor Marshall.

—¿Pero qué dices, idiota? —repuso él gracioso—. Está claro que las hormonas te tienen...

Markus se levantó entonces y terminó de preparar sus cosas para marcharse un par de semanas.

Tate, que odiaba estar lejos de él cuando se marchaba a esas giras, salió de la cama y fue a abrazarlo.

—Te voy a extrañar —murmuró la joven.

—Y yo a ti, señorita Brooks.

Tras eso, bajaron las escaleras para ir al salón y Tate le comentó:

—¿No crees que deberíamos mirar otra casa?

Markus adoraba su loft y su descontento fue claro en su gesto.

— Lo sé, cielo. Este es nuestro hogar, pero cuando nuestra criatura nazca y luego crezca...

Él cayó en eso. Cuando compró el loft lo hizo sin pensar en que llegaría a tener pareja y, mucho menos, hijos. Ese lugar era la casa perfecta para un soltero y las cosas habían cambiado.

—Tienes razón —declaró él.

No obstante, tenía tantos recuerdos de ellos en aquel sitio, que añadió:

—Por eso lo reformaremos. Es nuestro hogar.

A Tate le encantó la propuesta, ya que habría odiado marcharse de, como decía él, «su hogar».

—Pero qué listo eres, señor Marshall.

— Tengo a la mejor profesora a mi lado — respondió besándola apasionadamente.

Iba a extrañar mucho esos labios.

Luego, se agachó para destaparle el vientre y besar a su futuro hijo.

—Os quiero —confesó.

— Y nosotros más — afirmó ella haciéndolo levantarse para abrazarlo.

Finalmente, Markus se marchó y ella regresó a la cama para dormirse de nuevo. Con el embarazo, la dormilona estaba siendo ella.

LIBROS EN ESTA SERIE

Los Marshall

A través de estos libros puedes adentrarte en las vidas de una familia de Cleveland y en cómo afrontan varios problemas, mientras el amor está en el aire.

Los Marshall

Los Marshall son cuatro hermanos muy unidos, pues sus padres se desentendieron de ellos y juntos salieron adelante con la ayuda de su abuela.

James, el mayor, fue un referente paterno para ellos e hizo todo lo posible para cuidar de sus hermanos y acabó fundando una productora de cine para adultos en la que sus dos hermanos son estrellas.

Nick, el mediano, es un mujeriego de manual que disfruta como un loco de su trabajo. El sexo es lo que más lo mueve y rodearse de mujeres lo fascina.

A él lo siguen los mellizos Markus y Tessa. El primero es como su hermano mediano y ella es una excelente fotógrafa que se muere de amor por Aiden, su novio de la infancia.

Sin embargo, la vida de todos cambiará cuando conozcan a Sabrina, una atractiva camarera que hará tambalear el corazón y la vida de uno de ellos.